
ZONA DE EXCLUSIÓN
UN THRILLER DE ACCIÓN Y ESPIONAJE
RAÚL GARBANTES

ZONA DE EXCLUSIÓN

AGENTE ESPECIAL AINARA PONS Nº 15

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2026 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:
https://raulgarbantes.com/miedogratis

PRÓLOGO

Los números rojos caen en la pantalla. Ainara es la única barrera entre el cohete y el desastre global. El traje de protección máxima que lleva está por convertirse en su ataúd. La respiración agitada empaña el cristal de la máscara y le roba la visión periférica justo cuando el mundo está por acabarse.

No tiene códigos de anulación. Andrew ha desaparecido del canal de comunicaciones; el auricular solo devuelve una estática muerta. Ignora si su compañero sigue vivo, pero la misión no admite pausas para preguntas de ese tipo. El protocolo es claro: continuar hasta el colapso.

El detector de radiación que cuelga en su hombro martillea el silencio de la sala de control. El tableteo es incesante, una ráfaga de advertencias que le destroza los nervios. Cada clic marca una radiación invisible que atraviesa su cuerpo y la mata, célula a célula. Sabe exactamente lo que eso significa. Lo sabe desde que entró.

Debe abrir la consola. Localizar los tornillos que aseguran el panel lateral y buscar las herramientas necesarias. En un estante lateral, enmarcado por un recuadro amarillo, hay una caja metálica. Se lanza hacia ella y levanta la tapa. Herramientas. Sus dedos, torpes y engrosados por los guantes de protección, resbalan sobre el mango de un destornillador.

—Mierda.

La duda la paraliza durante una fracción de segundo. Si se expone, morirá envenenada por la radiación en horas; si no lo hace, morirán millones. La ecuación es brutal y no admite matices. Se arranca los guantes con un gesto rabioso y aferra el destornillador con la mano desnuda. La piel toca el metal frío y contaminado.

Regresa a la consola. Se ocupa de los tornillos, pero la máscara sigue limitando su campo visual. Se contorsiona, gira la cabeza, pero es inútil: el plástico rígido bloquea los ángulos muertos. La cuenta atrás no espera.

Se lleva las manos al cuello y libera los cierres herméticos. El aire viciado del núcleo le golpea el rostro con un olor a metal calcinado y a muerte.

El detector de radiación, ahora sin la barrera del traje, aúlla. Ainara lo mira con odio, lo arranca de su arnés y lo estampa contra el suelo de hormigón. El aparato estalla en pedazos y un silencio denso inunda por fin la estancia.

Cae de rodillas frente al panel. Desatornilla la tapa con frenesí y tira de ella hasta que la chapa cede y expone una maraña de cables de todos los colores. Debe encontrar los correctos: el rojo con la línea negra y el negro con la raya roja. Andrew se lo dijo antes de que la comunicación se cortara. El pánico le quema la garganta. La radiación ya ha firmado su sentencia, pero fallar ahora sería imperdonable.

De repente, una oleada de calor interno la invade. El pulso se dispara y bombea sangre a una velocidad imposible. Ciento sesenta latidos. Ciento setenta. No es adrenalina; es el virus. El corazón se le desboca y le golpea las costillas con violencia.

Va a estallar. Un pitido agudo le taladra los oídos y, de golpe, el vacío.

Su corazón se para.

Silencio absoluto. Parálisis. No respira.

Entonces se da cuenta de que la secuencia de lanzamiento también se ha detenido. Los números en la pantalla están congelados. Pasan los segundos y ella sigue consciente, atrapada en un limbo imposible.

De pronto, su corazón arranca de nuevo con un latido lento y pesado. Y con este, el temporizador descuenta un solo segundo.

Otro latido. Otro número.

Ainara intenta frenar su propio ritmo cardíaco y fuerza la calma en medio del caos. El corazón obedece y la secuencia se ralentiza al unísono. La comprensión la golpea con fuerza física: ella y la máquina están sincronizadas. Son una. No sabe si es el virus, las nanopartículas o algo que siempre estuvo en ella. No importa. Solo importa lo que viene ahora.

El auricular tirado al suelo cobra vida. Una voz femenina, fría y nítida, asalta el canal.

—Ya eres uno de nosotros. Qué desperdicio morir ahí abajo.

Ainara patea el dispositivo lejos. No hay tiempo para el cinismo de nadie. Su corazón y la cuenta atrás continúan lentos, ofreciéndole una oportunidad que no debería existir.

En un instante de lucidez, sus ojos distinguen los cables correctos entre la maraña. El rojo con la línea negra. El negro con la raya roja.

Alza el alicate con las manos temblorosas. Pela el primer cable. Pero el precio es alto. La oscuridad muerde los bordes de su visión. Su cuerpo se apaga.

La vista se le nubla en un túnel negro que se cierra deprisa. No llegará a unirlos.

Su cuerpo se desploma sobre la consola y todo se funde en negro.

1

CÓDIGO CERO

Oficinas del FBI, Nueva York
Martes, 3 de marzo, 10:30 a. m.

Freddy Tanaka golpea el escritorio de caoba sintética con los nudillos en un gesto seco, casi violento; tres impactos rítmicos que delatan su frustración contenida y resuenan en el silencio estéril de la oficina. El agente Melman, frente a él, sostiene la orden judicial federal como si fuera papel mojado, un adorno burocrático inútil que pesa menos que el aire que desplaza.

Llevan seis semanas detrás de la pandilla de los Vipers, una célula de tráfico de armas que opera con impunidad en los muelles de Brooklyn. Han acumulado *terabytes* de evidencia, interceptado comunicaciones cifradas con autorización judicial especial y trazado el mapa de sus crímenes por encargo, con la precisión obsesiva de un cartógrafo militar. Tienen la ubicación exacta del líder —un almacén fortificado en Red Hook, sector cuatro—, el inventario del arsenal —fusiles de asalto modificados, lanzagranadas y explosivos plásticos de grado militar— y el motivo irrefutable: tres asesinatos a sueldo documentados en video de alta definición. Tienen la luz verde del juez federal del Distrito Sur, firmada y sellada. Tienen a los equipos de asalto táctico en posición.

Pero también tienen las manos atadas con el alambre de púas invisible de la política interdepartamental.

—Es una maldita broma de mal gusto.

Melman masculla las palabras entre dientes y deja caer los documentos sobre la mesa con un sonido patético, un susurro de papel que suena a derrota absoluta.

—La agencia antidrogas nos bloquea ahora. ¿Justo ahora, cuando tenemos el objetivo en la mira?

—Buscan al proveedor europeo —explica Freddy, aunque la excusa le sabe a ceniza en la boca—. Argumentan que si descabezamos hoy a la célula local, el nexo en Ámsterdam cortará las comunicaciones y se sumergirá. Política de agencias, Melman. Juegos de poder en Washington mientras los criminales respiran aire libre en Nueva York. Nos han pedido que no intervengamos. O más bien, nos lo han ordenado desde arriba.

Freddy se afloja el nudo de la corbata y siente cómo la seda le aprieta la garganta. El sistema de aire acondicionado central de la oficina zumba con un ronroneo constante, monótono, incapaz de enfriar un ambiente caldeado no por la temperatura, sino por la impotencia. El termostato digital marca veintidós grados, pero el calor que siente Freddy es psicológico, visceral, una fiebre de rabia que le sube por la columna vertebral.

—¿De qué sirve planificar todo esto al milímetro? —insiste Melman y camina hacia la pizarra blanca, donde el esquema táctico de la operación Viper sigue desplegado. Señala las rutas de escape marcadas en rojo, los puntos de entrada explosiva en azul y las posiciones de los francotiradores en verde—. Hemos invertido recursos, horas-hombre, vigilancia satelital... Y al final siempre hay alguien más arriba, en un despacho con aire acondicionado, moviendo los hilos para que nada cambie.

Freddy se pone de pie y camina hacia el ventanal que da a la ciudad gris. Observa el tráfico, ajeno a la guerra que libran en las sombras. Sabe que Melman tiene razón, pero su trabajo no es validar la frustración de sus subordinados, sino gestionarla.

—No lo haremos hoy —dice Freddy con voz firme y gira para recuperar su postura de jefe: espalda recta, hombros hacia atrás, la

máscara de autoridad impasible de vuelta en su sitio—. Pero mañana tal vez cambie el viento. La política es volátil, agente. Lo que hoy es un obstáculo, mañana es una prioridad. Debemos estar un paso por delante, con el dedo en el gatillo, pero con el seguro puesto. Siempre preparados. En este trabajo, la paciencia es tan letal como una bala y, a veces, mata más.

El teléfono personal de Freddy vibra en el bolsillo interior de su chaqueta con dos pulsos cortos, insistentes. Es el número que solo tienen cinco personas en el mundo. Al sacarlo y ver la pantalla, con un número desconocido pero con prefijo de Washington D. C., frunce el ceño. Una punzada de alerta primitiva le recorre la espalda; su instinto, afilado por años de supervivencia burocrática y operativa, le grita que estas llamadas nunca traen buenas noticias.

—¿Jefe Tanaka?

La voz al otro lado de la línea es femenina, suave, educada, pero con un filo metálico subyacente; un bisturí quirúrgico envuelto en terciopelo diplomático.

—Soy Adriana Fiesta, asistente ejecutiva del secretario de Seguridad Nacional.

El nombre golpea a Freddy como un impacto físico. Se tensa de inmediato y siente cómo cada músculo de su cuerpo se vuelve rígido, preparado para el impacto. La última vez que interactuó con el nivel más alto del escalafón fue durante la crisis de la inteligencia artificial, un desastre clasificado que casi le costó la carrera, la libertad de su equipo y, peor aún, la vida de Ainara Pons.

—Buenas tardes, señorita Fiesta —responde, activando su modo de contención de daños con voz neutra, profesional y carente de emoción—. Es un honor. ¿En qué puedo ayudarla?

Su mente trabaja a toda velocidad y procesa escenarios catastróficos en microsegundos. ¿Han encontrado algún cabo suelto en la operación anterior? ¿Algún rastro digital de Ainara que Andrew olvidó borrar? Él se encargó en persona de supervisar la limpieza de los servidores y de sepultar los informes bajo capas de encriptación de nivel máximo. Así lograría que su amiga se convirtiera en un fantasma para el sistema. Pero los fantasmas a veces dejan huellas, y el Gobierno tiene sabuesos digitales que nunca duermen.

—El secretario McWire solicita su presencia —dice Adriana. No es una petición ni una sugerencia. Es una sentencia dictada con la amabilidad corporativa de quien sabe que no puede ser desobedecido—. Debe dejar todo lo que esté haciendo, delegar sus funciones inmediatas y presentarse en su despacho en el acto.

Freddy mira el reloj de pared analógico; las agujas marcan las 10:32.

—¿Ahora mismo? —pregunta e intenta ganar tiempo para pensar.

—Ahora mismo, agente Tanaka. Es un asunto de seguridad nacional.

—Entendido. Salgo para allá. Tomaré el primer vuelo comercial disponible...

—Negativo —interrumpe ella con frialdad—. No hay tiempo para vuelos comerciales ni para protocolos de seguridad aeroportuaria. Un helicóptero del Departamento lo recogerá en la azotea de su edificio en exactamente veinte minutos. Tenga su identificación lista.

Freddy busca con desesperación una salida, una pista, un asidero en la oscuridad que se cierne sobre él.

—¿Puede adelantarme el motivo de la reunión? Necesito saber si debo llevar documentación específica sobre algún caso abierto...

El silencio al otro lado de la línea se extiende un segundo más de lo necesario. Un instante elástico y denso que confirma sus peores sospechas.

—No —dice ella al fin—. No lo sé, y si lo supiera, no podría decírselo por una línea insegura. Solo preséntese. Veinte minutos.

La línea muere con un clic seco. Freddy se queda mirando la pantalla negra del móvil, donde ve su propio reflejo distorsionado y pálido. Un transporte aéreo directo a Washington, saltándose toda la cadena de mando, no implica una reunión rutinaria ni una felicitación. Implica una crisis de nivel uno. Un código rojo. Algo se ha roto en el mundo y quieren que él lo arregle o que pague por ello.

—¿Jefe?

La voz de Melman lo saca de su trance. El agente lo observa con preocupación genuina, busca respuestas en el rostro de su superior que Freddy no puede ofrecer.

—¿Todo bien? Parece que ha visto a un muerto.

Freddy guarda el teléfono lentamente, endereza la espalda y respira hondo, recomponiendo la máscara. Siempre la máscara. El liderazgo es, ante todo, una actuación convincente.

—Estoy bien, Melman. Asuntos de Washington. Ya sabes cómo son; les gusta el drama.

Toma su chaqueta del respaldo de la silla, la sacude para quitarle una mota de polvo inexistente y se la pone con movimientos mecánicos, deliberados.

—Solo recuerda lo que te dije. Preparados para todo. Hazte cargo de la operación Viper mientras no estoy. Mantén la vigilancia, pero no te muevas hasta que yo dé la orden o la agencia antidrogas se digne a desbloquearnos. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. Buena suerte.

Freddy asiente; sabe que va a necesitar mucho más que suerte. Sale de la oficina y camina con paso firme hacia los ascensores, hacia la azotea, hacia la tormenta que se avecina.

Departamento de Seguridad Nacional, Washington D. C.

Martes, 3 de marzo, 1:00 p. m.

El helicóptero militar, pintado de negro mate y sin insignias visibles, desciende sobre el helipuerto privado del complejo de Seguridad Nacional con un rugido ensordecedor. Las aspas cortan el aire húmedo de la capital a trescientas revoluciones por minuto y generan un vórtice de aire y ruido. Freddy baja de la aeronave, agachado, se protege los ojos del vendaval artificial que amenaza con arrancarle la chaqueta y corre hacia la figura que lo espera al borde de la zona de seguridad.

Es Adriana. Una mujer de unos sesenta años, menuda pero imponente, con cabello cano peinado en un moño de severidad militar y unas gafas de montura metálica fina que ocultan unos ojos grises, testigos mudos de la historia reciente: dos guerras, tres

presidentes, escándalos y secretos que harían caer Gobiernos. Su apariencia inofensiva de bibliotecaria es el mejor camuflaje posible en una ciudad de lobos.

Ella lo saluda con un breve gesto de cabeza, sin sonreír, sin mediar palabra. Gira sobre sus talones y lo guía al interior del edificio. El cambio de ambiente es brutal: del caos sonoro del helipuerto al silencio sepulcral de los pasillos climatizados. Solo el sonido rítmico de sus pasos resuena contra el suelo de mármol blanco pulido. Atraviesan controles de seguridad con escaneo de retina y huella dactilar, donde los guardias armados ni siquiera les piden identificación, lo que es señal inequívoca de que su llegada estaba preautorizada al más alto nivel de la jerarquía.

Adriana se detiene frente a una puerta de madera maciza, sin letreros ni números, al final de un corredor reservado. La abre y se aparta, invitándolo a pasar con un gesto de la mano.

Freddy entra. La puerta se cierra a su espalda con un clic pesado, hermético; sella la habitación y, con ella, su destino.

El despacho es sobrio, funcional y opresivo, diseñado para conversaciones que nunca deben figurar en los libros de historia. Las paredes están forradas con paneles de madera oscura para absorber el sonido, y no hay ventanas al exterior para evitar dispositivos de espionaje remoto o cámaras visibles. Robert McWire, el secretario de Seguridad Nacional, está de pie junto a una mesa auxiliar de cristal, sirviéndose agua de una jarra. Su postura es relajada, pero sus ojos escanean a Freddy con la precisión de un sistema de puntería.

Aunque no es él quien congela la sangre de Freddy en sus venas.

Sentado en uno de los sillones de cuero, con la tranquilidad absoluta de un depredador alfa en su territorio de caza, está el agente Kessler, de la CIA.

La última vez que sus caminos se cruzaron fue en las tierras heladas de Canadá, en aquella maldita base climática donde todo se fue al infierno. Kessler jugó a dos bandas, un peón oscuro y manipulador que se movía en la zona gris entre la lealtad patriótica y los intereses ocultos del Anillo. Aunque Freddy y Ainara nunca pudieron probar su traición ante un tribunal, la certeza moral era una piedra afilada en el zapato de Freddy. Verlo aquí, en el santuario

de Seguridad Nacional, compartiendo aire y secretos con McWire, confirma sus peores temores: la infección no se detuvo. El cáncer ha formado metástasis en el corazón del sistema.

—Bienvenido a Washington, agente Tanaka.

McWire se acerca y le tiende la mano con un apretón firme, seco, de tres segundos exactos. Un saludo de manual político.

—Gracias por venir con tanta premura. Sé que lo hemos interrumpido en plena operación.

—Es un honor servir al país, señor secretario —miente Freddy con una pulcritud profesional ensayada que oculta su desprecio.

—El agente Kessler me dice que ya se conocen por operaciones anteriores —añade McWire mientras rodea su escritorio de roble macizo, se sienta y entrelaza los dedos sobre la superficie pulida.

—Tanaka —saluda Kessler sin levantarse, con una voz que es un zumbido bajo, carente de cualquier emoción humana reconocible. Sus ojos fríos lo analizan.

—Kessler —responde Freddy con el mismo tono gélido y le devuelve la mirada.

Es un duelo de silencios en medio del despacho. Freddy nota el maletín negro de polímero reforzado junto a los pies del agente de la CIA. Es un maletín blindado, con lector biométrico de última generación, esposado a su muñeca. Nada bueno sale nunca de esos maletines. Freddy toma asiento en la silla frente al secretario, pero mantiene a Kessler en el borde de su campo visual. Nunca se le da la espalda a una serpiente, en especial si lleva traje y corbata.

—Estará intrigado por la urgencia y el método de transporte —empieza McWire, inclinándose ligeramente hacia adelante en un gesto de poder—. Estamos ante una crisis extremadamente delicada. Y tras revisar docenas de perfiles, creemos que usted es el único con la mezcla adecuada de competencia operativa y... discreción absoluta para resolverla.

—¿Qué clase de crisis requiere sacarme de mi jurisdicción en helicóptero? —pregunta Freddy con voz neutra.

—De las que no aparecen en los titulares del *New York Times*. De las que, si salen mal, borran los titulares y a quienes los leen.

Freddy mira de reojo a Kessler, quien permanece inmóvil como una estatua de hielo.

—Si es una operación encubierta de alto nivel, suena a trabajo para la CIA y sus operativos fantasmas, no para el FBI de Nueva York —dice con tono respetuoso pero firme—. Mi trabajo es hacer cumplir la ley federal dentro de nuestras fronteras, no jugar a los espías.

McWire intercambia una mirada significativa con Kessler. El agente de la CIA asiente de forma imperceptible y se inclina hacia adelante, dejando que la luz de la lámpara de escritorio acentúe las sombras bajo sus ojos.

—La situación es política y geográficamente compleja, Tanaka —dice Kessler tras una pausa calculada para generar tensión—. Un equipo de investigación científica de alto nivel de la Organización Mundial de la Salud se ha desvanecido en Europa del Este hace cuarenta y ocho horas.

—¿Europa? —Freddy alza una ceja, incrédulo—. Mi jurisdicción termina en la costa atlántica, caballeros. Tienen a la policía internacional, a la policía europea, a sus propios enlaces...

—Necesitamos un perfil muy específico —insiste Kessler, invadiendo su espacio personal con la mirada—. Alguien capaz de liderar una búsqueda y rescate en terreno hostil sin levantar banderas diplomáticas ni provocar un incidente internacional. Alguien prescindible pero competente.

—Sigo sin entender —insiste Freddy y busca las grietas en la narrativa—. ¿Qué terreno hostil? ¿De qué estamos hablando?

—La zona caliente —interviene el secretario McWire y deja caer las palabras sobre la mesa como piedras pesadas—. La frontera norte entre Ucrania y Bielorrusia.

El aire de la habitación parece espesarse de golpe mientras Freddy procesa la información. Ucrania. Bielorrusia. Zona de conflicto latente. Radiación.

—Chernóbil —susurra Freddy y siente un frío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado.

—Con el conflicto geopolítico actual en la región, poner una bota militar estadounidense allí o un agente oficial de la CIA sería

interpretado por Moscú como una declaración de guerra —explica McWire.

—Exacto —asiente Kessler—. Por eso negociamos canales traseros. Los ucranianos han puesto condiciones draconianas para permitir una búsqueda: nada de Ejército, de agencias de inteligencia ni de fuerzas especiales. Vetaron a la CIA, a la agencia de seguridad nacional y a cualquier unidad operativa estándar.

—Pero ante la presión internacional por los científicos desaparecidos, aceptaron una investigación policial limitada —concluye McWire—. Querían a alguien civil, una fuerza policial, pero con suficiente peso como para calmar a la ONU. El presidente sugirió su nombre en persona.

Freddy siente el peso de la trampa cerrarse sobre él. El presidente. Su salvoconducto y su cadena. Le debe su ascenso meteórico, su carrera actual y su medalla al valor. Negarse a una petición directa de la Casa Blanca no es una opción viable; es un suicidio profesional. Y ellos lo saben.

—Usted es el rostro aceptable, Tanaka —dice McWire con voz suave, casi seductora—. Un héroe condecorado, jefe del FBI, respetado, sin vínculos oficiales conocidos con el espionaje exterior. Moscú lo ve como un policía glorificado que busca científicos extraviados. Un *boy scout* inofensivo.

—Veo que no tengo mucha elección —admite Freddy, se cruza de brazos y se recuesta en la silla—. Pero si voy a meterme en la boca del lobo, en uno de los lugares más peligrosos de la Tierra, pongo mis condiciones. Y no son negociables.

—Lo escucho —dice McWire.

—Necesito recursos ilimitados, transporte aéreo y terrestre prioritario, inmunidad diplomática total y, lo más importante, yo elijo a mi equipo. Nadie de la CIA. Nadie de sus listas. Solo mi gente.

Baja la mirada hacia Kessler al decir esto último en un desafío directo y abierto. El agente ni siquiera parpadea y mantiene su expresión de esfinge.

—Concedido —dice Kessler con voz plana—. Tienes carta blanca operativa.

El agente de la CIA desbloquea las esposas que lo unen al maletín, lo levanta y lo coloca sobre el escritorio con un golpe seco. Lo gira hacia Freddy.

—Ábrelo.

Freddy observa la cerradura biométrica y, tras un instante de duda, coloca el pulgar sobre el sensor. El dispositivo emite un pitido agudo y los cerrojos mecánicos saltan. «Ya tenían mi huella cargada en el sistema», piensa con amargura. «Llevan planeando esto días, tal vez semanas, mientras yo perseguía pandilleros en Brooklyn».

El interior acolchado revela cuatro carpetas clasificadas por colores: negro, blanco, verde y rojo.

—Carpetas negras: perfiles psicológicos y biográficos de los desaparecidos —enumera Kessler como un autómata eficiente—. Blanca: la misión original y pública de la OMS. Verde: nuestras hipótesis sobre inteligencia y datos satelitales. Roja: características y peligros del área de operaciones.

Freddy saca la carpeta roja. El grosor del papel le transmite una pesadez ominosa. Al leer la primera página, marcada con el sello «ALTO SECRETO/SOLO PERSONAL AUTORIZADO», se detiene. Siente que el aire se le congela en los pulmones. Levanta la vista y busca una señal de broma macabra en los rostros de los hombres, pero solo encuentra gravedad absoluta.

—¿Es en serio? —Su voz sale más ronca de lo que pretendía—. ¿Me envían ahí dentro?

—Sí —sentencia McWire—. Tendrá el mejor equipo de protección radiológica del mundo, Tanaka. No escatimaremos en gastos para su seguridad.

Freddy cierra la carpeta lentamente mientras sus manos tiemblan casi imperceptiblemente. No es miedo a su propia vida; ha enfrentado la muerte antes. Es terror puro por lo que tendrá que hacer a continuación. Por lo que tendrá que pedirle a la única persona en el mundo capaz de ayudarle a sobrevivir en un infierno radiactivo.

Terror por Ainara Pons.

—Estudiaré los archivos durante el vuelo de regreso a Nueva York —dice, se pone de pie y toma el maletín por el asa. Ahora pesa

como un ataúd—. Asumo que el helicóptero me espera con los rotores en marcha.

—Tiene noventa y seis horas para estar operativo en Minsk —le advierte el secretario, levantando cuatro dedos—. No falle, Tanaka. El mundo está mirando, aunque no lo sepa.

Freddy asiente una vez y sale del despacho sin mirar atrás. Adriana lo escolta en silencio de vuelta a la azotea, con su presencia fantasmal a su espalda. El viento del rotor le golpea la cara al salir al exterior, pero apenas lo nota. Sube a la aeronave, se abrocha el cinturón por pura memoria muscular y se coloca los auriculares de cancelación de ruido.

Mientras el helicóptero se eleva sobre el *skyline* de Washington y deja atrás el nido de víboras y los monumentos blancos, Freddy saca su teléfono personal. La pantalla brilla en la penumbra de la cabina.

Sabe que está a punto de condenar a Ainara. Sabe que el Anillo estará acechando en cada sombra de esa zona muerta. Pero no hay otra salida. No hay plan B.

Sus dedos escriben rápidamente sobre el teclado virtual, redactando el mensaje que cambiará sus vidas una vez más y los arrastrará de nuevo al abismo.

«Código Cero. Reúne al equipo. Necesito su consejo con urgencia. Me envían a Chernóbil».

Presiona enviar. La flecha verde desaparece y el mensaje vuela al vacío digital en busca de su destinataria.

No hay vuelta atrás.

2

EL ALGORITMO DEL MIEDO

Búnker de Andrew, Nueva York
Martes, 3 de marzo, 4:00 p. m.

El silencio en el búnker es denso, apenas fracturado por el zumbido constante de los servidores que nunca duermen, un ronroneo mecánico que vibra en las paredes de hormigón reforzado. El aire huele a ozono, café quemado y estática. Freddy Tanaka permanece inmóvil en la butaca de cuero desgastado, con los codos clavados en las rodillas y una lata de cerveza intacta que suda condensación entre sus manos.

Acaba de soltar la bomba termonuclear sobre la mesa: Chernóbil, Washington y una invitación suicida firmada por la CIA.

Mis compañeros procesan la información en tiempo real, cada uno en su propio idioma interno. Luna, siempre estoica, ejecuta cálculos mentales de riesgo y probabilidad con la frialdad de un superordenador; sus ojos oscuros escanean el vacío y buscan variables ocultas. Andrew hace girar un destornillador de precisión entre sus dedos, un tic nervioso rítmico que delata su inquietud cerebral. Junior y Alain, los más impulsivos, intercambian miradas que en segundos escalan de la incredulidad a la alarma táctica.

Todos esperan mi veredicto. Y Freddy, con la mirada clavada en el suelo de resina gris, busca mi aprobación —o quizás mi absolución

— antes de regresar mañana a la boca del lobo.

—¿De verdad vas a ir? —Alain rompe el hielo, incapaz de contener la presión—. ¿A Chernóbil? ¿No es eso básicamente un cementerio radiactivo gigante rodeado de alambre de espino y lobos mutantes?

—Afirmativo —confirma Freddy mientras tira de la anilla de la lata—. El informe de inteligencia es claro. Hay zonas limpias y rutas seguras trazadas por los equipos de descontaminación de la Agencia Internacional de Energía Atómica, pero el equipo de la OMS desapareció justo donde los detectores de radiación empiezan a indicar un peligro real. Zona de exclusión total. Nivel de radiación sostenido superior a cincuenta microsieverts por hora.

Me cruzo de brazos y me apoyo en la mesa de trabajo central, un caos organizado atestado de microchips, cables, placas de circuito desmontadas y restos de *pizza* fría. Ese desorden tecnológico resulta extrañamente reconfortante, un recordatorio de nuestra normalidad clandestina que ahora amenaza con hacerse añicos bajo la presión externa.

—Es demasiado perfecto —digo, midiendo cada palabra y dejando que mi voz corte el ambiente—. Tu historial es intachable, Freddy. La excusa política del conflicto con Rusia es plausible y, en el papel, eres el candidato ideal. Competente pero prescindible. Aunque mi instinto no deja de disparar todas las alarmas.

Peter está sentado en el suelo con la espalda contra la pared de hormigón desnuda. Resopla con un sonido áspero, cargado de escepticismo puro.

—Kessler. Ese tipo apesta al Anillo desde aquí. Si él figura en la ecuación, el resultado siempre es traición. No me fío ni de su sombra y mucho menos de sus regalos.

—Yo tampoco —coincide Freddy tras dar un trago largo a su cerveza, intentando lavarse de la reunión en Washington el mal sabor de boca—. Por eso vine directo aquí, saltándome el protocolo. Necesito ojos frescos. Tengo noventa y seis horas antes de partir. Cualquier cosa que encuentren, cualquier suciedad que Kessler esté escondiendo bajo la alfombra de secretos oficiales… la necesito.

Andrew deja el destornillador sobre la mesa con un clac sonoro. Se impulsa con los pies para girar su silla ergonómica hasta quedar frente a la pizarra digital de ochenta pulgadas montada en la pared.

—Hay algo que no encaja en la arquitectura del problema —murmura, frunciendo el ceño tras sus gafas de montura gruesa—. ¿Para qué demonios querría la Organización Mundial de la Salud a un especialista en computación avanzada y encriptación de datos en una zona de exclusión radiactiva?

Se levanta, toma una de las carpetas negras que Freddy trajo del Departamento de Seguridad Nacional y la agita en el aire como evidencia incriminatoria en un juicio.

—Mathew Vale —dice Andrew, y su voz adquiere un matiz de reverencia profesional—, uno de los padres fundadores de la programación avanzada y de las redes de inteligencia artificial que aprenden solas, trabajó en el código base de la IA Cenizas. Es un genio absoluto, un arquitecto de sistemas imposibles. Lo conocí de los viejos tiempos en el MIT; compartimos un laboratorio de robótica durante un semestre antes de que la agencia de investigación militar lo reclutara.

El nombre cae sobre nosotros como una losa de plomo. Cenizas. El proyecto que casi nos destruye.

Luna se adelanta con pasos medidos, felinos y abre otra carpeta sobre la mesa. Alisa con cuidado la fotografía de un hombre mayor, de rasgos afilados, barba canosa recortada y ojos grises de mirada penetrante.

—No es la única coincidencia estadísticamente imposible —dice con esa voz suya que nunca tiembla, ni siquiera cuando las balas vuelan—. Howard Jellicot. El psiquiatra más brillante y controvertido de su generación. Trabajé bajo su supervisión en Viena hace diez años, antes de unirme a la Agencia. Un experto mundial en trauma postraumático, fragmentación mental y técnicas de control del comportamiento extremo. Sus métodos de interrogatorio y resistencia psicológica son... legendarios. Y aterradores.

Alain emite un silbido bajo y apreciativo que corta el aire denso.

—¡Santas casualidades, Batman! —exclama y levanta las manos en un gesto teatral—. Esto ya no parece una misión de rescate;

parece la lista de invitados para una reunión de antiguos alumnos del apocalipsis.

Luna clava sus ojos oscuros en mí, con las pupilas dilatadas y un enfoque absoluto.

—Sabes lo que opino de las casualidades, Ainara. En nuestro mundo, no existen. Esto es un diseño inteligente. Arquitectura de conspiración pura y dura.

—¿Qué insinúas? —pregunta Freddy, visiblemente más pálido bajo la luz fluorescente.

—Que no es cuestión de azar que los desaparecidos sean íntimos conocidos o mentores de los miembros clave de este equipo —interviene Peter y se pone de pie con un movimiento fluido y tenso —. Esto no tiene nada que ver con el FBI, Freddy. Ni con la OMS. Tiene que ver con nosotros. Somos el objetivo primario.

—Creo que tiene razón —intervengo al sentir cómo las piezas dispersas encajan con un clic audible en mi mente—. El Anillo sabe que seguimos operativos. Saben que somos una amenaza latente, un peligro activo no neutralizado. Si no nos han eliminado, es porque, de algún modo retorcido, nos necesitan. Somos herramientas útiles para un trabajo sucio que ellos no pueden o no quieren hacer.

—¿Nos están invitando a la fiesta? —pregunta Junior desde la sombra de un rincón, con voz cargada de ironía amarga y cansancio.

—Si pones un trozo de queso en una ratonera, no lo llamas invitación —responde Alain con sequedad—. Lo llamas cebo.

Luna niega despacio con la cabeza, en un movimiento calculado.

—Es más sutil que una simple trampa para ratones —reflexiona, cruzándose de brazos—. No sacrificas activos de nivel estratégico, como Vale y Jellicot en Ucrania, solo para atraernos. Eso sería un desperdicio de recursos inaceptable, y el Anillo no desperdicia nada. Son eficientes hasta la crueldad. Cada movimiento tiene múltiples vectores. Quieren que vayamos, sí. Pero también quieren que resolvamos el problema. Sea cual sea.

—Sea lo que sea —digo y siento la adrenalina comenzar a bombear, despertando mis sentidos—, es una jugada maestra de ajedrez. Nos ponen un peón delante: Freddy. Y nos obligan a mover

ficha bajo la presión del tiempo. Si rescatamos a los científicos, ellos ganan porque recuperan sus activos. Si morimos en el intento, ellos ganan porque eliminan la amenaza. Es un escenario en el que todos ganan para el Anillo, y nosotros somos la variable descartable.

—Pues me niego a jugar —protesta Peter y golpea la pared con el puño. El impacto resuena sordo en el búnker—. Hacerles el trabajo sucio no está en mi contrato. Ya hemos perdido bastante por sus juegos mentales.

Freddy se levanta de golpe y derriba la lata vacía.

—Escuchen, olviden lo que dije. Tienen razón. Esto es una locura suicida. Iré yo solo, cumpliré con el expediente, haré el teatro diplomático y volveré. No voy a arrastrarlos conmigo al matadero radiactivo.

Un silencio incómodo, pesado, llena la sala. Junior suspira con cansancio y sale de las sombras con pasos lentos.

—Siéntate, Freddy —dice Peter con firmeza y pone una mano en el hombro de su compañero—. No seas dramático. Sabes perfectamente que no te dejaremos ir solo a una excursión organizada por Kessler. Sería una sentencia de muerte antes de tocar el suelo ucraniano.

Me mira a mí y yo me encojo de hombros. Esbozo media sonrisa, esa que reservo para cuando todo se va al infierno.

—Kessler te dio carta blanca para elegir equipo porque sabía, con certeza matemática, que nos elegirías a nosotros —digo para que la verdad caiga por su propio peso—. Sabía que no te dejaríamos tirado. Somos leales. Somos predecibles. Esa es nuestra mayor debilidad y la están explotando.

Camino hasta la pizarra y borro con la mano los esquemas de circuitos de Andrew, dejando el espacio en blanco: una página limpia, lista para un nuevo plan táctico. El polvo digital se desvanece bajo mis dedos y siento esa electricidad familiar recorriendo mi columna vertebral, la mezcla tóxica de peligro inminente y desafío que es mi única droga real.

—Huele a trampa, sabe a trampa y se ve como una trampa —admito al girarme hacia ellos, apoyando la espalda en la pizarra—. Pero nunca he sabido rechazar un buen desafío. Prefiero ir a buscar

al Anillo a su terreno y mirarlos a la cara que quedarme aquí, escondida bajo tierra, esperando a que vengan por nosotros. Prefiero ser el cazador, no la presa.

Recorro los rostros de mi equipo con la mirada. Veo miedo, sí; pupilas dilatadas, mandíbulas tensas, respiraciones controladas. Pero bajo el miedo veo esa determinación férrea que nos ha mantenido vivos contra todo pronóstico, esa voluntad de acero templado en el fuego que nos define como unidad.

—Muy bien, familia —digo, trazando la primera línea en la pizarra con el dedo, marcando el inicio de la operación—. Desempolven los trajes de plomo y calibren los detectores de radiación.

Hago una pausa dramática y dejo que el silencio se estire hasta romperse.

—Nos vamos a Chernóbil.

3

MÁSCARAS DE PLOMO

Búnker de Andrew, Nueva York
Martes, 3 de marzo, 5:20 p. m.

Decidir ir fue la parte fácil, casi automática. La lealtad es un músculo que hemos entrenado hasta el límite. Pero la logística suicida es lo que nos mantiene clavados en nuestros sitios. No hay alternativa real; dejar a Freddy solo en el tablero de juego tridimensional del Anillo sería firmar su sentencia de muerte con tinta indeleble.

La invitación tiene un remitente claro y sangriento que todos en esta sala sabemos leer entre líneas. Ahora el problema muta de la decisión ética a la ejecución táctica, pues entrar y salir de Ucrania —una nación blindada por la guerra híbrida y la paranoia fronteriza— no es un viaje de placer. Menos aún para un equipo de operativos extraoficiales con más órdenes de captura internacionales que pasaportes legales en vigencia.

—Si la hipótesis es correcta —dice Junior para romper el silencio táctico que se había instalado sobre nosotros— y el Anillo mueve los hilos desde las sombras, esperarán a que crucemos la frontera. Una vez dentro, seremos ganado en un corral. Sin armas, rodeados de seguridad aeroportuaria de nivel uno y militares nerviosos con dedos en gatillos automáticos... seremos la presa más fácil de la historia.

Luna niega con la cabeza y mantiene los ojos fijos en un punto indeterminado del mapa de Europa Oriental proyectado en la pared de hormigón, como si pudiera descifrar coordenadas invisibles en la textura gris.

—El Anillo monitorea cada paso que damos. Si quisieran eliminarnos aquí, en Nueva York, podrían haber volado este búnker hace una hora con un misil de crucero o un equipo de limpieza táctica. No, su juego es otro. Nos quieren en el escenario, en su terreno controlado. La entrada será limpia, una alfombra roja hacia el infierno; lo difícil será la salida. Siempre lo es.

—Aun así, necesito blindaje administrativo —interviene Freddy mientras saca su teléfono encriptado para escribir una nota rápida; el brillo azulado de la pantalla ilumina su rostro tenso y le marca las ojeras—. Hablaré con McWire de nuevo. Me prometió garantías absolutas y voy a cobrar cada letra de esa promesa. Exigiré que se restablezca mi nivel de seguridad Alpha para todo el equipo.

Lo miro con escepticismo y arqueo una ceja.

—¿Crees que cederá tan fácil?

—Tiene que hacerlo —responde y guarda el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta—. Si quieren que sea su peón sacrificable en una zona de guerra activa, necesito poder de fuego administrativo. Funcionó durante la crisis de la IA. No tienen margen para negarse sin exponer sus propias contradicciones internas ante el presidente.

—El contexto es diferente, Freddy —le advierte Luna con suavidad, pero con la firmeza de quien ha visto caer imperios—. Antes él estaba desesperado, acorralado. Ahora tiene el control. O eso cree.

—Es cierto —señalo, apoyada en el borde de la mesa metálica, y siento cómo el acero frío se clava en mis palmas—. No podemos depender de la bondad de un burócrata de Washington que desayuna mentiras. Necesitamos forzar la cerradura. Necesitamos nuestra propia palanca.

Andrew, que escribe de manera frenética en su estación de trabajo con tres monitores, gira su silla ergonómica y muestra una sonrisa astuta.

—Tengo la llave maestra. O mejor dicho, la imprenta de billetes falsos del Gobierno.

Nos muestra un despliegue de ventanas con bases de datos del Gobierno federal, donde líneas de código verde caen como lluvia digital.

—En cuanto definamos el equipo de campo, Freddy me dará acceso remoto temporal a los servidores del FBI mediante su código de autenticación. Será un juego de niños crear perfiles falsos con cuentas inactivas de agentes jubilados o con baja médica. Fotos generadas por ordenador, datos biométricos alterados con programas que engañan al reconocimiento facial, historiales limpios sin alertas... En dos horas, todos ustedes serán agentes federales especiales con credenciales válidas en el sistema. Entrarán por la puerta grande de Kiev, con banda sonora de triunfo incluida.

Sonrío ante esa solución elegante para un problema sucio. Cirugía digital de precisión.

—Eso resuelve la infiltración. Ahora, pasemos a la lista operativa. Yo voy, eso no está en discusión. Lideraré el equipo de campo.

—Ucrania en primavera... —Peter se ajusta el cuello de la chaqueta de cuero desgastada con ese brillo temerario en la mirada que conozco demasiado bien—. Siempre quise visitarla antes de que todo brille en la oscuridad como un árbol de Navidad radiactivo. Cuenten con mi rifle.

—Yo también. —La voz de Luna es firme, sin fisuras de duda. Se pone de pie y se alisa la falda con movimientos precisos—. Howard Jellicot fue mi mentor y mi amigo antes de que todo se torciera. Si existe una posibilidad remota de que siga con vida, tengo la obligación moral de buscarlo. Y si no... bueno, alguien tendrá que psicoanalizar al Anillo. Entender cómo piensan los monstruos para poder matarlos.

Asiento y dirijo la mirada al rincón más oscuro, donde Alain se ha mimetizado con las sombras y finge un interés repentino y académico por la etiqueta de su cerveza artesanal.

—¿Alain?

El joven traficante de armas suspira, derrotado por la presión grupal, con un suspiro largo y resignado que llena la sala.

—Ya he estado allí. Hace años. Negocios de la vieja escuela, sobrantes soviéticos, ya saben. Kalashnikovs oxidados y granadas de mano sin seguro vendidos por kilo. —Hace una mueca de desagrado genuino—. El lugar es deprimente, gris, frío como una morgue, y la radiactividad me da migraña. Paso. Prefiero quedarme aquí, cuidando de que Andrew no incendie el servidor con sus experimentos de sobrecarga.

Freddy se adelanta e invade su espacio personal con dos pasos firmes; proyecta autoridad.

—Te necesito con el equipo, Alain. Yo estaré atado de manos y pies por la diplomacia y el protocolo. Si la situación se descontrola en la zona de exclusión, no podré disparar ni una sola bala sin provocar un incidente internacional. Necesito a alguien que cubra las espaldas de las chicas y de Peter, alguien que sepa improvisar explosivos con una botella de vodka, fertilizante y un contador Geiger. ¿Vas a dejar a Peter solo en territorio hostil? Eso no es muy caballeroso de tu parte.

Alain mira al techo en busca de paciencia divina en las vigas de acero, bufa y luego niega con la cabeza.

—Maldita sea mi conciencia. Está bien, iré. Pero al primer zombi radiactivo que vea, me largo corriendo y no miro atrás. Queda advertido. Nada de heroísmos estúpidos.

—Deja de ver películas de serie B —dice Junior con una sonrisa burlona—. En Chernóbil lo más raro que vas a encontrar es un bagre de tres ojos o una rana fluorescente. Los zombis no existen. La biología lo confirma.

—Tú ríete, abogado —contesta Alain mientras lo señala con el dedo índice como si fuera un arma cargada—. Cuando vuelva verde como Hulk y tú estés aquí engordando con la *pizza* de Andrew, ya veremos quién se ríe. Ya veremos.

—Yo también voy —anuncia Andrew para cortar la broma de raíz. Su tono es serio, inusualmente grave; el bromista ha desaparecido tras la máscara del *hacker*.

Nos quedamos en silencio absoluto. Andrew es el cerebro digital, el mago detrás de la cortina, nuestro oráculo. Verlo en el campo es inusual. Antinatural incluso.

—No puedo dar soporte en tiempo real desde un sótano en Nueva York si van a estar en una zona muerta digital —explica y se anticipa a nuestras objeciones—. Además, Mathew Vale no es un turista accidental. Si un genio de la computación cuántica se metió voluntariamente en ese infierno radiactivo, no fue para contar árboles mutados. Estaba buscando algo tecnológico, *hardware* experimental o *software* de nivel clasificado, y quiero ver qué es antes de que el Anillo lo borre del mapa o lo encripte para siempre. Freddy, consígueme acceso a un laboratorio móvil o a lo que tengan allí. Equipo portátil de análisis forense digital.

Es lógico. Vale es la anomalía matemática en la ecuación y Andrew es el único capaz de descifrarla. Eso nos deja con seis operativos confirmados. Junior es el único descarte potencial.

—Este informe es basura censurada —gruñe Junior y lanza la carpeta verde sobre la mesa; los papeles tachados se desparraman como naipes—. La misión oficial de la OMS era estudiar la adaptación a largo plazo de la flora y fauna a la radiación crónica. Aburrido, seguro e inofensivo. Pero luego, en las notas al pie clasificadas, hablan de «mutaciones virales aceleradas». Contradicción flagrante.

—¿Es eso posible? —pregunto mientras un escalofrío me recorre la columna vertebral, ajeno a la temperatura controlada del búnker.

—Teóricamente, la radiación ionizante puede forzar la evolución de los patógenos al romper las cadenas de ARN —dice Junior, y se frota las sienes como si le doliera la cabeza—. Degradación celular, recombinación genética, presión selectiva extrema... es demasiado técnico para mí, pero suficiente para justificar una crisis sanitaria global si algo sale de allí. Lo que no se justifica es la presencia de un programador cuántico y de un psiquiatra conductual en el equipo. Eso no encaja con buscar virus; es como llevar un astronauta a una excavación arqueológica submarina.

—¿Y las teorías oficiales de la desaparición? —pregunta Freddy.

—Espías rusos, sabotaje paramilitar ucraniano, accidente industrial encubierto... lo típico —enumera Junior con hastío profesional—. Disparan a todo lo que se mueve para ver qué cae. Hipótesis de escopeta para ocultar la falta de inteligencia real.

Reflexiono un momento y proceso las variables tácticas. Si el Anillo ha secuestrado o eliminado a ese equipo de alto perfil, no lo habrán dejado tirado en el Bosque Rojo como basura radiactiva. Los habrán movido. A Kiev tal vez. O fuera del país.

—Necesitamos ojos fuera de la zona de exclusión —digo al tomar el mando operativo de la misión—. Alguien tiene que investigar en Kiev, seguir el rastro del dinero, de los sobornos o de la logística de transporte pesado. Freddy estará demasiado vigilado por sus niñeras diplomáticas como para hacer preguntas incómodas sin levantar alertas.

Me giro hacia Junior y lo miro directo a los ojos.

—Tú te encargas de eso. Vienes con nosotros. Kiev es tu jurisdicción.

Alain suelta una carcajada sonora que resuena en las paredes de hormigón.

—¡Fiesta completa! ¡Todos al matadero! ¡Barra libre de radiación!

—Es perfecto —añade Andrew mientras se ajusta las gafas; calcula—. Junior y yo no necesitamos máscaras digitales tan complejas. Soy una figura pública en la comunidad tecnológica global, y la desaparición de un colega de renombre como Vale justifica mi interés personal y mi presencia. Y Junior... un abogado internacional experto en derechos humanos siempre es útil cuando las cosas se ponen feas con las autoridades locales corruptas. Espero que hayas repasado el Código Penal ucraniano, los artículos sobre detención arbitraria y los tratados de extradición.

Junior se queda mudo un segundo, procesa su reclutamiento forzoso, pero luego asiente con resignación profesional. Se alisa la corbata imaginaria.

—Supongo que alguien tiene que pagar las fianzas cuando los arresten a todos —dice con un suspiro—. Y redactar los testamentos de última voluntad.

—Casa llena —murmura Peter con una sonrisa lobuna que muestra los dientes—. Hace mucho que no nos metemos todos juntos en el barro hasta el cuello. Será interesante. Terapéutico incluso.

—Será un caos absoluto —corrige Alain—. Pero será nuestro caos. Caos controlado.

—Divertido para el Anillo, dirás —señala Peter con cinismo—. Nunca habían tenido a todos los ratones juntos en la misma jaula experimental. Somos un bufet libre.

—Basta de comparaciones con roedores —interrumpo, y me pongo de pie con un movimiento brusco—. La decisión está tomada. No hay vuelta atrás. Andrew, empieza con las identidades falsas. Freddy, consigue ese nivel de seguridad Alpha o amenaza con dimitir. El resto... estudien estos informes como si sus vidas dependieran de ello.

Miro el mapa que aparece en la pizarra digital, donde Chernóbil brilla como una advertencia roja.

—Porque probablemente así será.

4

IDENTIDAD FANTASMA

Oficinas del FBI, Nueva York
Miércoles, 4 de marzo, 8:50 p. m.

El sedán negro de Freddy desciende por la rampa en espiral del *parking* subterráneo del FBI. Los neumáticos emiten un chirrido agudo contra el hormigón pulido. Las luces fluorescentes del techo del garaje parpadean con un zumbido eléctrico constante.

Aunque este es su territorio, su fortaleza burocrática inexpugnable, esta noche la presencia del hombre en el asiento del copiloto altera la ecuación fundamental. El aire dentro del vehículo se siente más denso, cargado de una electricidad estática peligrosa que le eriza los vellos de la nuca.

El guardia de la garita emerge de su cabina blindada y se ajusta el cinturón reglamentario. Freddy baja la ventanilla eléctrica y deja entrar el aire viciado del garaje, una mezcla de gasolina sin quemar, aceite de motor y humedad subterránea.

—Una credencial de visitante temporal para el señor Collins —ordena Freddy con esa voz que no admite réplicas, el tono de mando absoluto perfeccionado en varios años de servicio federal.

Andrew, a su lado, adopta una postura relajada, casi insolente. Estira las piernas bajo el tablero y mastica un chicle imaginario. Dicta sus datos falsos con una fluidez ensayada mientras el guardia

escribe en el terminal portátil y le tiende la tarjeta magnética de plástico blanco, que brilla bajo la luz artificial.

—Nunca pensé que las puertas del cielo se abrirían tan fácilmente para un pecador digital como yo —murmura Andrew mientras el coche avanza hacia la plaza reservada, marcada con letras gruesas pintadas en amarillo reflectante: DIRECTOR ADJUNTO DE DIVISIÓN.

—Ahora eres un activo externo, un consultor de seguridad. —Freddy gira la llave y apaga el motor. El silencio que sigue es repentino y absoluto, solo roto por el tictac del metal al enfriarse—. Tienes autorización provisional de nivel tres. Y sí, técnicamente te pagarán por esto con fondos reservados.

—Demasiado legal para mi gusto. Me siento sucio. —Andrew se echa la mochila táctica al hombro al salir del vehículo. El sonido de la cremallera rasga el silencio como un disparo seco—. Quizás lo done al fondo de huérfanos de *hackers* anónimos o me compre una isla.

Caminan hacia los ascensores privados. El edificio, que por lo general es un hervidero de actividad frenética, dormita en el turno de noche. El eco de sus pasos resuena en el mármol del vestíbulo vacío, amplificado por la acústica de la bóveda de hormigón. Al llegar a la planta veintidós, la división de Freddy, el pasillo se extiende largo y silencioso, flanqueado por cubículos en penumbra donde solo destellan los pilotos rojos de los teléfonos IP y el *standby* verde de los monitores.

Freddy saluda con un gesto seco a los dos agentes de guardia nocturna, que apenas levantan la vista de sus informes, y empuja la puerta de su despacho.

En cuanto se cierra tras ellos y el cerrojo magnético hace clic, la atmósfera cambia. Andrew no pierde el tiempo: aparta la silla de cuero ergonómica de Freddy, se sienta frente al terminal principal y extrae su propio portátil de la mochila, un modelo modificado con carcasa reforzada y conexiones blindadas. Lo conecta con un cable de fibra óptica, directo al puerto de mantenimiento del escritorio.

Sus dedos, largos y precisos, recorren el teclado con un ritmo hipnótico, una cadencia seca y rápida contra las teclas.

—¿Me garantizas que los sistemas de seguridad internos no saltarán? —pregunta Freddy, apoyado en el borde de la mesa, con los brazos cruzados y la mirada fija en las líneas de comando que empiezan a correr por la pantalla de Andrew, un torrente de texto verde y blanco sobre fondo negro.

—Hombre de poca fe —replica el *hacker* sin levantar la vista y se ajusta las gafas, que reflejan el brillo azul del monitor—. Tú tienes acceso de nivel cinco. Puedes mirar los archivos de personal cuando te plazca. Yo solo estoy… tomando prestada esa autoridad para hacer unas correcciones administrativas. Lo que haga con los datos después, eso será invisible. Necesito dos perfiles femeninos y dos masculinos. Rango de edad: treinta a cuarenta. Estatus: inactivo, licencia prolongada o reserva. Sin familia cercana que haga preguntas, preferiblemente.

Freddy observa la transformación de Andrew. El bromista desaparece; en su lugar, emerge el depredador digital, el arquitecto de sistemas que penetró en los servidores del Pentágono por pura diversión intelectual. Una sonrisa tensa se dibuja en el rostro del jefe del FBI, consciente de que camina por el filo de la navaja al permitir que un civil con antecedentes toque las entrañas del sistema federal.

—No te excedas, Andrew —le advierte, pero baja la voz una octava hasta adquirir ese timbre de amenaza contenida—. Nada de curiosear expedientes clasificados que no nos incumban. No quiero que mañana aparezcan secretos de estado en la *dark web* solo porque querías impresionar a tus amigos virtuales en un foro ruso.

Andrew suelta una risa corta, seca y sin humor, pero se detiene de golpe y entrecierra los ojos detrás de las gafas.

—Si me lo pides con tanto cariño… Aquí está. Perfecto para Peter. Agente especial Michael O’Connor.

En la pantalla principal aparece la ficha de un agente de campo de la oficina de Chicago: complexión física similar, historial de servicio limpio, experto en tácticas urbanas, actualmente de baja administrativa indefinida por una lesión de ligamentos en una redada antidroga. Andrew escribe una secuencia rápida de instrucciones y la foto del agente parpadea antes de ser sustituida por la de Peter. Los

píxeles se reorganizan y suavizan para encajar en los datos de la imagen original.

—¿Qué pasará con los originales? —pregunta Freddy y frunce el ceño—. Si alguien cruza los datos u O'Connor intenta acceder al sistema, verán que están activos en dos sitios simultáneamente.

—No si tú haces tu trabajo burocrático. —Andrew gira la silla para mirarlo y el cuero cruje bajo su peso—. Activa el protocolo de protección de identidad nivel uno. Ese programa fantasma que usan para los infiltrados profundos en carteles mexicanos. Haz que el sistema diga que están en una «misión clasificada de seguridad nacional» y bloquea sus ubicaciones reales y accesos remotos.

—¿Cómo conoces el protocolo fantasma? —Freddy se tensa de modo visible. Esa información no es pública, ni siquiera está en los manuales internos estándar; es conocimiento de nivel directivo.

Andrew vuelve al teclado e ignora la pregunta con elegancia. Freddy comprende que subestimar el alcance del *hacker* ha sido un error constante en su relación; Andrew conoce los esqueletos del armario del Gobierno mejor que el propio Gobierno. Probablemente ha estado dentro de esos servidores antes, y husmeó, catalogó y archivó secretos para una ocasión como esta.

—Ya tengo a Alain —anuncia Andrew, y luego una mueca tuerce su gesto—. Ups.

El monosílabo cae como una granada de mano en el despacho silencioso. Freddy se inclina sobre su hombro al instante y ve su propio reflejo tenso en la pantalla junto al código que se ha vuelto rojo.

—¿Qué significa «ups» en tu idioma?

—Significa que nos han visto. O al menos, han visto la sombra de mi mano en el tarro de las galletas. —Andrew no parece asustado, sino extrañamente estimulado, con la adrenalina que le dilata las pupilas—. Alguien está haciendo un rastreo inverso de mi conexión interna.

Freddy mira la pantalla, donde una ventana emergente roja parpadea en una esquina con un contador de tiempo regresivo.

—¿Quién?

—Agente Johnston, seguridad digital forense —lee Andrew, y escanea la información del intruso—. Es bueno. Muy bueno. Está aislando el nodo desde el que opero y cerrando los puertos de salida. Me tiene en la mira.

Freddy maldice por lo bajo. Johnston. Un sabueso joven, ambicioso, recién salido de Quantico con honores en ciberdelitos y desesperado por un ascenso que le permita salir de la sala de servidores oscura.

—¿Puedes bloquearlo?

—Soy mejor que él. Pero tiene las llaves del castillo —dice Andrew, y sus dedos se mueven tan rápido que se convierten en manchas borrosas sobre el teclado al ejecutar programas de evasión —. Lo estoy desviando a un servidor duplicado en el departamento legal, un bucle infinito. Pero ganaré tiempo, no la guerra. Eventualmente se dará cuenta del engaño. Tienes que pararlo tú, Freddy. Físicamente.

Freddy toma el teléfono de su escritorio. Su mano no tiembla, pero sus nudillos están blancos, con la piel tensa sobre el hueso. Marca la extensión interna de seguridad.

—Aquí el director adjunto Tanaka. Que suba el agente Johnston a mi despacho. De inmediato. Prioridad uno.

Cuelga con fuerza. El silencio regresa, más pesado que antes, cargado de la tensión de una bomba sin detonar.

—Tú, date prisa —ladra Freddy—. Tienes dos minutos antes de que entre por esa puerta.

—Estoy en ello. Ya encontré a Ainara. Agente especial Tania Roberts. La biometría encaja al 98 %. Inyecto datos… Listo.

—¿Qué vas a hacer con las huellas dactilares?

—Modificarlas en la base de datos de la central biométrica. Cuando pasen por el escáner del aeropuerto o de la embajada, el sistema leerá las huellas reales de nuestros agentes falsos y el ordenador les devolverá la identidad que yo estoy creando ahora. Una coincidencia perfecta fabricada. Pero el resto… el resto es trabajo de artesanía manual. Documentación física, pasaportes, tarjetas, historial crediticio. Eso lo haré en el búnker con la impresora térmica.

—¿Y las redes sociales? —pregunta Freddy mientras el sudor frío le baja por la nuca—. Hoy en día nadie existe si no tiene una huella digital. Si esos agentes desaparecen del mapa, levantará sospechas de los sistemas de vigilancia automatizados.

—Las congelaré. Un fallo en el servidor, una cuenta suspendida de manera temporal por actividad sospechosa. —Andrew escribe con furia—. Cuando volvamos, las reactivaré y restauraré las copias de seguridad como si nada hubiera pasado. Listo.

En ese instante, tres golpes secos suenan en la puerta. Nudillos contra madera maciza. Autoridad nerviosa.

—¡Aún no he terminado el cifrado de salida! —se queja Andrew en un susurro urgente.

—No hay tiempo. Sigue escribiendo, pero hazlo parecer… oficial. Y cállate. —Freddy se alisa la corbata, se pasa la mano por el pelo y adopta su máscara de autoridad pétrea, la expresión que ha usado mil veces para doblegar sospechosos—. ¡Adelante!

La puerta se abre y un joven delgado, con gafas de montura gruesa, camisa mal planchada y aspecto de no haber dormido en días, asoma la cabeza con una tableta apretada contra el pecho como un escudo medieval.

—¿Jefe Tanaka? Soy Johnston, de Ciberseguridad. El sistema de alertas me indicó una anomalía grave de nivel cuatro en su terminal…

—Pase, Johnston. Cierre la puerta. Ahora.

El agente entra, intimidado pero decidido. Sus ojos escanean la habitación y se detienen en seco en Andrew, quien sigue escribiendo líneas de comando a una velocidad vertiginosa con la serenidad de un pianista virtuoso. Ignora su presencia.

—Le presento al señor Andrew Collins —dice Freddy con formalidad de hielo—. Consultor externo de ciberseguridad nivel alfa, asignado por el Departamento de Seguridad Nacional.

Los ojos de Johnston se abren de forma desmesurada detrás de los cristales en un destello de reconocimiento, seguido de incredulidad absoluta.

—¿Collins? —susurra, olvida momentáneamente la jerarquía y el protocolo—. ¿El *hacker* fantasma? ¿El del incidente del Pentágono en

el 2018? ¿El que escribió el gusano Hydra?

Andrew sonríe de manera leve sin dejar de escribir, halagado por la fama infame en su gremio.

—Ahora prefiero el término «especialista *senior* en penetración de sistemas ofensivos», agente. Pero sí. Encantado.

Freddy interviene rápidamente y se pone de pie para bloquear la línea de visión de Johnston hacia la pantalla.

—Lo he traído para una auditoría de seguridad no programada, Johnston. Dado el historial de filtraciones recientes en la Agencia, necesitaba someter a nuestro sistema interno a una prueba de resistencia real. Una prueba agresiva sin aviso previo al equipo de defensa.

Johnston traga saliva de modo audible, mira de Freddy a Andrew, y procesa la información a toda velocidad.

—¿Una prueba de resistencia? Pero…, señor, el sistema detectó una intrusión no autorizada en los archivos de personal clasificados. Modificación de registros en tiempo real. Yo inicié el protocolo de rastreo y bloqueo…

—Exacto —lo corta Freddy y avanza un paso hacia él, invadiendo su espacio personal—. Ejecutamos un simulacro de ataque silencioso. El sistema automatizado falló en detenerlo en los primeros noventa segundos. Pero usted no. Usted lo detectó de forma manual, Johnston. El señor Collins me acaba de confirmar que solo un operador de élite habría notado la fluctuación en los datos tan rápido.

La confusión y el miedo en el rostro del joven agente dan paso a una mezcla de alivio y orgullo profesional apenas contenido.

—¿Entonces… fue una prueba de competencia? ¿Aprobé?

Freddy asiente gravemente y pone una mano en el hombro del chico.

—Con honores. Ha reaccionado más rápido que el sistema automatizado. Voy a redactar una mención especial para su expediente mañana mismo. Pero necesito discreción absoluta sobre esto. Si el resto del departamento sabe que estamos probando sus vulnerabilidades con consultores externos, cambiarán sus comportamientos y la prueba futura no será válida. ¿Entendido?

—Sí, señor. En absoluto, señor. Mi boca está sellada. —Johnston mira a Andrew con renovada admiración, casi reverencia—. Es un honor verlo trabajar, señor Collins. Su código de evasión del 2020 fue… inspirador. Una obra de arte.

—Gracias, chico —dice Andrew mientras cierra su portátil con un clac definitivo y desconecta el cable de fibra óptica—. Tu sistema de defensa secundario casi me hace sudar. Casi. Tienes talento.

—Puede retirarse, Johnston. Y ni una palabra a nadie. Ni siquiera a su supervisor directo. Esto es nivel ojos solamente.

—Sí, jefe. Buenas noches, señores.

El joven sale casi flotando y cierra la puerta con reverencia. Freddy suelta el aire que ha estado conteniendo en sus pulmones durante dos minutos eternos y se deja caer contra el borde del escritorio. Siente las piernas súbitamente débiles.

—Eso estuvo cerca. Demasiado cerca, Andrew. Un segundo más y habría visto la pantalla real.

—Trabajo hecho —dice el *hacker* mientras levanta su mochila y guarda el portátil con cuidado—. Tenemos cuatro nuevas identidades federales completamente operativas. Ahora, sácame de aquí antes de que tu chico prodigio se dé cuenta de que el «servidor duplicado» al que lo desvié era, en realidad, una redirección en bucle a una web de recetas de cocina coreana en la *dark web*.

Piso de Ainara, Nueva York
Miércoles, 4 de marzo, 9:40 p. m.

La pantalla de mi portátil es la única fuente de luz en el salón en penumbra. Llevo horas con los ojos clavados en los píxeles, hasta que las líneas de texto empiezan a bailar y se desdibujan en los bordes de mi campo visual periférico. Bob, mi bestia negra de treinta kilos, está hecho un ovillo a mis pies; su respiración rítmica y pesada es el único sonido que compite con el zumbido del disco duro y el

ronroneo del ventilador interno del ordenador que lucha contra el sobrecalentamiento.

Andrew cumplió su palabra con eficiencia militar. Los archivos encriptados llegaron anoche, una descarga masiva de datos comprimidos que tardó casi una hora en completarse y saturó mi ancho de banda. Hoy, después de tres tazas de café negro y del paseo ritual con Bob por el parque vacío, me he sumergido en ellos para buscar al diablo en los detalles.

Y el diablo está ahí, sonriendo desde los márgenes.

Leo los informes de la supuesta misión científica de la OMS una y otra vez. Busco inconsistencias. Cuanto más leo, menos sentido tiene la narrativa oficial. Según la tapadera pública, el equipo fue enviado para «estudiar el impacto a largo plazo de la radiación ionizante en la flora y fauna locales y rastrear posibles mutaciones virales zoonóticas». Suena plausible para un comunicado de prensa, una narrativa ecológica diseñada para el consumo mediático y los donantes internacionales, pero la lista de personal clasificada cuenta otra historia muy distinta.

No había ni un solo zoólogo. Ni un botánico. Ni siquiera un epidemiólogo de campo clásico.

Deslizo el dedo por la pantalla táctil para resaltar los nombres en amarillo. Una microbióloga de nivel cuatro especializada en patógenos sintéticos de diseño. Un radioquímico con antecedentes clasificados en el sector de defensa nuclear estadounidense. Un psiquiatra conductual —Howard Jellicot— especializado en interrogatorios. ¿Para qué necesita un psiquiatra una expedición de flora y fauna? Y un programador de alto nivel en computación cuántica —Mathew Vale—. Además de tres oficiales de enlace militares con especialidad en la contención de riesgos biológicos y el combate urbano.

Esta no era una misión de estudio ecológico. Era una misión de búsqueda y recuperación de activos. O de limpieza de pruebas.

El teléfono vibra sobre la mesa de centro de cristal y rompe mi concentración con el nombre de Junior que parpadea en la pantalla. Deslizo el dedo para aceptar la llamada y activo el altavoz.

—Dime que has encontrado algo que no sea humo y espejos —digo sin preámbulos.

—Hola a ti también, Ainara. Qué gusto oír tu optimismo. —La voz de Junior suena metálica, ligeramente distorsionada por la línea segura que Andrew configuró; el cifrado de voz comprime las frecuencias—. He estado revisando los registros sanitarios públicos de Ucrania y las bases de datos internas de la OMS difundidas en la última filtración. Nada oficial sobre incidentes recientes. La guerra en el este lo ha eclipsado todo; es el camuflaje perfecto. Si algo explota allí, es solo otra bomba, no un experimento fallido. —El ruido de fondo tapa la señal—.

—Tiene que haber algo. Esa microbióloga no fue allí a recoger muestras de musgo radiactivo.

—Hay un cabo suelto —afirma Junior, y oigo el sonido de papeles que se mueven—. Encontré varios informes médicos locales de la región de Zhitómir, al sur de la Zona de Exclusión, fechados el año pasado. Hubo un pico estadístico brutal, una anomalía imposible, en los diagnósticos de lupus eritematoso sistémico.

Frunzo el ceño mientras proceso el dato y mi cerebro busca conexiones, patrones, anomalías médicas.

—¿Lupus? Es una enfermedad autoinmune crónica. No es contagiosa. No es viral. No hay «brotes» epidémicos de lupus, Junior. Eso es médicamente imposible.

—Exacto. —Oigo a Junior al otro lado, pasando hojas con prisa, el chasquido de un archivador—. No se conocen causas virales directas ni vectores de transmisión. Pero de repente, decenas de casos en una semana en tres pueblos agrícolas cercanos al perímetro sur de la Zona de Exclusión: fiebres hemorrágicas altas, erupciones cutáneas en forma de mariposa, fallo multiorgánico fulminante. Los médicos locales, desbordados y sin recursos, lo etiquetaron como lupus atípico o síndrome de radiación aguda por falta de una explicación más precisa en el menú desplegable del sistema sanitario.

—O porque alguien con autoridad les dijo que miraran hacia otro lado y firmaran los certificados de defunción —murmuro. Un

escalofrío me recorre el cuerpo, un presagio frío que no tiene nada que ver con la temperatura del piso—. ¿Qué pasó después?

—Silencio de radio absoluto. Se habló brevemente en foros de conspiración locales sobre un arma biológica rusa, pruebas de campo de algún agente nervioso de nueva generación… pero todo se borró en cuestión de horas. Las webs cayeron por ciberataques, los informes médicos desaparecieron de los servidores. Si hubo una investigación oficial, está enterrada bajo siete llaves de hormigón.

—Es raro que lo censuraran tan rápido si fuera propaganda de guerra —explico, me pongo de pie y camino hacia la ventana, mirando las luces de la ciudad que nunca duerme—. Si Ucrania sospechara de un uso de arma química por parte de Rusia, lo habría gritado ante la ONU para pedir más ayuda. Si Rusia sospechara de los laboratorios ucranianos, lo mismo.

—A menos que ambas partes sepan que no es de ninguno de los dos —sugiere Junior. La implicación cuelga en el aire, pesada y oscura como una nube de tormenta—. A menos que sea algo de un tercero. Algo que asusta a todos por igual.

Me paso la mano por el pelo mientras la imagen del Anillo se forma en mi mente con claridad cristalina; esa organización en la sombra que parece mover los hilos invisibles del mundo, una red de poder que trasciende naciones, ideologías y Gobiernos.

—Esto apesta a una operación de encubrimiento de nivel cero. Nos están enviando a limpiar el desastre biológico de alguien más, Junior.

—¿Crees que saben lo que buscamos?

—Creo que saben que somos competentes y prescindibles. La combinación perfecta. —Miro mi reflejo en el cristal de la ventana. Parezco cansada, pálida, pero mis ojos están alerta, cazan, escanean cada sombra en busca de amenazas—. Intenta averiguar más sobre esos casos de «lupus». Busca patrones geográficos, distancia desde la central nuclear, dirección del viento esos días. Tal vez Freddy pueda presionar alguna tecla oficial en la CDC sin levantar sospechas. ¿Sabes algo de ellos?

—Silencio total desde que entraron en el edificio federal. Asumo que Andrew está haciendo su magia digital o que ya los han

arrestado y están siendo interrogados en una sala sin ventanas.

—Si los hubieran arrestado, ya tendríamos furgonetas negras tácticas en nuestra puerta y a agentes derribándola. Andrew lo ha conseguido.

Corto la llamada y vuelvo a mirar el portátil. La lista de nombres de la misión fallida parece una enumeración de lápidas que esperan ser grabadas. Cada dato nuevo confirma mi teoría: nos estamos metiendo de manera voluntaria en la boca del lobo. O peor, en su estómago.

Es el hoyo del conejo de Alicia, pienso al recordar la historia que mi padre me leía. Vimos la entrada, caímos por ella mientras perseguíamos al conejo blanco de la verdad, pero ahora la caída no termina nunca. Y abajo, en la oscuridad absoluta, algo nos espera con los dientes afilados y mucha hambre.

5

LA SOLICITUD

Búnker de Andrew, Nueva York
Miércoles, 4 de marzo, 11:00 p. m.

El aire en el búnker subterráneo de Andrew está viciado. Sobre la mesa metálica central, bajo la luz blanca y fría de las lámparas, descansan cinco pasaportes biométricos nuevos. Brillan con la promesa de una salida limpia: invitan a dejar atrás nuestras vidas y apellidos para convertirnos en fantasmas con respaldo federal.

Andrew desliza los documentos sobre la superficie de acero con un rápido movimiento de muñeca. Reparte las credenciales con precisión mecánica, una para cada uno. El papel reforzado produce un sonido seco al impactar contra el metal en el silencio del espacio confinado.

—Bienvenidos a su nueva vida —anuncia Andrew. Una sonrisa de satisfacción le cruza el rostro mientras se ajusta las gafas; en los cristales se reflejan las pantallas frente a él—. Salió perfecto. El sistema del Gobierno aceptó los datos sin suscitar sospechas. No quedó rastro y también cambié las copias de seguridad. Para la ley, desde ahora son oficiales.

Tomo mi pasaporte. La tapa azul oscuro se siente igual que la del original; el escudo dorado de Estados Unidos está en relieve y

parece auténtico. Lo abro. En la página de datos, un pequeño chip atrapa la luz. Mi foto me devuelve la mirada.

Andrew hizo cambios sutiles: suavizó las marcas de cansancio alrededor de mis ojos y añadió un toque de maquillaje que yo nunca usaría en misión. En la imagen parezco más «normal», menos golpeada por la violencia.

—Agente especial Tania Roberts —leo en voz alta. El nombre suena extraño, ajeno a mi lengua.

—Y yo soy la doctora Alice Jason —dice Luna. Examina su propia documentación con ojo clínico, pasa el pulgar sobre el holograma de seguridad tridimensional para verificar la textura—. Nada mal. El cargo implica autoridad diplomática.

—Gregory Craig —murmura Peter. Levanta una ceja con escepticismo mientras lee los datos de su credencial—. Suena a contable de Ohio que colecciona sellos en sus ratos libres.

—Esa es la idea, genio —replica Andrew mientras escribe una última confirmación en su consola—. Nadie sospecha del contable aburrido. Es el camuflaje operativo más eficaz.

Alain suelta una risa nerviosa mientras hojea su expediente. El papel nuevo, rígido, cruje entre sus dedos.

—Pues aquí consta que el agente Bart Coltrane estudió sociología aplicada en Columbia antes de unirse al Buró. Soy un intelectual, chicos. Prepárense para escuchar citas de Marx, Weber y Durkheim durante el viaje en clase turista.

—Se nota que te pega —bromea Peter.

A pesar de las risas, la tensión subyacente en el grupo es palpable. Funciona como una corriente de alto voltaje que circula entre nosotros. Usamos el humor como mecanismo de defensa para no procesar la realidad inmediata. Estamos borrando nuestras huellas para entrar voluntariamente en una zona de exclusión radiactiva.

Luna deja su pasaporte sobre la mesa con un golpe seco. Su expresión se torna seria al instante; adopta la máscara de concentración absoluta que conozco bien, la misma que utiliza cuando procesa datos complejos y perfiles psicológicos criminales.

—He revisado los perfiles de la misión original de la OMS una vez más —dice. Su voz corta el ambiente distendido y nos devuelve al problema táctico—. No hay patrón lógico. Es un caos diseñado.

Suelto un suspiro de alivio. No soy la única que ha chocado contra ese muro de datos inconexos durante las últimas horas.

—Pensé lo mismo. Parece una selección aleatoria, como si hubieran sacado nombres de un sombrero en Langley.

—Peor —corrige Luna y camina hacia la pizarra digital—. En una selección aleatoria existiría alguna coincidencia estadística, algún nexo común imprevisto. Esto parece diseñado de modo específico para carecer de sentido. No tienen puntos de contacto previos entre sí. El informe oficial indica que fueron reclutados por la OMS, pero no explica el criterio de selección. Ni sus historiales académicos ni sus publicaciones científicas ni sus trayectorias profesionales se cruzan en ningún punto. Alguien externo los colocó en esa lista. Dudo mucho que la CIA, y por ende Kessler, desconociera este hecho.

—Nos entregaron la versión desclasificada para civiles —afirmo—. Basura burocrática censurada para mantenernos ocupados mientras perseguimos fantasmas y ellos ejecutan la operación real.

—¿Y tu amigo el psiquiatra? —pregunto y señalo una de las fotos en la pantalla gigante de Andrew. Es una imagen pixelada de un hombre de sesenta años, con barba canosa recortada y ojos cansados—. Howard Jellicot. ¿Qué función cumple un especialista conductual en una zona de riesgo biológico y radiológico?

Luna se cruza de brazos en una postura defensiva. Protege el recuerdo de su mentor.

—Howard no es un psiquiatra clínico convencional. Es médico, sí, pero su especialidad real es la neuroquímica aplicada. Cuando coincidimos en la Agencia en Viena, su obsesión era la estimulación farmacológica del rendimiento cognitivo en situaciones de estrés extremo. Buscaba inducir memoria fotográfica y concentración absoluta mediante compuestos químicos. Quería crear operadores con capacidades mentales aumentadas.

—¿Y eso qué tiene que ver con Chernóbil? —interviene Peter, que limpia su arma por pura memoria muscular.

—Howard trabajó en programas experimentales para tratar el estrés postraumático en agentes de campo —explica Luna—. Después, su investigación se desvió hacia drogas diseñadas para mantener la mente clara durante interrogatorios o tortura. Sustancias capaces de frenar las hormonas del miedo y del estrés y de ayudar al cerebro a recuperarse más rápido. El programa se canceló por «problemas éticos», o eso dijo la versión oficial, y le perdí la pista.

—Quizás pensaron que sus fármacos podrían contrarrestar los efectos neurológicos de la radiación o de cualquier otra amenaza en la zona —aventuro.

—O tal vez —dice Junior, que hasta entonces ha permanecido en silencio en las sombras, apoyado en la pared de hormigón— lo enviaron para asegurarse de que nadie del equipo científico perdiera la estabilidad mental al ver lo que les esperaba. Un controlador de daños en tiempo real.

Un silencio denso cae sobre la sala. El zumbido constante de los sistemas de refrigeración de los servidores llena el vacío, un ronroneo mecánico que subraya nuestras especulaciones.

—Es el único con vínculos confirmados con la CIA —apunta Luna.

Me giro hacia Andrew. Él sigue escribiendo distraídamente en su portátil, con las líneas de código reflejadas en sus gafas.

—¿Y el programador? —le interrogo—. Mathew Vale. Es tu homólogo. ¿Qué análisis tienes sobre él?

Andrew detiene sus manos y gira la silla. Su rostro pierde la habitual expresión burlona; deja caer la máscara del bromista para revelar al analista frío.

—Es un fantasma digital, igual que nosotros ahora. Ninguno de sus trabajos anteriores tiene relación con la biología, la radiación o la medicina. Es la pieza angular que no encaja en el rompecabezas. Los demás, de una forma u otra, son científicos o militares. Él es un arquitecto de código puro. Un constructor de entornos virtuales y sistemas de encriptación.

—Si descubrimos qué fue a construir, o a destruir, sabremos la verdad —concluyo.

Miro la hora en la pantalla de mi móvil: las dos y diez.

—Freddy debería haber aterrizado ya en Washington —digo. Miro al equipo y siento la presión del tiempo—. Si no consigue ese salvoconducto de nivel superior, la agente Tania Roberts y la doctora Alice Jason no pasarán del control de pasaportes biométricos del JFK.

—Freddy lo conseguirá —afirma Junior con convicción absoluta—. A estas alturas, es probable que ya esté presionando en el Despacho Oval.

Casa Blanca, Washington D. C.
Miércoles, 4 de marzo, 11:15 p. m.

El cansancio físico se aferra al cuerpo de Freddy. Dos días consecutivos de viajes en helicóptero, reuniones de alto nivel y tensión constante le pasan factura; siente rigidez en las articulaciones y un dolor sordo y pulsante en la base del cráneo. Sin embargo, la adrenalina lo mantiene erguido y alerta.

Aunque el aire en el Ala Oeste está filtrado y refrigerado hasta una perfección aséptica por sistemas de grado militar, Freddy percibe la presión del entorno.

Espera sentado en una silla de estilo federal tapizada en seda azul, justo fuera del Despacho Oval. No es su primera vez en la Casa Blanca —la medalla al valor que guarda en su escritorio atestigua su visita al Salón Este tras la crisis de la operación Zodíaco—, pero esperar una audiencia privada no programada con el presidente coloca la situación en otra categoría. El pasillo huele a cera de muebles antiguos y flores frescas.

La puerta de caoba maciza se abre. Dos hombres de traje gris salen y murmuran; tienen el aspecto inconfundible de asesores políticos agotados. Sus maletines de cuero golpean rítmicamente contra sus piernas.

Minutos después, el secretario personal del presidente, un hombre joven con la eficiencia grabada en el rostro, asoma la

cabeza.

—Director Tanaka, el presidente le recibirá ahora.

Freddy se pone de pie, se alisa la chaqueta para eliminar cualquier arruga y entra. Sus zapatos de suela de cuero se hunden en la alfombra gruesa con el escudo presidencial tejido en el centro, lo que amortigua sus pasos hasta el silencio total.

El Despacho Oval es más pequeño de lo que parece en las transmisiones, pero impone respeto. La luz dorada de la tarde entra a raudales por los ventanales blindados tras el escritorio Resolute y recorta la silueta del mandatario. Al ver entrar a Freddy, el presidente rodea el escritorio con una sonrisa diplomática y le tiende la mano.

—Tanaka, un placer verte de nuevo, aunque sea en circunstancias tan precipitadas y... poco ortodoxas.

—El honor es mío, señor presidente —responde Freddy. Estrecha la mano con firmeza calculada.

—Siéntate, por favor. —El presidente señala los sofás *beiges* frente a la chimenea, donde arde un fuego bajo y controlado—. Tu llamada a mi línea privada sonó urgente. Espero que no me traigas noticias de otro colapso digital inminente. Aún me estoy recuperando políticamente del último.

Freddy esboza una leve sonrisa; agradece el tono distendido. La operación Zodíaco creó un vínculo tácito de respeto mutuo, una línea directa que Freddy ha guardado con celo para una emergencia real. Esta lo es.

—No es un ataque directo a la nación, señor presidente. Pero creo que la seguridad nacional está comprometida en los márgenes. Y esos márgenes están a punto de incendiarse.

—¿Tiene que ver con la crisis de los desaparecidos en Ucrania? —pregunta el presidente. Su tono se vuelve grave al instante; desaparece el político afable para dar paso al comandante en jefe.

Freddy asiente. Un leve alivio le recorre el pecho al confirmar que el encargo viene realmente de arriba y no es una maniobra lateral del Anillo.

—Exacto. La misión de recuperación.

—Hablé con el secretario McWire y el director de la CIA hace dos días —confirma el presidente y cruza las piernas—. Coincidimos en que tú eras el único activo con la experiencia de campo no convencional y la discreción necesarias para manejar esto sin iniciar un conflicto internacional. Es un asunto delicado, Tanaka. Tierra quemada, política de alto riesgo.

—Gracias por la confianza, señor —dice Freddy, ocultando su cinismo ante la perspectiva de ser enviado sin protección.

La puerta lateral se abre de golpe. El secretario personal carraspea e interrumpe el momento.

—Señor presidente, el secretario de Defensa McWire acaba de llegar. Insiste en unirse.

Freddy siente un nudo en el estómago. Prefería esta conversación a solas, sin la evaluación constante de McWire. Pero el juego político no se detiene.

—Hazlo entrar —ordena el presidente.

Robert McWire entra con paso firme. Domina la estancia como si fuera su propio despacho.

—Señor presidente —saluda con una inclinación de cabeza. Luego gira la vista hacia el sofá—. Tanaka, no esperaba encontrarte aquí. Pensé que estarías en Nueva York, preparando la logística.

—Buenas tardes, señor secretario —responde Freddy. Se pone de pie por protocolo—. Precisamente, por eso estoy aquí. Para asegurarme de que el equipo llegue a su destino sin ser detenido en la aduana.

McWire se sienta en el sofá opuesto; el cuero cruje bajo su peso. Arquea una ceja con escepticismo.

—Me intriga.

—He venido a solicitar una autorización especial —dice Freddy, decidido a ir directo al punto—. Un permiso ejecutivo que solo el presidente puede otorgar y que no puede esperar a la burocracia habitual de su departamento.

El presidente y McWire intercambian una mirada rápida. Freddy observa el cálculo instantáneo en sus ojos: evaluación de riesgos, beneficios y costes políticos.

—Esta misión es de máxima prioridad y confidencialidad absoluta —continúa Freddy—. No quiero dar explicaciones a funcionarios de aduanas de nivel medio ni depender de favores diplomáticos lentos si la situación se complica en Europa. Necesito velocidad y autonomía.

—Tienes mi apoyo operativo, Tanaka —dice el presidente—. ¿Qué necesitas exactamente?

—Necesito autoridad ejecutiva plena en el teatro de operaciones. Quiero que se me restablezca temporalmente el nivel siete de seguridad nacional.

El silencio que sigue es absoluto. McWire suelta una risa incrédula y seca.

—Eso es imposible, Tanaka. Absurdo. El nivel siete es para crisis existenciales inminentes. Guerra nuclear, pandemia global, colapso financiero. Esto es una extracción encubierta de personal civil. Es delicado, sí, pero no justifica otorgarte acceso total a los recursos del Estado.

—Con el debido respeto, señor secretario —replica Freddy e invade de manera ligera el espacio visual entre ellos—, la última vez que tuve ese acceso, salvé el sistema de su propia tecnología. Y lo devolví sin pedir nada a cambio.

—Lo sabemos, y la nación está agradecida —insiste McWire con voz dura—. Pero no necesitas ese poder ahora. Estarás en suelo extranjero soberano. Allí tu jurisdicción federal es nula. Un nivel siete no te servirá de nada ante un guardia fronterizo ucraniano.

—No es nula si necesito extraer a mi equipo bajo fuego o cruzar fronteras cerradas por la OTAN —contraataca Freddy sin ceder—. Si tengo que movilizar recursos de inteligencia en tiempo real, pedir asilo inmediato o requisar transporte militar de una base aliada en Alemania, no puedo rellenar formularios y esperar autorización de Washington. El jefe del FBI de Nueva York no tiene peso allí. Necesito un rango. Necesito que mi firma valga tanto como la suya.

—Quizás —interviene el presidente, asume su papel de mediador — podamos llegar a un término medio razonable. Un nivel cuatro te daría inmunidad diplomática completa, valija diplomática y acceso a recursos consulares de emergencia.

Freddy niega con la cabeza de forma lenta. Nivel cuatro es para embajadores. Útil para evitar multas, pero insuficiente si el Anillo cierra las puertas o si la CIA intenta bloquearlo.

—Deme un nivel cinco, señor presidente. Necesito estar jerárquicamente por encima de los diplomáticos de carrera y los jefes de estación de la CIA. Necesito que si doy una orden a un enlace de inteligencia, obedezcan sin confirmar con Washington primero.

El presidente mira a McWire en busca de consejo. El secretario de Defensa calcula las probabilidades con frialdad. Por último, se encoge de hombros y concede el punto.

—Es una petición audaz y arriesgada. Pero si queremos resultados limpios y negación plausible, tal vez sea necesario darle herramientas operativas reales. Si usted lo aprueba, señor presidente, Defensa no pondrá objeciones formales.

—Sea —decide el presidente y golpea con suavidad el brazo del sofá—. Nivel cinco, director Tanaka. Tienes acceso prioritario de seguridad nacional y mando operativo.

—Una cosa más —añade Freddy con rapidez antes de que la ventana de oportunidad se cierre—. Necesito que este estatus sea irrevocable y esté blindado en el sistema hasta que mi equipo y yo toquemos de nuevo suelo estadounidense.

Es su cláusula de seguridad contra el Anillo.

—No quiero sorpresas administrativas a mitad de camino, ni revocaciones accidentales —añade Freddy y sostiene la mirada del mandatario.

—Te doy mi palabra, Tanaka —dice el presidente. Se pone de pie para finalizar la reunión y le extiende la mano—. Tienes la palabra del presidente de los Estados Unidos. Tu nivel cinco es válido y blindado hasta que vuelvas a casa.

Freddy le estrecha la mano y sella el pacto. Tiene lo que quería: el control operativo.

Ahora solo espera no tener que usarlo para escapar de su propio Gobierno.

6

TERRITORIO HOSTIL

Kiev, Ucrania
Viernes, 6 de marzo, 4:30 p. m

La guerra tiene un olor particular, una huella olfativa imposible de lavar: diésel quemado, tierra removida por orugas de tanque y miedo rancio. Incluso antes de cruzar la frontera física, el aire ya lo transmite todo.

Nuestro ingreso al país es una pesadilla logística de treinta horas continuas. Los cielos de Ucrania permanecen cerrados al tráfico civil, patrullados por cazas y baterías antiaéreas listas para derribar cualquier sombra no identificada. Tras negociaciones secretas, volamos hasta Varsovia en un avión de transporte militar de la Fuerza Aérea disfrazado de carga humanitaria. Aterrizar en el Aeropuerto Chopin es solo el preludio; catorce horas de vuelo, sentados en redes de carga y rodeados de tarimas de suministros médicos, entumecen mis músculos y reducen mi paciencia.

Gracias a Freddy y su nivel cinco, pasamos los controles europeos como diplomáticos. Nuestros pasaportes azules llevan hologramas que brillan bajo la luz ultravioleta y sellos prioritarios puestos en segundos. Los aduaneros polacos nos miran con sonrisas tensas; saben que es mejor no preguntar.

Andrew arrastra dos maletas negras, reforzadas y herméticas, con su equipo. Las cuida como si fueran de cristal. El resto del armamento —fusiles, chalecos y munición—, en teoría, nos espera al otro lado de la frontera, a cargo de contactos locales de la CIA.

Dos furgonetas blindadas y sin distintivos nos recogen en la pista para otras tres horas de carretera hacia el este. El paisaje se vuelve cada kilómetro más gris y militarizado. Pasamos puestos de control hechos de sacos terreros y bloques de hormigón, tanques oxidados abandonados en las cunetas y campos minados señalizados con cintas amarillas descoloridas que ondean al viento frío.

El puente sobre el Bug Occidental marca el punto de no retorno. Nos obligan a bajar bajo una lluvia fina y helada para cambiar de vehículo. Al otro lado de la barandilla, un grupo de soldados ucranianos, con uniforme de camuflaje y fusiles de asalto, nos observa con desconfianza. En sus ojos se lee lo mismo: venimos a mirar el desastre de cerca.

—Aquí es donde la cosa se pone fea —murmura Peter mientras se ajusta el cuello de la chaqueta contra el viento cortante que huele a óxido y pólvora húmeda.

Los militares no sonríen. A pesar de la alianza oficial con Washington y la ayuda financiera, la presencia de «consultores» extranjeros en su suelo no les hace ninguna gracia. Somos intrusos en su guerra.

El tramo final hasta Kiev es una tortura de diez horas por carreteras secundarias llenas de cráteres. Esquivamos controles con bloques de hormigón y convoyes de suministros de la OTAN que levantan polvo. Cuando las luces de la capital aparecen en el horizonte, débiles bajo el toque de queda, el viaje ya se siente eterno. Mis vértebras crujen con cada bache y el cansancio me deja un sabor metálico en la boca.

Las furgonetas se detienen frente a un edificio gubernamental de arquitectura brutalista soviética. Es una mole de hormigón gris con ventanas estrechas como aspilleras de búnker y una fachada manchada por décadas de lluvia ácida.

—Mataría por una ducha caliente —gime Luna al bajar y estira la espalda.

—Olvídalo. —Examino las ventanas oscuras, sin una sola luz encendida, protegiendo el edificio de posibles ataques con drones—. Esto no es el Hilton, es un edificio administrativo fortificado. Probablemente dormiremos en catres militares y comeremos raciones de combate envasadas.

Nos reunimos en la acera agrietada. Andrew, Alain y Junior tienen los ojos inyectados en sangre y la piel cerosa por el agotamiento. Un funcionario de traje oscuro y corte de pelo militar sale a recibirnos. Ignora nuestra fatiga y estrecha la mano de Freddy con frialdad.

—Síganme. El ministro espera.

Nos conduce por pasillos laberínticos, iluminados por luces de emergencia amarillentas que parpadean. El olor a desinfectante industrial y tabaco barato impregna el aire. Llegamos a una antesala vacía con sillas de plástico verde y un retrato descolorido del presidente ucraniano.

—Esperen aquí. —El funcionario señala las sillas—. El director Tanaka vendrá conmigo. Solo él.

Freddy se detiene en seco. Su postura se torna rígida al instante.

—Negativo. La agente Roberts viene conmigo. —Me señala con un gesto de cabeza—. Ella será la comandante operativa en el terreno. Yo coordinaré la logística desde la base, pero ella toma las decisiones tácticas de campo. Donde voy yo, va ella.

El funcionario duda. Sus ojos oscilan entre Freddy y yo con desdén. Evalúa la situación, calcula el rango de Freddy y, al final, asiente a regañadientes.

—Como desee. Pasen.

Entramos en un despacho amplio donde reina el caos organizado. Hay mapas topográficos de gran escala desplegados con marcas rojas de ofensivas, teléfonos satelitales que parpadean y pilas de informes de inteligencia. Detrás del escritorio de roble macizo nos observa un hombre corpulento, vestido con un suéter militar verde oliva sin insignias.

Tiene el rostro curtido de quien ha pasado tiempo en trincheras: piel marcada por el viento, una fina cicatriz blanca que le cruza la ceja izquierda y manos grandes con nudillos deformados.

—Bienvenido a Kiev, señor Tanaka. —Su inglés es fluido pero duro, con un acento fuerte—. Soy Anton Shevchenko, ministro del Interior.

—Un placer, ministro —responde Freddy con diplomacia e ignora la falta de cortesía.

—Agente Roberts. —Shevchenko me dedica una mirada fugaz para evaluar mi amenaza antes de volver a centrarse en Freddy—. Seré directo, no tengo tiempo para bailes diplomáticos. Yo voté en contra de su venida. Veté esta misión tres veces.

El silencio que sigue es denso, solo roto por el zumbido del aire acondicionado central.

—Agradezco su franqueza —dice Freddy sin inmutarse y le sostiene la mirada.

—Esa gente desaparecida… los científicos de la OMS. —El ministro se levanta y camina con pesadez hacia un mapa detallado de la Zona de Exclusión colgado en la pared lateral—. Se metieron donde no debían. Les advertimos sobre los riesgos radiológicos y militares. Tenemos inteligencia confirmada de que grupos de sabotaje y reconocimiento rusos usan esa región boscosa para infiltrarse. Sus investigadores civiles se toparon con ellos y fueron eliminados o capturados. Fin de la historia. Daños colaterales.

Golpea el mapa con el dedo índice, justo sobre la mancha roja de Chernóbil. El impacto resuena seco en la sala.

—Hemos malgastado recursos valiosos, combustible y hombres en buscarlos durante dos días. Recursos que necesito en el frente oriental. Y ahora Washington me envía a un equipo de… especialistas extranjeros para que les haga de niñera armada. Es una pérdida de tiempo y un riesgo de seguridad.

La ira burbujea en mi pecho, pero mantengo la boca cerrada. Freddy no necesita que lo defienda.

—Si eso fue lo que pasó, ministro —dice Freddy con calma glacial, y baja el tono para obligar a Shevchenko a escuchar—, nosotros nos encargaremos de certificarlo forensemente, recuperar los cuerpos y limpiar el desastre político para que usted pueda volver a su guerra sin la ONU que le respira en la nuca. Si su gente hubiera

hecho el trabajo completo la primera vez y encontrado pruebas concluyentes, no estaríamos aquí y lo molestaríamos.

Shevchenko se gira con lentitud. Sus ojos entrecerrados se clavan en Freddy; no está acostumbrado a que le hablen así en su propio despacho. La vena de su sien palpita visiblemente.

—No es su decisión ni la mía. —Freddy sostiene la mirada del ucraniano sin parpadear—. Ambos tenemos órdenes de nuestros presidentes. Usted de facilitarnos el paso seguro y logística, y yo de encontrar la verdad, sea cual sea. Le sugiero que cumplamos con nuestra parte de forma profesional para que yo pueda sacar a mi gente de su país lo antes posible y dejarlo en paz.

El ministro tensa la mandíbula. Evalúa a Freddy de nuevo, busca debilidad y encuentra solo acero burocrático. Por último, suelta un bufido de resignación y vuelve a sentarse. La silla de cuero cruje bajo su peso.

El mensaje ha sido recibido: Freddy no es un burócrata asustadizo. Es un igual.

—Disculpe si estamos un poco irascibles, ministro —dice Freddy, con un tono más suave pero firme—. Llevamos veinticuatro horas de viaje sin parar. Necesitamos ducharnos, comer algo caliente y dormir unas horas. Mañana a primera hora, a las siete, quiero ver el equipo que pedimos y los vehículos. Asumo que todo estará listo, tal como acordamos.

—Lo estará. —Shevchenko gruñe la respuesta y baja la vista hacia unos papeles sobre su mesa. Nos descarta. La audiencia ha terminado.

—Nos retiramos entonces.

Freddy da media vuelta y sale del despacho con paso marcial. Yo lo sigo y cierro la puerta tras de mí con suavidad. En el pasillo desierto, lo miro con nuevos ojos. El Freddy novato del FBI ha desaparecido. En su lugar hay un tiburón que sabe nadar en las aguas más peligrosas sin sangrar. Un depredador con traje y corbata.

—Bien hecho —le susurro.

—No me des las gracias todavía —responde en voz baja mientras se afloja la corbata con un gesto brusco—. Acabamos de hacernos

nuestro primer enemigo poderoso en Kiev, y ni siquiera hemos desempacado.

7

EL BOSQUE ROJO

Kiev, Ucrania
Viernes, 6 de marzo, 7:20 p. m.

El hotel es una reliquia soviética reconvertida al capitalismo, con un presupuesto limitado. Los pasillos huelen a desinfectante industrial y alfombra vieja. Sin embargo, el agua sale caliente —un logro logístico en tiempos de guerra— y la comida sirve para recuperar fuerzas: *borsch* espeso con crema agria, estofado de ternera con papas y pan negro denso.

Apenas tenemos tiempo de deshacer las maletas antes de que una camioneta Mercedes Sprinter negra, con cristales polarizados y protección blindada, nos recoja de nuevo con destino a un edificio de ladrillo pálido en el distrito gubernamental.

Nos hacen pasar a una sala de conferencias subterránea, protegida contra espionaje y ataques aéreos. Las paredes están forradas con paneles de madera oscura que absorben la luz y el aire tiene un olor persistente a cera, café quemado y tabaco acumulado durante décadas. Una mesa ovalada de caoba domina el centro, rodeada de mapas topográficos de gran escala de la región de Prípiat y diagramas de dispersión radiactiva marcados con círculos concéntricos rojos y amarillos.

Hace una semana, mi mayor preocupación era un informe de vigilancia mal redactado en Nueva York; hoy, estoy a punto de entrar voluntariamente en el lugar más tóxico del planeta.

Un hombre delgado, con gafas de montura metálica barata y aspecto de no haber dormido bien desde el accidente de 1986, carraspea para llamar nuestra atención. Tiene ojeras profundas y violáceas y las manos manchadas de nicotina amarilla.

—Soy el doctor Kótov, físico nuclear jefe de la administración de la Zona —se presenta en un inglés correcto pero rígido, con un acento eslavo marcado—. Lo primero que deben entender, agentes, es que la Zona no es el infierno vacío que muestran las películas. Durante veinticinco años fue territorio prohibido, pero desde 2011 permitimos un acceso controlado a turistas extremos, investigadores y curiosos con dinero.

—¿Turistas en un reactor nuclear fundido? —interrumpe Alain, incrédulo, y tamborilea los dedos sobre la mesa—. ¿Tienen tienda de regalos con llaveros de plutonio?

Una mujer sentada en el extremo de la mesa, que preside desde las sombras, interviene antes de que el físico pueda responder. Lleva un traje gris impecable de corte masculino y una expresión gélida. Su cabello rubio platino está recogido en un moño tenso y sus manos, cruzadas sobre una carpeta roja, lucen una manicura perfecta, sin anillos.

—Debe comprender, señor Coltrane —dice al usar el nombre falso de Alain con un énfasis deliberado—, que Chernóbil es parte intrínseca de nuestra identidad nacional. Es una cicatriz, sí, pero también un recordatorio histórico. Y una fuente de ingresos vital para el Ministerio. Soy Elena Polishchuk, enlace especial del Ministerio del Interior. Estoy aquí para asegurarme de que su visita no altere el delicado equilibrio político y ecológico de la región.

Capto la mirada de advertencia que le lanza a Alain: «cierra la boca y escucha». Ella no es solo una guía turística gubernamental; es una censora. Una comisaria política moderna con credenciales diplomáticas.

Kótov retoma la palabra, visiblemente incómodo, y se ajusta las gafas con un gesto nervioso.

—Como decía… la radiación no es uniforme. Es un mapa de manchas de leopardo. Hay «puntos calientes» mortales de apenas unos metros cuadrados y áreas vastas donde se podría caminar sin riesgo inmediato de contaminación aguda.

Señala el gran mapa en la pared con un puntero láser. El punto rojo se mueve sobre una zona densamente arbolada al oeste de la planta nuclear. Sector cuatro. Coordenadas marcadas con tinta negra indeleble.

—El equipo de la OMS desapareció aquí. Su última señal se localizó en este cuadrante.

—¿En qué categoría de riesgo cae eso? —pregunta Freddy con los brazos cruzados mientras analiza el terreno.

Kótov baja el puntero y el punto rojo se apaga.

—En la peor posible: el Bosque Rojo. Durante el accidente del reactor cuatro, la nube radiactiva pasó por encima de este pinar. Los árboles absorbieron tanta radiación que murieron en minutos y las agujas se tiñeron de óxido. Los soviéticos los talaron y los enterraron, pero la contaminación sigue en el suelo, en los brotes nuevos y en el polvo del aire. Es una trampa. No morirían al instante si entran, pero el costo para el cuerpo sería alto.

Un silencio pesado cae sobre la sala. Miro a mis compañeros: Peter tiene la mandíbula tensa y marca los músculos bajo la piel, mientras que Junior toma notas de manera frenética en su libreta Moleskine.

—Asumo que tenemos trajes de protección de grado militar y capas de plomo —digo para cortar la tensión y tomar el mando.

—Por supuesto —afirma Kótov—. Cada uno llevará un medidor de radiación personal, máscara con filtros y un mono blanco reforzado con una capa de plomo. Es obligatorio por protocolo. Si no se lo quitan y siguen las rutas marcadas, estarán a salvo.

—Yo les sugeriría —interviene un hombre calvo y sudoroso desde el otro lado de la mesa— que no se quiten los trajes ni para rascarse la nariz. Incluso en las zonas «verdes». El polvo es el enemigo. Una sola partícula radiactiva en el pulmón es una sentencia de muerte diferida.

—¿Doctor…? —dice Freddy para que se identifique.

—Vasilyev. Virólogo jefe. —El hombre se limpia el sudor de la frente con un pañuelo de tela arrugado—. Ustedes buscan a un equipo de la OMS. Ellos no vinieron a medir niveles de cesio radiactivo. Vinieron a buscar virus mutados capaces de saltar de animales a humanos.

—¿A qué se refiere exactamente con «virus mutados»? —pregunta Luna y se inclina hacia adelante con interés; sus ojos oscuros brillan.

Vasilyev mira con nerviosismo a Polishchuk antes de continuar. La mujer lo observa fijamente.

—La radiación ionizante cambia el ADN de forma potente y caótica. Los virus, las bacterias… evolucionan a una velocidad acelerada allí. La Zona ha estado aislada durante cuarenta años, sin interferencia humana masiva. Es un laboratorio gigantesco y descontrolado. Si un patógeno mutado saltara de un animal a un ser humano…

—El doctor Vasilyev es un alarmista crónico. —Polishchuk corta con voz afilada—. Es su defecto profesional. Ve pandemias apocalípticas donde solo hay polvo y ciervos.

—¿Pero no es eso exactamente lo que vino a buscar la OMS? —insisto, presionando la herida. He tocado un nervio; Polishchuk se tensa de modo imperceptible y los tendones de su cuello se marcan bajo la piel pálida. Al intentar callar al médico con tanta vehemencia, ha validado de forma implícita la teoría.

—La OMS nos envió una solicitud genérica de estudio ambiental de rutina —replica ella y clava sus ojos fríos en los míos—. No hay evidencia de amenazas biológicas activas. Fin de la discusión, agente Roberts.

Noto movimiento en mi visión periférica. Un cuarto hombre, sentado en la esquina más oscura y alejada de la mesa, ha bajado la cabeza al escuchar a la mujer. Sus manos juguetean nerviosamente con un lápiz amarillo barato, lo hacen girar entre los dedos con movimientos repetitivos y compulsivos.

—¿Y usted? —le pregunto de manera directa—. ¿Qué opina?

El hombre se sobresalta de modo visible y el lápiz cae sobre la mesa de caoba con un repiqueteo seco en el silencio.

—¿Yo? Eh… soy Melnik. Geógrafo y topógrafo de la Zona. —Mira a Polishchuk con terror puro—. Solo conozco el terreno físico. Los mapas.

—Háblenos del terreno, entonces —le digo para animarlo, suavizando la voz—. ¿Dónde desaparecieron exactamente? Descríbame el lugar.

—El sector cuatro norte. —Melnik gana un poco de confianza al hablar de su campo—. Es denso. Los pinos muertos siguen en pie, petrificados por la radiación, como esqueletos grises. No hay follaje ni maleza, así que la luz entra directa, dura. Es un bosque sin sombra ni pájaros. Silencio absoluto.

—Si no hay follaje, la búsqueda aérea debería haber sido fácil —señala Freddy y frunce el ceño.

—Teóricamente —admite Melnik—. Pero los drones pierden a menudo la señal de control en ese cuadrante. Interferencias magnéticas anómalas, dicen los técnicos. Y los helicópteros no pueden volar bajo por el riesgo de levantar polvo radiactivo debido a la turbulencia del rotor.

—¿Cuál es su teoría personal, Melnik? —añado para presionarlo, e inclino el cuerpo sobre la mesa—. Usted conoce la zona mejor que nadie en esta sala. ¿Qué les pasó?

Melnik abre la boca para hablar, pero la mirada de Polishchuk lo taladra desde el otro lado de la mesa. La cierra de golpe. Traga saliva de manera ruidosa y recita lo que parece un guion memorizado.

—Probablemente se encontraron con saqueadores de chatarra. O saboteadores rusos procedentes de la frontera bielorrusa. Es la única explicación lógica para que no haya cuerpos ni rastro. Las fuerzas especiales rusas limpian sus huellas.

Miente. Se le nota en el sudor frío que perla su labio superior, en la forma en que sus ojos bailan al evitar los míos y en el temblor casi imperceptible de sus manos sobre la mesa. Hay algo más en ese bosque muerto, algo que el Gobierno ucraniano —o al menos la facción de Polishchuk— no quiere que sepamos.

La reunión se arrastra diez minutos más con detalles técnicos sobre rutas de acceso, puntos de control y protocolos de

descontaminación, pero mi mente ya está en otra parte; proceso la mentira de Melnik. Necesito hablar con Luna sin oídos indiscretos ni micrófonos.

—Disculpen. —Me pongo de pie con calma—. El viaje ha sido largo y el café fuerte. ¿Dónde están los baños?

Miro a Luna, quien capta la señal al vuelo con un parpadeo.

—La acompaño, agente Roberts.

Salimos al pasillo bajo la mirada vigilante y sospechosa de Polishchuk. Entramos en el baño de mujeres, un espacio alicatado en blanco y verde quirófano. Luna revisa los cubículos con rapidez, saca un dispositivo de barrido electrónico del tamaño de un encendedor y lo pasa por los espejos y los respiraderos. Una luz verde parpadea en silencio.

—Limpio —susurra—. Sin micrófonos activos.

Abro el grifo al máximo para crear ruido de fondo blanco y el agua sale con un chorro irregular y ruidoso que golpea la porcelana vieja.

—Melnik sabe algo vital.

—Definitivamente —afirma Luna, apoyada en el lavabo, mirando nuestro reflejo—. Está aterrorizado. Y no creo que sea de los rusos. Teme a Polishchuk o a quien sea que ella represente en la sombra.

—Esa mujer es un problema táctico. Nos va a tener atados en corto con la correa diplomática.

—El virólogo Vasilyev es honesto, pero irrelevante para la operación —analiza Luna con precisión clínica—. Su miedo es académico, teórico. Pero Melnik ha estado allí en persona. Él ha visto algo que no cuadra con la versión oficial.

—Tenemos que interrogarlo a solas —decido y me seco las manos—. Antes de salir mañana al amanecer.

—Será difícil con la «niñera» de hielo pegada a nosotros.

—Junior vendrá con nosotras. En cuanto termine la reunión, haré que Freddy distraiga a Polishchuk con los permisos de armas y las exenciones de responsabilidad. Eso nos dará una ventana de cinco minutos. Saldremos y seguiremos a Melnik.

—Hecho. —Luna sonríe con un gesto frío—. Se le ve débil, psicológicamente. Se romperá rápido bajo presión.

—Bien. —Cierro el grifo y el silencio vuelve al baño. Me miro en el espejo. Mis ojos parecen cansados, con ojeras marcadas y capilares rojos por la falta de sueño, pero la determinación está ahí —. Vamos a sacarle la verdad, aunque tengamos que arrancársela.

Luna se dirige a uno de los cubículos.

—Espera un segundo.

—¿Qué pasa? —pregunto y me tenso al instante, mi mano va de manera instintiva a donde debería estar mi arma.

—Nada táctico —responde con naturalidad mientras cierra la puerta del baño—. Realmente necesitaba orinar.

8

VOCES EN LA SOMBRA

Kiev, Ucrania
Viernes, 6 de marzo, 8:30 p. m.

Dejamos a Freddy y Andrew sepultados bajo la burocracia del Ministerio: formularios sobre armas, logística y firmas interminables. No era solo trámite; era distracción.

Nosotros sosteníamos el plan oficial —el resto del equipo iba a volver al hotel en convoy diplomático— y se lo repetimos al enlace de seguridad que nos observaba desde la escalinata de granito: ojos fríos, postura rígida, de esos que saben que su informe lo leerá gente peligrosa.

Peter y Alain, en un coche, y Junior, Luna y yo subimos a la camioneta asignada y nos incorporamos al convoy.

En cuanto doblamos la esquina y quedamos fuera de su campo de visión, el plan cambia. Junior va al volante. Reduce y frena de golpe; el ABS vibra bajo nuestros pies.

—Sujétense.

Gira bruscamente y se despega del convoy, metiéndonos en una calle lateral a oscuras. El asfalto desaparece bajo las ruedas, reemplazado por adoquines soviéticos que sacuden el chasis.

Esperamos en silencio, con el motor al ralentí y las luces apagadas, y dejamos que la oscuridad de Kiev nos trague. Junior

tiene el teléfono montado en el tablero, conectado a la señal del rastreador GPS que Andrew deslizó en el bolsillo del abrigo de Melnik durante un «choque accidental» perfectamente coordinado al salir de la sala de reuniones. Un roce de hombros, una disculpa murmurada en ruso, y el geógrafo lleva ahora un transmisor activo.

—Ahí va —murmura Junior veinte minutos después, cuando un punto rojo empieza a parpadear en el mapa digital de la pantalla—. El pájaro ha dejado el nido.

Seguimos al geógrafo a una distancia prudente de tres coches, suficiente para no ser detectados por su espejo retrovisor, pero lo bastante cerca como para no perderlo en el laberinto urbano de una ciudad en guerra. Cruzamos el río Dniéper hacia la margen izquierda. Dejamos atrás los edificios históricos y las cúpulas doradas de Santa Sofía para adentrarnos en un mar gris de bloques de pisos de hormigón prefabricado.

Aunque el barrio es residencial, las calles están desiertas bajo la ley marcial. El toque de queda estricto no empieza hasta medianoche, pero el miedo vacía la ciudad en cuanto el sol se pone. Las escasas ventanas iluminadas parpadean en la oscuridad.

Melnik aparca su viejo Lada Niva abollado frente a un edificio de cuatro plantas, con la fachada desconchada, cubierto de óxido, con antenas parabólicas y grafitis nacionalistas. Lo vemos entrar con los hombros hundidos, camina como un hombre que carga el peso de sus propias traiciones.

—Tercer piso —anuncia Junior en un susurro táctico mientras observa qué luces se encienden en la fachada—. Ventana izquierda. La luz es cálida, incandescente.

—Lástima que Andrew no esté aquí para infiltrarse en su wifi y escuchar a través de su televisor inteligente —comenta Luna mientras se ajusta los guantes de cuero negro.

—Andrew está en el hotel, preparando el centro de comunicaciones —replico y compruebo que mi Glock 19 está bien asegurada en la funda interior bajo la chaqueta; el peso del acero frío contra mis costillas es reconfortante—. No podemos esperarlo. Melnik está asustado y paranoico; si le damos tiempo para pensar y racionalizar, se cerrará en banda o llamará a su supervisora para

confesar. Hay que golpearlo ahora, mientras está vulnerable. La ventana de oportunidad se cierra.

Salimos del vehículo al aire gélido de la noche ucraniana. Junior, Luna y yo cruzamos la calle con pasos medidos y evitamos los charcos de luz amarillenta de las pocas farolas que funcionan. Nos movemos en silencio.

La puerta del portal es de cristal reforzado sucio, con una cerradura magnética rudimentaria. Junior ni siquiera parpadea. Saca un estuche de ganzúas de titanio del bolsillo interior de su abrigo y se arrodilla frente a la cerradura. Sus manos se mueven con precisión quirúrgica.

—Cúbranme.

Luna y yo nos colocamos de espaldas a él, formamos un perímetro visual de ciento ochenta grados y escaneamos las ventanas oscuras y las sombras entre los coches aparcados. Cada movimiento en la periferia de mi visión es una amenaza potencial. Un gato salta de un contenedor de basura metálico con un estruendo y mi mano vuela a la empuñadura del arma antes de que mi cerebro procese la información. Falsa alarma. Respiro hondo, el aire helado me quema los pulmones, y fuerzo la calma.

En menos de treinta segundos, un clic metálico sordo rompe el silencio.

—Estamos dentro.

El vestíbulo huele a una mezcla nauseabunda de col hervida, humedad antigua y desinfectante barato. Las paredes están pintadas de un verde institucional descascarillado. El ascensor está fuera de servicio, con las puertas metálicas entreabiertas y selladas con cinta adhesiva amarilla y negra. Subimos por las escaleras de hormigón con pasos ligeros, tácticos, rodamos el pie desde el talón a la punta para minimizar el ruido.

En el rellano del tercer piso nos detenemos frente a la puerta 3B, de madera contrachapada barata. Desde el interior se oye el sonido amortiguado de una televisión. Voces rápidas en ruso, probablemente un noticiero estatal.

Toco el timbre. Una vez. Dos veces. El zumbido eléctrico resuena con estridencia en el piso.

El sonido de la televisión cesa de golpe. Pasos arrastrados, pesados, se acercan a la puerta y se detienen. Puedo sentir su respiración contenida al otro lado de la mirilla y el peso físico de su mirada que nos evalúa a través de la lente. El silencio se extiende, denso.

—Señor Melnik —digo en voz alta y clara, proyecto autoridad federal—. Soy la agente Roberts. Sé que está ahí. Puedo oír su respiración.

Silencio.

—Señor Melnik —insisto y endurezco el tono—. No queremos derribar la puerta y alertar a sus vecinos ni a la policía local. Solo queremos hablar. Cinco minutos de su tiempo. Nada más.

El cerrojo gira lentamente con un chirrido metálico oxidado que delata su vacilación. La puerta se abre apenas cinco centímetros, sostenida por una cadena de seguridad de latón. El ojo de Melnik, inyectado en sangre y rodeado de ojeras profundas, nos escruta a través de la rendija con pánico.

—¿Qué hacen aquí? —Su voz es un graznido áspero—. ¿Quién les ha dado mi dirección privada?

—¿Podemos pasar? —pregunto y fuerzo una sonrisa profesional —. Hace frío aquí fuera. Y las paredes de estos edificios tienen oídos muy finos.

Luna se adelanta un paso y deja que la luz parpadeante del pasillo ilumine su rostro. Parece inofensiva, casi frágil. Junior, con su traje de corte italiano impecable y sus gafas de diseño, parece un abogado fuera de su elemento.

Melnik baja la guardia, las apariencias lo engañan. No sabe que yo puedo romperle la tráquea antes de que parpadee, que Luna puede desmembrarlo psicológicamente, y que Junior puede hacer desaparecer su cuerpo de modo legal sin dejar rastro.

—Solo cinco minutos —responde Melnik y quita la cadena con manos temblorosas.

Entramos al piso. Es pequeño, claustrofóbico, abarrotado de libros, papeles y el olor a tabaco rancio. Estanterías improvisadas de madera se comban bajo el peso de manuales técnicos y mapas

topográficos que cubren las paredes empapeladas, algunos marcados con anotaciones frenéticas a mano en cirílico rojo.

Melnik cierra la puerta y se apoya en ella como si necesitara el soporte físico.

—Si la señora Polishchuk se entera de esto…

—Polishchuk no se enterará —lo interrumpe Luna con voz suave pero autoritaria—. Soy experta en leer expresiones faciales y análisis de conducta, señor Melnik. Sé cuándo alguien miente. Puedo leer el miedo en la dilatación de sus pupilas, la culpa en el microtemblor de su labio inferior. Y usted mintió hoy en la reunión. Descaradamente. Usted sabe con exactitud lo que le pasó a ese equipo de la OMS.

El geógrafo traga saliva con dificultad; su nuez de Adán sube y baja de manera visible.

—Yo no… no mentí. Solo omití detalles. Hay una diferencia legal.

—La omisión es la mentira de los cobardes —digo y avanzo hacia él hasta invadir su espacio personal, arrinconándolo contra la puerta —. Mañana vamos a entrar en esa zona de muerte. Si hay una amenaza activa que usted conozca y no nos diga, y uno de mis hombres resulta herido, volveré aquí. Y le aseguro que no seré tan amable ni llamaré al timbre. ¿Me entiende?

Melnik se derrumba. Sus piernas ceden y cae en un sillón orejero desgastado; esconde el rostro entre las manos mientras los hombros le tiemblan.

—No lo entienden. No son solo los rusos. No es la guerra convencional.

—¿Entonces quién? —pregunta Junior y saca una libreta y un bolígrafo como si tomara declaración oficial.

—Rumores. Solo son rumores de los merodeadores —murmura Melnik—. La gente que vive en el perímetro habla. Dicen que hay una tercera facción operando en la zona profunda. Mercenarios de élite. Contrabandistas de alta tecnología. Fantasmas sin bandera. No lo sé.

—¿Tercera facción? —insisto e inclino el cuerpo sobre él—. ¿Qué buscan? ¿Armas soviéticas olvidadas? ¿Material radiactivo para bombas?

—No buscan cosas. Buscan personas. —Melnik levanta la vista. El terror en sus ojos es genuino—. El equipo de la OMS no es el primero. Han desaparecido otros antes. Físicos nucleares, biólogos especializados en ADN, ingenieros de sistemas… gente que no estaba cerca del frente de combate. Gente valiosa intelectualmente. Desaparecen sin dejar rastro, sin violencia, sin cuerpos. Como si… como si se los tragara la tierra radiactiva.

—O como si fueran reclutados a la fuerza —sugiere Luna, que capta la implicación al vuelo.

Melnik asiente de manera miserable en un gesto de derrota absoluta.

—Eso dicen las leyendas. Que alguien está construyendo algo allí dentro, en el sarcófago del reactor. Algo grande. Algo que no debería existir. Y necesitan cerebros privilegiados para hacerlo funcionar.

—¿El Gobierno lo sabe? —pregunta Junio, anotando con frenesí.

—El Gobierno culpa a la guerra de todo. Es la cortina de humo perfecta. Si un científico desaparece, «fue un bombardeo de artillería rusa». Si un convoy se pierde, «saboteadores infiltrados». Nadie investiga de verdad. Nadie quiere mirar demasiado cerca del reactor cuatro. Es más fácil, y más seguro, cerrar los ojos y firmar los informes de defunción.

—¿Reclutados por quién, Melnik? —insisto, y me arrodillo frente a él para forzarlo a mirarme a los ojos—. ¿El Anillo?

El nombre no parece registrarse en su cara, solo hay confusión genuina.

—No conozco ese nombre. Solo sé que pagan en oro y matan en silencio absoluto. —Se pone de pie de un salto, tiembla—. Por favor, váyanse. Si me ven con ustedes, soy hombre muerto. Mi familia… tengo una hija pequeña en Leópolis. Por favor. No quiero saber nada más.

Nos miramos entre nosotros. El intercambio silencioso confirma que ya tenemos lo que buscábamos: la validación de nuestras peores sospechas. No es una misión de rescate estándar; es una cacería de talentos de alto nivel. Y nosotros somos los siguientes en la lista de la compra.

—Gracias por su tiempo, señor Melnik —dice Junior con frialdad profesional mientras guarda la libreta—. Cierre con llave.

Salimos al pasillo. Mientras bajamos las escaleras a oscuras, mi mente da vueltas para procesar datos y trazar conexiones imposibles.

—Tenías razón —le digo a Luna, mi voz resuena en el hueco de la escalera de hormigón—. Creen que vamos a investigar virus o radiación. Pero si el Anillo está en proceso de reclutar científicos para un proyecto secreto…

—Entonces no solo corremos el riesgo de que nos maten —termina ella y abre la puerta del portal hacia la noche fría de Kiev—. Corremos el riesgo de que intenten contratarnos. O peor, de que nos conviertan en sujetos de prueba involuntarios.

El viento helado nos golpea la cara. Y dada la naturaleza de nuestros «currículums» falsificados por Andrew —agentes federales de élite, expertos en operaciones encubiertas, combate y supervivencia—, somos los candidatos perfectos. Exactamente el tipo de activos desechables pero competentes que una organización clandestina querría reclutar o eliminar.

9

INMUNIDAD DIPLOMÁTICA

Kiev, Ucrania
Viernes, 6 de marzo, 10:20 p. m.

El Lada de Melnik tiene una luz trasera rota que parpadea en la oscuridad de la carretera. Desde la seguridad anónima de la camioneta, Junior mantiene una distancia de seguimiento estándar de tres coches, suficiente para no ser detectado por un conductor civil, pero lo suficientemente cerca como para no perder el rastro en el laberinto de calles de diseño soviético.

El tráfico nocturno es escaso, casi inexistente, debido al toque de queda inminente, lo que vuelve la vigilancia mucho más delicada. Cada semáforo en rojo es una oportunidad táctica para que Melnik detecte el patrón, que su paranoia se active y descubra la cola. Junior conduce con las luces apagadas cuando puede y aprovecha la iluminación urbana.

—Quédate vigilando —ordenó Ainara antes de desaparecer con Luna en la noche fría—. Si hace algún movimiento extraño, síguelo. Pero no te expongas. Eres nuestros ojos, no nuestra arma.

Y ahí está él, un abogado que juega a los espías mientras sus compañeras vuelven al hotel para limpiar las armas y preparar la incursión de mañana. Melnik ha cantado demasiado rápido, demasiado fácil. Hay algo en su confesión temblorosa que no encaja

con el terror visceral que han visto en sus ojos: no es miedo abstracto a los rusos o a la guerra, sino miedo a algo más cercano, más inmediato. El tipo de miedo que te hace mirar por encima del hombro en tu propia cocina.

El geógrafo ha esperado exactamente una hora y quince minutos después de la visita para salir de su madriguera. Tiempo suficiente para convencerse de que no lo siguen, dejar que la adrenalina del interrogatorio se disipe y permitir que la necesidad de reportar a sus superiores se imponga sobre la precaución.

Ahora cruzan el puente Paton. Las luces amarillentas de las farolas se reflejan en las aguas negras del río Dniéper, mientras el río fluye lento y pesado bajo ellos, cargado de sedimentos y secretos de guerra.

—¿Adónde vas, pajarito asustado? —murmura Junior al tiempo que ajusta la calefacción al máximo. El aire seco y recalentado llena el coche con un olor a plástico viejo y a un ambientador de pino barato.

El geógrafo no regresa al distrito gubernamental fortificado. En su lugar, el coche gira de forma brusca hacia el barrio de Pechersk, una zona exclusiva de colinas y calles arboladas donde las antiguas casas de campo de la élite del Partido Comunista se mezclan ahora con las mansiones neoclásicas de los nuevos oligarcas. Aquí el silencio es diferente. No es el silencio tenso del miedo de los barrios pobres, sino el silencio denso del dinero. Muros altos, cámaras de seguridad de trescientos sesenta grados y guardias privados en garitas calefactadas. El silencio de quienes tienen mucho que proteger.

Melnik reduce la velocidad y el Lada se detiene frente a un enorme portón de hierro forjado negro, flanqueado por muros de piedra de tres metros de altura coronados con alambre de púas apenas visible en la oscuridad. Una cámara de seguridad gira de forma mecánica con un zumbido para enfocar su matrícula. Brilla como un ojo rojo. Segundos después, el portón se abre con un silbido hidráulico suave; permite que el coche desaparezca en el interior, tragado por las sombras del jardín privado.

Junior aparca en la siguiente esquina. Apaga el motor. Saca su teléfono encriptado y toma varias fotos de la entrada en ráfaga para asegurarse de capturar el número de la calle, las características de la seguridad perimetral y el ángulo ciego de las cámaras.

Datos. Siempre necesitan más datos para alimentar a la bestia.

—Veamos quién vive en este palacio de invierno —dice en voz baja, y envía las imágenes al servidor seguro de Andrew. El archivo sube en segundos con una barra de progreso verde que desaparece en el éter digital.

Edificio gubernamental, Kiev
Viernes, 6 de marzo, 11:30 p. m.

La oficina asignada sigue siendo gris, pero ya no funciona como tal. Ventiladores a tope, calor retenido, cables cruzando el suelo. Andrew se ha adueñado de una mesa: portátiles abiertos, un switch, líneas cifradas levantadas. En menos de tres horas tendremos un punto de control.

Freddy observa al *hacker* trabajar desde la esquina, con una taza en la mano.

—¿Estado de los sistemas operativos? —pregunta Freddy mientras revisa una lista impresa de frecuencias de radio militares; sus ojos recorren las columnas de números en busca de anomalías.

—Al cien por cien y protegidos. He desviado la red local para enmascarar nuestra salida. Para cualquier observador externo, nuestra huella digital proviene de un servidor en Langley, Virginia. Si alguien rastrea nuestra dirección IP, se encontrará con la puerta trasera del Pentágono. —Andrew sonríe sin apartar la vista de la cascada de código en la pantalla—. Les costará explicar, diplomáticamente, por qué están intentando hackear a su propio aliado principal.

De repente, una ventana emergente roja con bordes parpadeantes aparece en el monitor principal. Andrew detiene sus

dedos, congelados sobre las teclas, durante una fracción de segundo.

—Vaya, vaya. Tenemos curiosos en la línea.

—¿Intrusos? —Freddy deja la taza de café sobre la mesa.

—Alguien está intentando sondear nuestros sistemas de forma agresiva. Buscan puntos débiles en nuestra seguridad. —Andrew sonríe con esa mueca depredadora que Freddy conoce bien—. Muy burdo. Fuerza bruta y *scripts* prefabricados. Deben ser los servicios de inteligencia locales, probablemente el mismo equipo de ciberdefensa que Shevchenko tiene en el piso de arriba.

—Bloquéalos. No dejes que vean nada.

—Oh, haré algo mejor, jefe. —Andrew teclea una secuencia rápida con renovada energía—. Les dejaré entrar. He preparado una trampa digital, una carpeta señuelo etiquetada como «Planes Operativos Clasificados». Y cuando intenten descargar el archivo zip… ¡boom!

Pulsa la tecla Intro con un golpe de índice.

—Carga entregada. Acabo de inyectar un virus que borra datos en su terminal. Va a freír la placa base de quien sea que nos estuviera espiando y borrará su disco duro sector por sector. Eso les enseñará modales digitales. No se toca el timbre sin invitación.

Freddy asiente satisfecho; es una pequeña victoria táctica, pero en este juego, las pequeñas victorias acumulan moral.

—Bien hecho. Ahora quiero un barrido físico de la sala. Si intentaron entrar digitalmente y fallaron, seguro que han sembrado este lugar de micrófonos antes de darnos las llaves. Confianza cero, Andrew. Asume que cada pared tiene oídos.

El teléfono de Andrew vibra sobre la mesa con un zumbido insistente.

—Es Junior. Me envía una dirección GPS y fotos en el distrito rico. Quiere saber quién es el dueño. Dice que Melnik acaba de entrar allí como si fuera su casa de verano. —Andrew lee el mensaje y frunce el ceño—. Pechersk. Zona de oligarcas y diplomáticos. Interesante.

—Hazlo. Prioridad absoluta. Quiero un nombre y un perfil.

Andrew abre una nueva terminal de búsqueda, pero antes de que pueda ejecutar el comando, un estruendo metálico resuena en

el pasillo exterior. El sonido inconfundible de botas militares que golpean el suelo de mármol a paso de carga.

La puerta del despacho se abre de golpe, impacta contra la pared con violencia y hace temblar el marco de madera.

Cuatro soldados de las fuerzas especiales ucranianas, vestidos con uniformes tácticos negros, pasamontañas y fusiles de asalto compactos AK-74, irrumpen en la sala y gritan órdenes en ucraniano. Las voces superpuestas crean un muro de sonido diseñado para desorientar y paralizar.

—¡Manos arriba! ¡Aléjense de los equipos! ¡Ahora!

Freddy levanta las manos despacio y muestra las palmas vacías, mientras su instinto evalúa la amenaza: cuatro hostiles, armados, entrenados, a tres metros, ángulos de tiro cubiertos. No hay salida táctica física. Andrew se queda congelado en la silla, con los ojos muy abiertos detrás de las gafas; el *hacker* es brillante en el ciberespacio, pero en el mundo físico es vulnerable.

El ministro Anton Shevchenko entra detrás de los soldados, camina con pesadez. Tiene el rostro rojo de ira contenida y las venas del cuello le palpitan de forma visible. Camina directo hacia Andrew y le cierra el portátil de un golpe violento. El clac resuena como un disparo en la sala.

—¿Se creen muy listos, americanos? —escupe y salpica saliva—. ¡Están en mi país, en mi edificio gubernamental! ¡Lanzar un ciberataque ofensivo contra mis propios analistas de inteligencia es un acto de guerra!

—Sus analistas intentaron penetrar de manera ilegal en un servidor seguro de la OTAN a mi cargo —responde Freddy con calma glacial; baja las manos con movimientos lentos y controlados para no provocar un disparo accidental—. Mi técnico solo activó los protocolos de defensa automática pasiva. Si sus hombres perdieron sus ordenadores por incompetencia, deberían entrenarlos mejor en ciberseguridad básica.

—¡Me importa una mierda su protocolo y su arrogancia! —grita Shevchenko, su voz rebota en las paredes desnudas—. Voy a confiscar todo este equipo ahora mismo. Y voy a detenerlos a ambos

por espionaje industrial y sabotaje de infraestructuras críticas. ¡Sáquenlos de aquí!

Dos soldados avanzan para agarrar a Andrew, extienden sus manos enguantadas hacia los hombros del *hacker*.

—¡Alto!

La voz resuena desde la puerta abierta y corta el aire tenso.

Junior está allí, en el umbral. Tiene la respiración un poco agitada por la carrera, pero el nudo de su corbata está impecable. Sostiene un maletín de cuero en una mano y una carpeta abierta en la otra. Ha subido las escaleras a toda velocidad, pero su postura es la de un abogado litigante que entra en su propio tribunal.

—Ministro, creo que está a punto de cometer un error táctico que le costará el puesto. Y probablemente su pensión vitalicia.

—¿Y tú quién eres, idiota? —ladra Shevchenko y se gira hacia el recién llegado con desprecio.

—Soy el asesor legal jefe de esta delegación diplomática. —Junior entra en la sala con paso firme, ignora los cañones de los cuatro fusiles que giran hacia él—. Y le sugiero, de manera encarecida, que sus hombres bajen las armas y pongan el seguro antes de que esto se convierta en un incidente internacional de nivel cinco. El tipo de incidente que abre los noticieros de la CNN y termina con carreras políticas.

Shevchenko se ríe con un sonido áspero y desagradable.

—Aquí no tienes jurisdicción, abogado de Nueva York. Esto es Ucrania. Suelo soberano. Mi ley.

Junior saca un documento sellado con el escudo del águila calva en relieve dorado y lo pone sobre la mesa; lo desliza hacia el ministro con un movimiento preciso sobre la madera pulida.

—¿Reconoce esa firma al pie, ministro?

Shevchenko mira el papel. Su confianza vacila un instante, imperceptiblemente, al ver la firma de su propio presidente junto a la del embajador estadounidense, con el sello oficial que brilla bajo la luz de los halógenos.

—Es el acuerdo de cooperación técnica… lo firmé yo mismo ayer. Eso no les da derecho a atacar mis redes internas.

—Lea la cláusula 4, párrafo B, subsección 2 —dice Junior con tono aburrido, pedagógico, como si explicara algo obvio—. «Las instalaciones, equipos y personal asignados al equipo operativo estadounidense serán considerados, a todos los efectos legales y territoriales, como una extensión inviolable de la misión diplomática de los Estados Unidos de América».

El silencio en la sala es absoluto. Incluso los soldados parecen contener la respiración al percibir el cambio en la corriente. Andrew mira a Junior con la boca abierta, en una expresión de asombro puro y admiración.

—Eso significa, en términos legales simples —continúa Junior y se acerca al ministro con pasos medidos hasta invadir su espacio—, que ahora mismo usted, sus soldados armados y su actitud están en territorio soberano estadounidense sin invitación. Cualquier confiscación de equipo se considerará un acto de agresión directa y robo de propiedad estatal clasificada. Y cualquier detención de nuestro personal… bueno, eso sería una causa justificada de guerra, ministro. ¿Quiere ser el hombre que inició la Tercera Guerra Mundial por un portátil y un ego herido?

Shevchenko se pone pálido. El rojo de la ira se drena de su rostro, reemplazado por un blanco ceroso. Mira el documento sobre la mesa, luego a Freddy, que mantiene una expresión de póquer perfecta, impenetrable como granito.

—Esto… esto es una interpretación legal retorcida.

—Es la ley internacional —sentencia Junior con voz fría y clínica mientras cierra la carpeta—. Quédese con la copia. Y ahora, salga de mi embajada. Por favor.

El ministro aprieta los puños a los costados hasta tener los nudillos blancos. Mira a Andrew, luego a Freddy y, por último, a Junior; sabe que ha perdido la partida. La derrota se refleja en la caída de sus hombros y la tensión de su mandíbula. Gruñe una orden seca en ucraniano. Los soldados bajan las armas, ponen el seguro y se retiran hacia el pasillo con confusión visible en sus movimientos.

Shevchenko se detiene en el umbral y se gira una última vez para fulminar a Freddy con la mirada. Si las miradas mataran, el jefe del

FBI sería una mancha de ceniza en el suelo.

—Esto no ha terminado, Tanaka. Lo vigilo.

—Cierre la puerta al salir, ministro —responde Freddy con voz suave, casi cortés, pero con un acero subyacente inconfundible.

La puerta se cierra con un golpe. Andrew suelta una carcajada nerviosa, histérica, y se desploma contra el respaldo de su silla; exhala todo el aire de sus pulmones.

—Dios, Junior. Te amo. Nunca más me burlaré de tus trajes italianos. Ni de tus corbatas de seda. Ni de tus gemelos ridículamente caros. Eres mi héroe.

Freddy se afloja el cuello de la camisa y relaja los hombros una fracción, se permite un momento de alivio.

—Buena jugada, Junior. Excelente *timing*. ¿Cómo demonios sabías que estábamos en problemas inminentes?

—Siempre es bueno leer la letra pequeña de los contratos. —Sonríe Junior y guarda sus gafas en el bolsillo del pecho—. Y gracias a Andrew, tengo las notificaciones de seguridad del edificio infiltradas en mi teléfono. Cuando vi que un escuadrón táctico subía a este piso por el ascensor de servicio, supe que no venían a traer pastas para el café.

Su sonrisa se desvanece un poco.

—Pero tienen razón en una cosa: tengan mucho cuidado. Ahora sabemos, sin duda alguna, que Shevchenko no solo nos vigila por protocolo. Quiere vernos caer. Y no le importa quemar puentes diplomáticos ni arruinar su carrera para lograrlo. Es personal.

—Entonces trabajemos rápido, antes de que encuentre un tecnicismo legal —dice Freddy, y se vuelve hacia Andrew con urgencia—. Busca esa dirección que te envió Junior. Si Melnik fue a ver a alguien justo después de nuestro «interrogatorio», ese alguien es la clave de todo. El eslabón perdido que conecta las piezas.

Andrew gira su silla de vuelta al teclado. Sus dedos ya vuelan sobre las teclas antes de que Freddy termine la frase. Restaura las pantallas.

—En ello estoy, jefe. Dame cinco minutos y te diré quién vive en ese palacio. Y, probablemente, qué desayunó esta mañana y con quién se acuesta.

10

TORMENTA NEGRA

Kiev, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 10:00 a. m.

El cielo sobre Kiev se fragmenta bajo una lluvia torrencial, negra y densa, que martillea las ventanas del ministerio con insistencia.

Hemos convertido la sala de reuniones asignada en un búnker improvisado. El olor a café fuerte —un café turco intenso que Andrew ha conseguido— compite con el aroma metálico y acre de las armas recién limpiadas sobre la mesa de acero inoxidable. Freddy, con ojeras profundas y la barba de un día, acaba de informarnos oficialmente sobre el incidente nocturno con Shevchenko. El ministro ha cruzado la línea roja de la diplomacia y ha entrado en territorio de operaciones hostiles.

—Es evidente que aquí hay algo más profundo que el orgullo nacional herido —dice Luna mientras ajusta las correas de velcro de un chaleco antibalas sobre su ropa civil—. El ministro no solo estaba molesto anoche; estaba aterrorizado. Su reacción fue visceral: pupilas dilatadas, sudor frío en las sienes, manos temblorosas. Miedo puro.

—Estoy de acuerdo —añado e inserto un cargador de diecisiete balas en mi pistola; siento el peso familiar del arma—. Al principio pensé que era la típica arrogancia burocrática, la humillación de

tener a extranjeros con carta blanca husmeando en su patio trasero. Pero lo de anoche… intentar asaltar una sede diplomática con fuerzas especiales es un gesto desesperado. Un hombre con ese nivel de poder no arriesga su carrera por orgullo; lo hace por supervivencia. Sabe que si encontramos algo, él cae.

—Y torpe, además de asustado —interviene Andrew desde su rincón, rodeado de cables y pantallas parpadeantes. Levanta una caja de cartón llena de dispositivos electrónicos diminutos—. He revisado la sala esta mañana. He encontrado cuatro micrófonos apuntando a las ventanas y dos cámaras miniatura insertadas en los conductos de ventilación. Nos estaban vigilando hasta cuando íbamos al baño. Tecnología rusa de gama media. Nada sofisticado.

Arroja la caja sobre la mesa y los dispositivos rebotan con un clac hueco.

—He instalado bloqueadores de señal en un radio de cincuenta metros —continúa Andrew y se ajusta las gafas—. Si Shevchenko o sus técnicos intentan escuchar ahora, solo oirán estática blanca. El lugar es seguro. Por ahora.

—¿Y qué hay de cuando salgamos ahí fuera? —pregunta Peter mientras prueba el peso de un fusil de asalto decomisado—. En el bosque radiactivo no tendremos tus juguetes ni tus cortafuegos.

Andrew sonríe con suficiencia y nos lanza a cada uno un pequeño auricular negro, similar a un audífono invisible de grado militar. Lo atrapo al vuelo; pesa apenas un par de gramos.

—Son radios encriptados —explica Andrew—. Tienen dos canales físicos. El canal alfa es la frecuencia oficial de la OTAN que los ucranianos monitorean; usen esa durante los primeros quince minutos para que crean que tienen el control. Luego, a mi señal, pasan al canal beta. Está cifrado con un código que cambia de clave mil veces por segundo. Ni la NSA podría romperlo en tiempo real sin un superordenador dedicado.

—Brillante —dice Junior mientras se alisa la chaqueta del traje de lana italiana, incongruente pero impecable en este contexto—. Por cierto, Andrew, ¿tuviste suerte con la matrícula del Lada de anoche?

—Estoy en ello —responde él—. El servidor del registro de tráfico es lento, una reliquia soviética, pero estoy reenviando la señal a

través de un nodo en Singapur para evitar el rastro. Shevchenko sabrá que estoy buscando, verá la intrusión, pero no sabrá qué ni dónde.

Me froto la sien; siento la presión de la tormenta exterior.

—Aún le doy vueltas a lo de Melnik. No nos lo contó todo en su piso. Retuvo información clave.

—Su actuación fue buena, convincente —afirma Luna y se cruza de brazos—. El hombre asustado, los rumores vagos sobre fantasmas… pero había algo ensayado en su comportamiento. Nos dio migajas de verdad para que dejáramos de buscar el pastel entero. Es una técnica clásica de desinformación: ofrecer verdades pequeñas y verificables para ocultar mentiras grandes.

—¿Y cuál es el pastel? —pregunta Alain mientras mira por la ventana hacia el gris implacable del cielo ucraniano.

—Los científicos desaparecidos —digo al sentir cómo las piezas del rompecabezas encajan en mi mente—. Si Melnik tiene razón y no están muertos, sino reclutados a la fuerza… ¿quién recluta físicos nucleares y biólogos moleculares de primer nivel en medio de una zona de guerra radiactiva? ¿Quién tiene los recursos y la motivación para montar una operación así?

Alain se gira, dudando un instante. Sus ojos recorren al grupo, evalúan si debe hablar.

—Yo también he oído… cosas. Rumores en los foros de inteligencia privada europea. Canales encriptados en la *dark web* donde se trafica con información.

El equipo se queda en silencio absoluto. Alain rara vez habla sin datos duros que respalden sus afirmaciones.

—¿Qué clase de rumores? —pregunto y doy un paso hacia él.

—La versión oficial es que la guerra es por territorio y geopolítica —empieza Alain, midiendo sus palabras—. Pero hay una teoría marginal que circula entre analistas independientes. Dicen que el conflicto en esta región específica es una cortina de humo. Que alguien con mucho poder necesitaba el caos de la guerra para ocultar algo más grande, una operación industrial que requería cobertura de nivel estatal.

—¿Como qué? —pregunta Peter y baja el fusil.

—Trata de personas —suelta Alain—. Pero no para explotación sexual o laboral. Tráfico de cerebros de alto nivel y tráfico de… sujetos de prueba humanos. Cobayas desechables.

—¿Sujetos de experimentación? —Luna ata cabos al vuelo, sus ojos se abren con horror—. Eso encajaría con los perfiles. Melnik habló de una tercera facción. Mercenarios sin bandera. Si el Anillo está operando en la Zona de Exclusión, tendrían el laboratorio perfecto: aislado, peligroso, sin ley ni supervisión internacional. Y con un suministro inagotable de «voluntarios» que desaparecen en la niebla de la guerra sin que nadie haga preguntas.

—Armas biológicas —murmuro con un escalofrío—. Por eso enviaron a un equipo de la OMS, integrado por un virólogo experto en virus sintéticos, un especialista en radiación y un psiquiatra conductual. No buscaban radiación ambiental. Buscaban un laboratorio clandestino. Y lo encontraron.

—Y encontraron su tumba —concluye Junior de manera sombría —. O peor. Los convirtieron en parte del experimento.

—¿Por qué la CIA no nos informó de esto? —pregunta Peter y golpea la mesa con el puño—. ¿Por qué Kessler nos envió a ciegas?

—Porque es probable que Kessler lo supiera desde el principio —digo con amargura—. O peor, porque la Agencia quería que nosotros limpiáramos el desastre para poder apropiarse de los resultados. Somos los conserjes, Peter. Los limpiadores. Entramos, eliminamos las pruebas, rescatamos los datos útiles y, si sobrevivimos, nos dan una palmadita en la espalda.

Freddy se pone de pie, el rostro endurecido por la determinación.

—Especular no nos llevará a ninguna parte —dice con voz firme —. Necesitamos hechos. Pruebas tangibles forenses. Y para eso debemos entrar en el Bosque Rojo y ver con nuestros propios ojos qué está pasando allí.

—Hablando de entrar —nos interrumpe Junior y señala hacia la puerta—, me parece que nuestros anfitriones no están por la labor.

Un ordenanza militar acaba de entrar y entregarle una nota doblada a Freddy. El jefe lee el papel con rapidez y maldice por lo bajo.

—Mierda. Han pospuesto la salida indefinidamente —anuncia y arruga el papel—. Alegan «condiciones meteorológicas adversas». Dicen que la tormenta hace intransitables los caminos forestales por el barro y no autorizan el despegue de los helicópteros ni el convoy terrestre hasta que escampe. Estimación oficial: entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas de retraso.

—Están ganando tiempo —dice Luna—. Quieren retrasarnos. Cada hora que perdemos aquí es una hora que ellos ganan para limpiar la escena del crimen.

—O para eliminar testigos y pruebas —sugiero—. Si saben que vamos, estarán borrando huellas a marchas forzadas. Incinerando documentos y ejecutando a quien pueda hablar.

—No podemos esperar —dice Freddy y arroja la bola de papel al cesto—. Cada hora que perdemos aquí jugando a las cartas diplomáticas es una hora que la gente de la OMS pierde de vida.

—¿Qué hacemos, Freddy? —pregunta Andrew—. ¿Les hackeo el servicio meteorológico nacional?

Freddy niega con la cabeza con lentitud, mientras una sonrisa peligrosa curva sus labios.

—No. Vamos a salir hoy. Ahora mismo. Shevchenko puede decir lo que quiera sobre el clima o el barro. Pero tengo un nivel cinco de autorización de seguridad nacional y la palabra firmada del presidente de los Estados Unidos en el bolsillo, y voy a usarlos como un ariete para derribar todas las barreras.

Camina hacia la puerta con paso decidido.

—Preparen el equipo de asalto. Revisen las armas una última vez, carguen munición extra, comprueben los sellos de los trajes de protección —ordena y se gira para mirarnos—. Lluvia o no, nos vamos al infierno radiactivo en una hora. Y que Dios ayude a cualquiera que intente detenernos.

Miro a mis compañeros y veo miedo, sí. Pero también veo esa chispa fría de los profesionales que saben que la única salida es hacia adelante.

—Ya han oído al jefe —digo y cargo mi arma con un golpe seco —. Empieza la cacería.

11

TIERRA DE NADIE

Zona de Exclusión, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 4:00 p. m.

La tormenta amaina por fin y deja tras de sí un entorno gris y desolado. El agua deja de golpear el blindaje del vehículo con un estruendo ensordecedor y se convierte en una llovizna persistente que envuelve el paisaje en una bruma tóxica.

Los mandos ucranianos, con su habitual rigidez, insistieron en posponer el ingreso a la Zona de Exclusión hasta mañana. Alegaron protocolos de seguridad y visibilidad nula, pero Freddy se mantuvo inamovible. En cuanto el diluvio perdió intensidad, nos ordenó prepararnos con voz firme, y los ucranianos, al ver nuestra determinación —o la urgencia de quien sabe que el tiempo juega en contra—, se quedaron sin excusas para detenernos.

A estas alturas no estoy segura de si es el Gobierno ucraniano en pleno el que nos siembra el camino de minas administrativas o solo el ministro Shevchenko y sus subordinados. Me inclino por lo segundo. La firma del presidente en la orden ejecutiva sugiere respaldo desde la cúspide, mientras que los mandos intermedios parecen decididos a sabotearnos con eficiencia mecánica. Espero descubrir qué trama Shevchenko antes de que sus juegos de poder nos cuesten la vida; por ahora, ha sido un obstáculo constante.

El vehículo de asalto militar —un transporte blindado de ocho toneladas— avanza por el asfalto agrietado bajo la conducción experta de Alain. Es una masa de acero diseñada para resistir balas de alto calibre y sellada contra la radiación, equipada con suministros médicos de trauma por si encontramos a la gente de la OMS en mal estado. Antes de partir, sometimos el arsenal a una revisión obsesiva y nos entregaron exactamente lo que pedimos sin preguntas; las armas están limpias y listas, aunque rezo para que no tengamos que disparar una sola bala en esta zona contaminada. Cada disparo sería una firma, una prueba balística de que algo salió mal.

Viajamos los cuatro. Alain al volante. Peter en el asiento del copiloto a cargo de la navegación GPS militar. Luna y yo en la parte trasera, rodeadas de equipo que tintinea con cada bache. Somos la vanguardia que penetrará en la región prohibida. La Zona de Exclusión dibuja un círculo de treinta kilómetros de radio alrededor del reactor número cuatro, el que expulsó material radiactivo en abril de 1986. Incluye Prípiat, la ciudad evacuada en treinta y seis horas, un complejo de hormigón deshabitado y aún cargado de isótopos radiactivos mortales que han permanecido activos durante décadas. Detrás de nosotros, a doscientos metros, rueda otro vehículo con Freddy y el equipo de apoyo.

Dejamos atrás la civilización hace minutos y el paisaje se ha vuelto hostil. Ya no hay granjas ni polígonos industriales, solo ruinas de casas aisladas que la vegetación reclama con voracidad. Cuanto más nos acercamos al epicentro, más opresiva se vuelve la soledad. Un silencio denso se filtra a través del blindaje.

—Parece de noche —comenta Alain con los ojos fijos en la carretera mojada, que refleja el cielo plomizo.

—Creo que en cualquier momento volverá a llover —acota Luna mientras se ajusta una correa de su chaleco táctico. Su voz suena tensa, carente de su habitual frialdad clínica; incluso ella siente el peso de este lugar.

—Eso decía el pronóstico —confirma Peter sin apartar la vista de la tableta reforzada, donde el mapa digital parpadea con puntos

rojos—. Un frente estacionario de baja presión. Vamos a mojarnos durante las próximas seis horas.

—Al menos, llevaremos un traje impermeable —dice Alain y suelta una risa corta que rompe la tensión.

Ya estamos acostumbrados a las bromas de Alain en el umbral del desastre; son su mecanismo de defensa, y el nuestro. Siempre logra arrancarnos una media sonrisa. Me viene bien reírme porque tengo una sensación nefasta en la garganta, un presentimiento de que nos dirigimos voluntariamente hacia nuestra propia tumba, sin resistencia. Me sacudo el pensamiento con un movimiento brusco de cabeza. Dudar es morir; la duda paraliza y la parálisis en combate es una sentencia. Si no hubiéramos venido nosotros, Freddy habría tenido que recurrir a mercenarios o a gente menos preparada, que terminaría muerta en doce horas. Nadie está mejor capacitado para protegernos que nosotros mismos, pero el problema es que el enemigo es invisible. Se trata de radiación que no duele hasta que es demasiado tarde, y un silencio que oculta amenazas. Quizás el equipo de la OMS solo sufrió un accidente mecánico y nuestras teorías de conspiración son solo producto de la paranoia.

—Es allí adelante —anuncia Alain y me saca de mis pensamientos con su voz metálica por el intercomunicador.

Señala un punto en el horizonte, algo que interrumpe la línea de la carretera, una mancha oscura a quinientos metros.

—Es una barricada —dice Peter y se pega los binoculares militares a los ojos—. Hormigón reforzado y acero. Estándar militar soviético, de los años ochenta.

Traemos más tecnología de la que probablemente usaremos, según un deseo expreso de Andrew desde Kiev. Además de los binoculares, cargamos lentes de visión nocturna, detectores ultravioletas y micrófonos de alta frecuencia. Yo me habría conformado con un buen fusil de asalto y munición extra, pero aprendí a confiar en la paranoia de Andrew; si él cree que necesitamos sensores electrónicos, los llevamos. Vamos cargados al límite, pero vivos. Prefiero el peso extra a morir por falta de información.

El vehículo reduce la velocidad y los neumáticos reforzados crujen sobre la grava al detenernos a diez metros del obstáculo. La barricada es imponente, diseñada para detener tanques, y junto a ella hay una patrulla de la policía ucraniana con las luces apagadas y dos agentes que fuman con desgana bajo el alero de una garita. Su trabajo es impedir el paso a los *stalkers*, curiosos que ven en la zona un lugar de culto, ya que el turismo radiactivo genera decenas de arrestos al año.

Bajamos del blindado al aire que huele a ozono, tierra mojada y metal oxidado. La camioneta de Freddy se detiene a nuestro lado y él desciende con dos operativos. La consultora Polishchuk se adelanta hacia los policías, ignora el barro en sus botas, muestra una credencial y les habla en un ucraniano áspero. Los hombres se cuadran, asienten y corren a accionar el mecanismo que aparta los bloques de hormigón. Sería imposible rodear esto; la carretera es un dique elevado sobre terreno pantanoso, flanqueada por zanjas profundas. El único camino es a través.

Polishchuk es nuestra niñera gubernamental, asignada por Shevchenko para «facilitar» las cosas. Ella, Freddy y el virólogo darán media vuelta aquí; a partir de este punto, el seguro de vida caduca.

—Ya está —dice Polishchuk y se vuelve hacia nosotros con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Tienen vía libre. Les deseo buena suerte.

Su tono suena falso y diplomático, pero acepto el intento de cortesía con un breve asentimiento.

El virólogo, un hombre enjuto con gafas y manos temblorosas, se aproxima e invade nuestro espacio personal, oliendo a café rancio.

—Pónganse los trajes de protección. Ahora —insiste con ansiedad profesional—. No se los quiten por nada del mundo, y mucho menos en el Bosque Rojo. El polvo allí brilla de noche. He visto las fotografías de larga exposición. Es hermoso y letal.

La preocupación del hombre parece genuina, nacida del respeto al peligro invisible de esos bosques, así que obedecemos. Alain abre el compartimento trasero y extrae los paquetes sellados. Rasgamos el plástico y desplegamos los trajes blancos especiales de protección

contra materiales peligrosos. Ponerse uno es un ritual de aislamiento. Primero las piernas, luego el torso, y sentimos cómo el tejido impermeable nos separa del mundo exterior en un confinamiento hermético.

—El «baticinturón» —murmura Alain por el intercomunicador al ajustarse la cartuchera.

Nos colocamos los audífonos antes de la máscara, lo activo con un clic y sintonizo la frecuencia encriptada del canal beta.

—Hola, señor Collins —digo al micrófono—. ¿Me copia?

—Fuerte y claro, Ainara —responde Andrew en mi oído, su voz digitalizada suena cercana pese a la distancia—. La telemetría está activa. Veo sus constantes vitales. Ritmo cardíaco: 78 latidos por minuto. Temperatura: 36.8 grados. No se aceleren.

Los demás levantan el pulgar; todos conectados. Por último, nos calzamos las máscaras antigás militares y el mundo se reduce al visor de policarbonato, donde el sonido de mi respiración se vuelve protagonista con un ruido rítmico y claustrofóbico. Encendemos los contadores de radiación portátiles y el clic-clic-clic lento comienza a marcar el compás de nuestra marcha, un ritmo constante que mide cuántos rayos mortales atraviesan el aire cada minuto. Peter reparte las armas y acomodo mi pistola. Se siente extraña, pesada, pero reconfortante.

—Esta carretera es un acceso directo al Bosque Rojo —explica Polishchuk, alzando la voz para hacerse oír—. Cuando vean los árboles muertos frente a ustedes, el asfalto girará a la derecha. Deben abandonarlo. El GPS se encargará del resto. La última posición del equipo de la OMS está en esa espesura, a tres kilómetros.

—No corran riesgos innecesarios —me dice Freddy, acercándose tanto que veo su reflejo en mi visor—. Al primer signo de problemas, aborten. En cuanto encuentren algo, avisen por radio y entramos con todo el equipo.

—No se preocupe, jefe Tanaka —respondo con voz metálica—. Lo mantendremos al tanto. Transmisión cada quince minutos.

Nos despedimos con un apretón de manos enguantadas. Me gustaría haberlo abrazado, pero con los ucranianos vigilando cada

movimiento, debemos mantener la fachada profesional. Además, con estos trajes parecemos astronautas; no hay margen para la ternura.

Subimos al vehículo de asalto; el motor diésel ruge bajo nuestros asientos y Alain mete primera. Cruzamos la línea de la barricada y dejamos atrás la seguridad relativa. Miro por el espejo retrovisor y veo a Freddy, una figura pequeña bajo el cielo inmenso, mientras que Polishchuk ya sube a su automóvil, indiferente.

La carretera se estira ante nosotros, vacía y silenciosa. El contador de radiación acelera su ritmo, pasa de cinco clics por minuto a quince.

Ahora sí, estamos solos y el verdadero peligro comienza.

12

RASTRO DE ISÓTOPOS

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 4:30 p. m.

El vehículo avanza por el terreno irregular durante treinta minutos de marcha forzada. Los neumáticos traccionan sobre la tierra y levantan polvo radiactivo mientras cruzamos campo a través. La suspensión cruje con cada raíz, con cada piedra. El GPS nos ordena abandonar el asfalto, y a partir de este punto no hay retorno. Mantenemos contacto con Andrew por la frecuencia oficial —dos confirmaciones de coordenadas con voces neutras y protocolo estéril— antes de migrar al canal cifrado. El aislamiento ya no es una sensación, es un hecho operativo.

—Ya estamos llegando —anuncia Peter desde el copiloto con la pantalla del móvil brillando contra su rostro, reflejada en el visor del casco—. Malditos guantes.

Tiene razón. Los guantes son gruesos y especiales, diseñados para manipular pantallas sin perder protección, pero la destreza fina se sacrifica y cada gesto se vuelve torpe, calculado. Desenfundar el arma, cambiar un cargador, extraer una navaja... todo requiere el doble de tiempo. En combate, esos segundos son la diferencia entre respirar y desangrarse.

—Lindo bosque —suelta Alain desde atrás con ese tono que oscila entre el sarcasmo y el asombro.

Frente a nosotros se alza la línea de árboles. El color llama la atención, un rojizo oxidado. Aunque a medida que avanzamos y nos acercamos al borde, ese tono cobrizo se revela como lo que realmente es: una zona de vegetación muerta y estática.

—Es aquí —sentencia Peter.

Alain frena el vehículo y el motor queda al ralentí con un zumbido bajo que apenas compite con el silencio exterior. Es un silencio denso, absoluto; ni pájaros ni insectos, ni viento. Solo el murmullo mecánico del motor y nuestras respiraciones filtradas por los respiradores.

—Pondré la frecuencia oficial —aviso mientras mis dedos enguantados maniobran con cuidado en la consola de comunicaciones para buscar el dial correcto—. Pasando a canal abierto.

Es una maniobra molesta, este cambio constante de frecuencias y el temor latente de equivocarme y transmitir por el canal inseguro lo que no debo. Pero la disciplina es lo único que nos mantiene con vida. La disciplina y la paranoia.

—Hemos llegado, señor Collins —informo con voz neutra—. Procedemos a bajar del vehículo para continuar a pie. Cambio.

—Entendido —responde la voz de Andrew distorsionada por la estática y la encriptación parcial—. Le avisaré al jefe Tanaka; aún no ha llegado a la base.

Freddy debe estar volviendo a Kiev en este momento para gestionar los trámites de los militares ucranianos. En unos minutos se reunirá con Andrew y tendremos el equipo completo en línea. Vuelvo a cambiar la frecuencia y aseguro el canal cifrado con un clic definitivo.

—Hasta ahora marcha todo según lo previsto, Andrew —le comunico y relajo apenas el tono—. Dejaremos la señal abierta para que nos escuches. Ante cualquier anomalía, serás el primero en saberlo.

—Recibido. Tengan cuidado ahí fuera.

Corto.

Salgo del vehículo al aire, que se siente distinto. Aunque estemos protegidos por los respiradores, hay una densidad en el ambiente que no debería existir. Nos calzamos las mochilas con el equipamiento táctico y los sensores, y el peso me asienta los pies en el suelo, me recuerda para qué estoy aquí. Alain y Luna ajustan sus correas mientras Peter inspecciona el suelo.

—Aquí es donde el equipo de la OMS dejó su camioneta —anuncia Peter y señala unas marcas apenas visibles en el barro—. La lluvia aún no ha borrado todas las huellas, aunque imagino que muchas de las que vemos pertenecen a los vehículos militares que vinieron a buscarlos antes que nosotros.

—Según el informe —interviene Luna mientras repasa mentalmente los datos con precisión—, en la camioneta no se encontró nada raro. Ninguna señal de lucha, ningún rastro biológico. Solo se sabe que caminaron hacia el bosque y después, el silencio.

—Por ahora —dice Alain mientras mira su muñeca, donde el medidor de radiación personal marca niveles aceptables—, los contadores dicen que con la radiación vamos bien. ¿Es en realidad necesario llevar estos trajes completos de protección? Parecemos astronautas perdidos.

—Hasta que no sepamos lo que está pasando —respondo tajante —, es mejor tomar todas las precauciones. No estamos aquí solo por la radiación ambiental.

—Además —agrega Luna y se ajusta el visor con un gesto mecánico—, ese médico estaba obsesionado con que usáramos la protección completa todo el tiempo. Tal vez no es la radiación del reactor lo que más le preocupa.

Peter levanta la vista del suelo y señala la espesura cobriza con un gesto de la barbilla.

—¿Vamos?

—Vamos —ordeno.

Comenzamos a caminar para adentrarnos entre los troncos secos. El paisaje es monótono, repetitivo. Una vez que nos alejamos del borde del bosque, la falta de referencias visuales hace muy difícil saber dónde estamos; los árboles rojizos se suceden uno tras otro,

idénticos. Si no fuera por nuestros GPS militares, nos perderíamos en cuestión de minutos.

—Es fácil perderse aquí —murmuro, más para mí que para el resto.

—Lo es —confirma Peter, que abre la marcha con el fusil pegado al pecho—. Pero no creo que la comitiva de la OMS haya simplemente perdido el camino. Tenían guías locales, equipo y experiencia de campo.

—Quizás se desviaron un poco —sugiere Alain mientras escanea los flancos con movimientos cortos y precisos— y encontraron algo que no debían ver.

—¿Algo como qué? —pregunta Peter sin detenerse.

—No sé —contesta Alain y se encoge de hombros—. ¿Zombis radiactivos? ¿Mutantes de tres cabezas?

—Ya déjate de tonterías —protesta Peter y resopla—. Creí que con lo que dijiste de los rusos salvadores del mundo habías llegado a tu máximo de locura, pero veo que siempre eres capaz de superarte.

Avanzamos durante veinte minutos sin saber si vamos en la dirección correcta. La incertidumbre pesa más que las mochilas, más que los trajes, más que el plomo que nos protege. Lo único que tenemos de la expedición desaparecida es una proyección teórica de su trayectoria, basada en su punto de ingreso. Nada más. Humo y algoritmos. Si Alain tiene razón y se desviaron por alguna causa de fuerza mayor, encontrar su rastro será tarea casi imposible.

—Peter —lo llamo y me detengo.

Él va un par de pasos por delante, frena en seco y gira sobre sus talones para mirarme. El reflejo de los árboles se distorsiona en el visor de su casco.

—Creo que debemos separarnos un poco —le digo mientras evalúo la densidad del bosque—. Debemos rastrear el terreno. Ir en fila india reduce nuestras posibilidades.

—Tienes razón, no podemos depender de la suerte —responde él —. Alain, Luna, formemos una línea de búsqueda. Diez metros de separación entre cada uno. Alain, tú y yo a los extremos. Mantengan el contacto visual.

Nos desplegamos como ha ordenado Peter, reanudamos la marcha y seguimos a la vista unos de otros, figuras sintéticas que se mueven a través de un mundo muerto para cubrir mucho más terreno. Caminamos otros diez minutos sin novedad, solo con el crujido de las ramas secas bajo nuestras botas, amplificado en el silencio absoluto. El informe de inteligencia decía que la comunicación con el equipo de la OMS se perdió aproximadamente en el tiempo que hemos andado nosotros desde el vehículo.

—Suponiendo que caminaran a nuestra misma velocidad —digo, y mi voz reverbera en los auriculares de todos—, es por aquí donde comenzaron los problemas.

—Estemos atentos entonces —contesta Peter y escruta cada sombra, cada irregularidad del terreno—. Si hubo violencia, tiene que haber algún rastro. Casquillos, ramas rotas, algo.

—En los registros de la búsqueda que hicieron los locales —interviene Luna—, figura que pasaron por este cuadrante sin encontrar nada.

—No confío en los locales —dice Alain con desprecio—. Tal vez vinieron precisamente para limpiar sus huellas.

Alain tiene razón. Con la actitud obstruccionista que han tenido las autoridades hasta ahora, no sería de extrañar que la supuesta «operación de rescate» haya sido, en realidad, una operación de limpieza y encubrimiento. Borrar evidencias. Enterrar la verdad bajo capas de burocracia y radiación.

—Esperen. —La voz de Alain interrumpe el canal de comunicaciones.

Todos nos detenemos al instante, congelados en el sitio. Apenas lo distingo entre los árboles, a veinte metros a mi derecha. Luna está entre nosotros, y Peter cierra el flanco izquierdo.

—¿Qué sucede? —pregunto y tenso los músculos, lista para el combate—. ¿Encontraste algo?

—No estoy seguro —responde—, pero mi contador de radiación ha empezado a sonar. No es el fondo habitual.

—Tal vez no sea nada —dice Peter, aunque su tono denota alerta máxima—. A medida que nos acercamos al reactor, es lógico que la radiación aumente. Hay puntos calientes aleatorios en todo el

bosque. Pero no hemos encontrado ni una pista hasta ahora, así que es mejor revisar.

Peter abandona su posición y comienza a acercarse a Alain. Luna y yo convergemos hacia él también. Alain permanece inmóvil, mirando el suelo a sus pies como si hubiera encontrado una mina antipersonal. Al entrar en su radio, nuestros propios contadores cobran vida y el clic-clic-clic rítmico se acelera, aumentando la frecuencia con rapidez.

—Es raro que la radiación esté tan localizada —observa Luna y se arrodilla con dificultad por el traje—. Debe haber algo aquí. Una fuente puntual.

Revisamos el terreno y barremos la hojarasca con la mirada, pero no veo nada extraño. Con la punta de mi bota impermeable remuevo un poco la tierra y el musgo seco. Mucha gente inconsciente se ha llevado suvenires de esta zona sin entender que metían la muerte en sus bolsillos. Grafito del núcleo. Fragmentos de combustible.

—No veo nada —digo frustrada.

—No es posible ver la radiación —acota Luna, pensativa, levantándose—, pero no es lo único que no se observa a simple vista.

—Fluidos humanos —dice Peter, comprendiendo al vuelo. Mira a Luna y ella asiente con gravedad.

Peter se quita la mochila con un movimiento rápido y se la pasa a Alain para que la sostenga. Nos advirtieron que no dejáramos nada en el suelo; la contaminación por contacto es un riesgo real. Peter busca en uno de los compartimentos laterales y extrae una linterna especial de luz ultravioleta. La enciende con un chasquido, se vuelve a colocar la mochila y comienza a barrer el suelo con el haz de luz azulada.

Al principio, solo se ve la tierra oscura y las hojas muertas, pero entonces el haz de luz revela algo. Se trata de una leve luminiscencia, un patrón de salpicaduras brillantes que destaca sobre el barro. Me mira y, a través de su visor, veo la preocupación en sus ojos.

—¿Sangre? —pregunto con un nudo en el estómago.

—Podría ser —contesta mientras sigue el rastro con la luz—. Ya sea en la ciudad o en el campo, la sangre nunca se borra del todo si sabes cómo buscarla.

—Ahora sabemos a ciencia cierta que aquí comenzaron los problemas —afirma Luna con voz fría y profesional—. Esto no fue un accidente natural.

—Sí —coincide Peter—. Todo coincide. Si el equipo de la OMS fue atacado por soldados rusos, mercenarios o quien sea, la sangre confirma la teoría de la violencia. Pero hay algo que no encaja. No entiendo por qué la radiación ha aumentado justo sobre las manchas.

Alain saca el sensor de su contador de radiación del cinturón y se acuclilla junto a las manchas que brillan bajo la luz ultravioleta. Acerca la sonda a escasos centímetros de la tierra, sin llegar a tocarla.

El aparato chilla con un sonido agudo, frenético, una alarma de peligro inminente que nos eriza la piel bajo los trajes.

—No hubiera querido afirmar esto —dice Alain mientras se yergue despacio y retrocede un paso—, pero es sangre. Y es sangre radiactiva.

13

COTO DE CAZA

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 5:10 p. m.

La luz violeta de la linterna corta la penumbra del bosque y revela una realidad que nuestros ojos no pueden captar. Nos agrupamos alrededor de Alain en un círculo cerrado. Bajo la luz ultravioleta, el suelo cobra vida: un patrón de salpicaduras fluorescentes brilla sobre la hojarasca podrida y el musgo gris, con una intensidad enfermiza contra la tierra mojada.

—El rastro biológico es extenso —señala Luna. Se acuclilla con dificultad por la rigidez del traje y señala zonas oscuras que no reaccionan a la luz—. Hay sangre normal, coagulada y oxidada, mezclada con el barro. Pero esa de ahí... esa emite radiación.

Alain pasa el detector sobre la mancha luminosa, a cinco centímetros de distancia. El aparato emite un chillido agudo y constante que rompe el silencio opresivo del bosque y satura nuestros auriculares. Alain se detiene, retira el sensor y nos mira a través del visor de su máscara.

—Dos tipos de sangre —analiza Peter, escanea el perímetro con el fusil en alto—. Alguien, o algo, atacó al equipo de la OMS. Y ese atacante estaba contaminado hasta la médula. Su sangre es prácticamente desecho nuclear.

—Debemos asegurar la muestra antes de que la lluvia la diluya más —ordeno.

Me arrodillo junto a la mancha. Manipular equipo fino con los guantes blindados es una pesadilla; mis dedos se sienten torpes, desconectados. Tardo varios segundos en desenroscar la tapa del tubo estéril. Tomo el hisopo y recojo una muestra de la sustancia luminosa. Un hormigueo recorre mis dedos, una reacción mental al saber que toco material radiactivo, aunque el traje me proteja. Sello el tubo, lo etiqueto con marcador permanente y lo guardo en el contenedor de plomo de mi mochila.

—Lobos —sugiere Luna, su voz distorsionada por la estática de la radio—. Los informes de biología de la zona mencionan manadas adaptadas al entorno. Son especímenes más grandes, con un sistema inmune hiperactivo. Si uno fue herido...

—Mutantes. Genial —bufa Alain, pero su tono carece de humor. Aferra su fusil de asalto con fuerza—. Eso me tranquiliza mucho. Lobos radiactivos blindados.

—¿Y los cuerpos? —pregunto mientras me incorporo con un gruñido de esfuerzo y me sacudo la tierra de las rodilleras—. Esa es la variable que no encaja. Si fue un ataque de un depredador, debería haber restos. Ropa rasgada, mochilas destripadas, armas disparadas y abandonadas. Nadie se deja comer sin vaciar el cargador. Aquí no hay nada. El suelo está limpio, excepto por la sangre.

—Alguien limpió la escena —opina Peter—. Pero no pudieron limpiar la tierra sin levantar sospechas.

—Base, aquí Ainara. —Activo el canal seguro—. Andrew, necesito confirmación de inteligencia. ¿Tenemos reportes de ataques de fauna a humanos en este sector en los últimos seis meses?

La respuesta tarda dos segundos en llegar.

—Negativo, Ainara. Los lobos de la zona evitan el contacto humano. Los intrusos ilegales reportan avistamientos, pero nunca agresiones directas. El comportamiento patrón es huida, no ataque.

—Pues estos no leyeron el manual —murmura Peter.

Un trueno retumba en el cielo plomizo, tan grave que siento la vibración en el esternón. La lluvia arrecia de golpe. El agua golpea

nuestros cascos protectores con un repiqueteo ensordecedor y convierte el polvo radiactivo del suelo en un lodo resbaladizo y traicionero. La visibilidad se reduce a veinte metros.

—Sigamos el rastro —ordeno—. Alain abre paso con el detector. Luna y yo en el centro. Peter, cubre la retaguardia.

Avanzamos entre los troncos muertos y luchamos contra el barro que intenta atrapar nuestras botas. Alain levanta el puño cerrado y nos detenemos al unísono. Señala un pino seco a nuestra derecha, un armazón de madera grisácea. El detector vuelve a crepitar con furia.

Peter se acerca e ilumina el tronco. A la altura de mi pecho, la corteza está destrozada, astillada hacia afuera, y manchada de ese fluido luminoso que resplandece bajo la luz ultravioleta. Hay un agujero irregular y profundo en la madera.

Saco mi cuchillo de combate. Clavo la punta en la madera y hago palanca con cuidado. La madera cede con un crujido seco y un trozo de metal deformado cae en mi mano enguantada.

—Una bala —digo, y la acerco al visor para inspeccionarla—. Alguien disparó. Y acertó.

—Mira la altura, Ainara —dice Peter, y mide la distancia al suelo con su propio cuerpo—. El impacto está a un metro cincuenta. A menos que el lobo trepara al árbol o saltara justo en ese momento, le dieron estando de pie. Esa cosa es enorme. O bípeda.

—Los lobos no caminan en dos patas —dice Alain. Por primera vez, su voz suena completamente seria, sin rastro de ironía.

—El enfrentamiento ocurrió aquí —digo—. Hirieron a la criatura en este punto. Huyó y dejó un rastro de sangre hacia donde estábamos antes.

—Correcto —afirma Luna—. La sangre en el primer punto era más abundante. Allí debió caer o detenerse.

Damos media vuelta y seguimos las manchas luminosas bajo la lluvia, que ahora amenaza con lavar la evidencia superficial. El rastro cambia de naturaleza unos metros más allá del primer punto de hallazgo. Ya no son gotas; son surcos profundos en el barro.

—Marcas de arrastre —avisa Alain, y se agacha para iluminar los surcos paralelos—. Algo pesado fue llevado a la fuerza a través de la

maleza. Y no se resistía.

—Aquí se termina la radiación —indica Alain, señalando el punto donde el brillo fluorescente cesa de manera brusca—, pero las huellas de arrastre continúan hacia el interior de la espesura.

—Son muchas —observa Luna, iluminando el suelo removido con un amplio barrido—. Múltiples líneas de arrastre. No se llevaron a uno. Se llevaron a varios. Probablemente a todo el equipo de la OMS.

No a uno. A todos. La imagen es tan nítida que me paraliza un segundo: una emboscada silenciosa, rápida y eficiente. Una fuerza capaz de neutralizar a siete personas, algunas armadas, y arrastrarlas bosque adentro sin dejar más huella que la sangre de uno de los atacantes.

—Aceleremos el paso —ordeno—. Mantengan los ojos abiertos. Si esas cosas están cerca, no las oiremos con esta lluvia.

Avanzamos con dificultad. Las ramas secas de los pinos muertos arañan nuestros trajes y suenan como garras sobre tela sintética. La respiración dentro de la máscara se vuelve pesada, caliente. El bosque parece cerrarse sobre nosotros, opresivo y monótono.

Cien metros más adelante, la vegetación se abre de forma súbita en un claro natural.

El lugar tiene una atmósfera distinta, cargada. En el centro del claro hay una formación rocosa, una losa de granito plana y grande como una mesa de banquetes, que sobresale del suelo unos setenta centímetros. Está rodeada de espacio vacío, como si la vegetación se negara a crecer cerca de ella.

Nos acercamos despacio. Peter asegura el perímetro mientras Luna y yo nos aproximamos a la roca.

—Luz ultravioleta —pido.

Luna pasa el haz de luz sobre la piedra gris.

Me quedo inmóvil. El pulso se me acelera en el cuello. La roca entera se enciende bajo la luz violeta. No son manchas aisladas; está bañada en sangre, capa sobre capa, un registro de violencia reciente. La lluvia diluye parte del fluido y crea regueros luminosos que caen por los bordes de la piedra hacia el suelo empapado.

Es un matadero. O un altar.

Alain baja ligeramente el cañón de su fusil, sin palabras por primera vez en todo el día.

—Lo siento —susurra, rompiendo el silencio denso y estático del canal de radio—, pero no me puedo callar. Parece que se sentaron a cenar.

—No —opina Luna, y se acerca a la piedra y pasa un dedo enguantado por una marca profunda en la sangre, un surco deliberado—. Esto no es alimentación. Los depredadores despedazan y dispersan. Esto está... concentrado.

—¿Entonces qué es? —pregunta Peter desde el borde del claro, sin dejar de vigilar la línea de árboles.

—Es una zona de procesamiento —digo, y el frío me sube desde el estómago—. Aquí los trajeron. Aquí los desangraron o los prepararon para el transporte. Miren las marcas de arrastre al otro lado de la roca. Continúan.

Señalo hacia el norte, hacia el corazón de la Zona de Exclusión, donde las huellas de barro y sangre se adentran en la oscuridad absoluta del bosque profundo.

—No fue una cena —concluyo, y recargo mi arma por pura necesidad de sentir el mecanismo funcionar—. Fue una cosecha.

14

CACERÍA EN LA ZONA CERO

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 5:20 p. m.

Nadie habla. El peso de lo que acabamos de ver —el altar, la sangre en capas, las marcas de arrastre— nos mantiene en silencio. Siete personas. Una cosecha.

Peter vigila la línea de árboles con el arma en alto. Luna sigue escaneando el suelo alrededor de la roca, metódica, como si los datos pudieran cambiar si los mira el tiempo suficiente. Alain está inmóvil a mi lado, con la respiración audible dentro de la máscara. Ninguno de nosotros quiere ser el primero en decir lo que todos pensamos: que probablemente llegamos tarde.

Activo el comunicador. El canal se abre con un clic.

—Andrew, necesito información sobre grupos organizados con presencia en la zona. Bandas, paramilitares, cualquier célula activa en el sector.

—Entendido. —La voz de Andrew llega con interferencia estática —. Freddy acaba de llegar al puesto de mando. Los tengo en altavoz.

—Señor Tanaka —informo—. Escenario confirmado. Zona de procesamiento activa. Marcas de arrastre múltiples, sangre con

lecturas radiactivas. El equipo de la OMS no se perdió ni tuvo un accidente. Fueron capturados y trasladados bosque adentro.

—No sé qué es más inquietante. —La voz de Freddy llega grave, distorsionada por la señal encriptada—. ¿Sangre radiactiva o una operación nuclear organizada en mitad de la nada? ¿Tomaron muestras?

—Afirmativo.

—Bien. Escuchen: extremen la precaución. Tienen hostiles en la zona.

La palabra "hostiles" lo cambia todo. Ya no buscamos supervivientes; cazamos a sus verdugos o ellos nos cazan a nosotros. Barremos el área con las linternas y cada haz de luz rebota contra la maleza radiactiva.

—Negativo en grupos organizados fichados —informa Andrew—. Sin registros de actividad paramilitar ni criminal en este sector en los últimos dos años.

—Entonces... —Peter deja la frase suspendida y mira la sangre oscura bajo la lluvia—. ¿Lobos o locos?

—¿Lobos? —pregunta Freddy.

—Tengo algo —anuncia Peter, agachado a diez metros a mi izquierda, con la voz tensa—. Los lobos no conducen motos.

Nos agrupamos en su posición. Huellas de neumáticos profundas y estrechas en el barro, apenas visibles bajo el aguacero. Motocicletas todoterreno: el único vehículo capaz de maniobrar en ese terreno. Cuento las marcas. Tres trazos distintos, bien separados. Entraron en formación, no en fila. Gente que conoce el terreno y sabe moverse en él. La lluvia arrecia y el bosque se hunde en una oscuridad total.

—Debemos seguirlas antes de que el agua borre el rastro —ordeno.

—¿Cómo encajan las motos con el altar? —Peter señala la roca ensangrentada con el cañón del arma.

—Puesta en escena —sugiero—. Simulan un ataque animal o ritual para ocultar una ejecución metódica.

—O... —dice Luna con voz fría— son dos eventos distintos. Allí hubo una masacre. Los de las motos vinieron a limpiar. O a rematar.

—Basta. Vamos a cazarlos.

Le damos la espalda al altar y nos internamos en la espesura. La lluvia tamborilea contra los trajes protectores en un repiqueteo constante que nos aísla del mundo. Un trueno revienta en los auriculares; la tormenta eléctrica está justo encima. Avanzamos en formación cerrada y seguimos las sinuosas marcas en el lodo. El barro intenta atrapar nuestras botas con cada paso. El bosque muerto no ofrece cobertura real: los troncos pelados son obstáculos, no protección.

—Al menos, tres vehículos —sugiere Peter—. Huyeron en dirección opuesta a nuestra entrada.

Consulto el GPS en mi muñeca. El vector apunta al centro de la zona.

—Van hacia Prípiat. A la ciudad fantasma.

—Alto —susurra Luna, y se para en seco. Alzamos los puños en señal de parada—. Movimiento a las doce.

—¿Qué clase de movimiento? —Peter apunta.

Alain y yo apuntamos también y barremos el frente con las miras, pero Luna permanece inmóvil y fija la vista en la oscuridad vegetal.

—No estoy segura —admite—. Entre la lluvia y las sombras... quizás fue un reflejo.

Los cuatro forzamos la vista. Limpio el visor de mi máscara con el antebrazo, frustrada por la condensación y el agua. El bosque devuelve solo silencio y lluvia. Veinte segundos. Treinta. Nada.

—¡Mierda! —Alain rompe el silencio.

—¡Informe! —Giro hacia él.

—Contacto a la izquierda. Flanco izquierdo.

Giramos como uno solo y Luna saca su arma secundaria con velocidad que no había visto antes.

—¡Policía! ¡Salga con las manos en alto! —brama Peter.

Nadie responde, solo el viento y la lluvia. Quien nos aceche no va a rendirse ante una orden verbal. Siento la presión de una emboscada. Algo se mueve en el flanco derecho, pero cuando giro no hay nada. Solo lluvia y sombras. Un estruendo a mi derecha: Luna ha abierto fuego.

—¡Lo tengo! —grita—. ¡Era un hombre!

Ahora lo veo yo también. Una sombra salta de un tronco a otro con agilidad que no parece humana. Disparo dos veces en fuego de cobertura; Alain abre fuego hacia el lado opuesto y Peter se une. El bosque se ilumina con los fogonazos.

Miro hacia donde dispara Alain, pero no veo nada; la lluvia convierte todo en una mancha borrosa. Arranco los binoculares térmicos del chaleco y el mundo se vuelve gris y blanco, con una silueta que resplandece con calor corporal entre los árboles fríos.

—¡Contacto visual! —aviso y aprieto el gatillo.

Veo el impacto. El objetivo se estremece, pero no cae; abandona su cobertura y carga directo hacia mí.

—¡Viene hacia mí! —grito y disparo de nuevo.

Uno, dos, tres impactos. Le doy en el torso, pero la figura avanza sin acusar el daño. Está a pocos metros. Suelto los binoculares, empuño el arma con ambas manos. El instinto me dice que apunte al centro de masa. El instinto se equivoca.

—¡Pero qué demonios...!

La imagen me clava en el sitio una fracción de segundo.

Es un hombre desnudo cubierto de lesiones rojas y tumores. Corre hacia mí con los brazos extendidos y una mueca de hambre pura en el rostro desfigurado. No grita. No habla. Solo avanza con una determinación que no tiene nada de humana.

El disparo de Luna a mi lado me saca del trance. Le meto un proyectil en el centro del pecho, pero no siente nada; el sujeto sigue hacia mí, gutural, imparable. Me planto, respiro y apunto a la cabeza.

¡Bang!

El impacto le sacude el cráneo, pero sigue.

Otro tiro a la cabeza. Se tambalea con los ojos en blanco y la boca abierta, llena de sangre negra. Intenta morder el aire, morder mi traje, morderme a mí.

Espero hasta que su aliento me empañe el visor y apunto a través de su boca abierta.

¡Bang!

La parte posterior de su cabeza revienta en una nube roja y gris. El cuerpo cae a mis pies en espasmos. Retrocedo. No entiendo cómo

pudo aguantar tanto.

Pasos pesados en el barro. Alain llega a mi posición, ve al hombre en el suelo, que aún se retuerce, y vacía el cargador sobre él.

—¡Muérete! ¡Muérete, maldito engendro! —grita con la voz quebrada por el terror.

Nadie lo detiene. Dejamos que las balas terminen el trabajo y, solo cuando el percutor golpea en vacío, Alain para y toma aire con fuerza.

Mi detector de radiación chilla en mi cintura. Miro el cuerpo destrozado: esa cosa emite más radiación que un reactor abierto. Es una fuente de radiación que camina. Me pregunto cuánto tiempo lleva así. Me pregunto si alguna vez fue una persona normal.

Miro hacia atrás. Otro cuerpo similar abatido por Luna: piel rojiza, deformidades óseas, fuerza inhumana. Dos de ellos. ¿Cuántos más hay en este bosque?

Cuando Alain recupera el aliento, me mira a través de la máscara con los ojos desorbitados.

—Tenías razón —le digo y siento el frío entrar hasta los huesos—. Zombis mutantes radiactivos. Y vienen por nosotros.

15

ANOMALÍA BIOLÓGICA

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 5:40 p. m.

—Odio a los zombis —dice Alain, con la respiración agitada y la mirada fija en el cadáver a sus pies.

—Me doy cuenta —responde Luna.

—Este fue más duro que el otro —añade Peter, con la mirada en el cuerpo retorcido sobre la hojarasca radiactiva—. Absorbió tres impactos directos antes de caer.

—Mierda.

Alain suelta el cargador vacío, que cae al barro con un sonido apagado, y le tiende la mano a Peter. Este le pasa su propia pistola sin decir palabra. Alain se acerca al caído con pasos pesados sobre el suelo empapado.

Entonces lo veo. Lo que parecía un cadáver todavía se agita. Un espasmo recorre las extremidades deformes y los dedos se contraen como garras. Nos movemos detrás de Alain, que llega con cautela, apoya una bota sobre el pecho de la criatura y apunta a la frente.

Dispara tres veces. Los estallidos retumban en el bosque hasta que el rostro del atacante desaparece en una masa de hueso astillado y tejido destrozado.

—¡Hijo de perra! —le grita al cuerpo.

—Lo siento, Alain —digo y bajo mi arma—. Prometo no volver a subestimar tus teorías.

Él gira la cabeza hacia mí, confundido tras el visor empañado de su máscara.

—No sé si agradecerte u ofenderme —replica y retira el pie del cadáver—. ¿Cómo demonios se silencia esto?

Se refiere a su detector de radiación; el mío también suena sin pausa, una alarma incesante que taladra los oídos. Estamos demasiado cerca de una fuente activa.

—No se puede silenciar —explica Peter—. Está diseñado así para que la radiación no nos tome por sorpresa. Demos unos pasos atrás y la intensidad disminuirá.

Alain y yo retrocedemos hasta que el pitido se vuelve soportable, un zumbido de fondo en lugar de una sirena. Luna hace lo contrario: permanece junto al cuerpo, se acuclilla con dificultad debido al traje y pasa el sensor a centímetros de la piel cerosa. La alarma revienta, un chillido agudo que nos hace estremecer.

—Es increíble que estas cosas puedan moverse con este nivel de contaminación interna —murmura Luna, sin apartar la vista del dispositivo—. Deberían haberse consumido y sus órganos habrían colapsado hace años.

—¿Qué diablos es eso? —pregunta Peter e ilumina el cuerpo con su linterna.

La luz revela detalles que preferiría no ver: la piel tiene un tono grisáceo, con manchas rojas, y un tejido quemado que nunca sanó. Las venas se abultan, hinchadas y oscuras bajo la superficie. Miro la cara y tardo un segundo en reconocer que alguna vez fue un rostro. La mandíbula está desplazada; los ojos hundidos en cuencas deformadas. Fue humano. Alguien lo conoció, alguien lo nombró.

—Alguna vez fue un humano —responde Luna y señala las masas carnosas—. ¿Ven eso?

Señala unas protuberancias que brotan de los hombros y el cuello, pulsantes y vascularizadas. Órganos adicionales que crecieron donde no deberían.

—Esas tumoraciones podrían ser producto de la exposición aguda a la radiación —explica con tono neutro—, pero deberían haberlo

matado hace años. En cambio, parece que lo han hecho más fuerte. Miren los músculos de las piernas: están hipertrofiados. Por eso corren tan rápido.

—¿Cómo lo explicas? —insiste Peter y recupera su arma de manos de Alain, quien recarga la suya con movimientos automáticos.

—Solo puedo especular —contesta Luna y se pone de pie con esfuerzo—. El cáncer es un proceso en el que células anómalas se dividen sin control e invaden tejidos sanos. Pero si esta reproducción celular lograra, de forma anómala, sustituir las funciones de las células sanas en lugar de solo destruirlas... la persona seguiría viviendo. No como un humano, sino como un gran tumor funcional.

—Difícilmente podemos llamar a eso «persona» —dice Alain y se aleja para recuperar el cargador vacío del barro.

—Concuerdo —dice Luna—. Las células malignas reemplazaron las funciones vitales básicas y anularon las capacidades intelectuales superiores. Eso reduciría a un ser humano a una especie de animal regido por el dolor constante y el hambre insaciable.

—Algo pensaban —objeta Peter, con el arma en alto y la vista en el perímetro—. Se escondieron y nos emboscaron desde distintos flancos. Eso requiere planificación, no solo instinto de supervivencia.

—Tal vez era instinto de manada o... —Luna calla y mira hacia donde venimos, hacia la roca ensangrentada que dejamos atrás.

—¿O qué? —pregunta Alain e inserta el cargador nuevo con un clic metálico.

—El altar —dice ella—. Si los tumores atacan el cerebro cortical, dejan casi ilesas las partes más primitivas, como el sistema límbico. Estaríamos ante una regresión evolutiva: un humano primitivo, una línea de evolución divergente. Podrían conservar el pensamiento abstracto rudimentario. Por eso el altar. Por eso el ritual de la comida.

—¿Quieres decir que estas cosas adoran a un dios radiactivo? —pregunta Alain, incrédulo.

—No necesariamente —aclara Luna—. Es imposible entender el desarrollo de humanoides aislados sin un estudio controlado. Quizás adoran lo que les mantiene vivos. La comida. La carne fresca no

debe ser fácil de conseguir aquí; los animales huyeron hace décadas.

—Se le ve bastante flaco —observa Peter y empuja una pierna del cadáver con la punta de su bota—. Puras fibras musculares y tumores. Nada de grasa.

—Hambrientos y desesperados —añado—. Por eso atacan a cualquiera que entre en su territorio. No es agresión, es necesidad.

—Entiendo que haya intereses poderosos que quieran encubrir esto —llega la voz de Freddy por el intercomunicador y nos para en seco—. Pero es hora de sacarlo a la luz. Activa la frecuencia oficial, Roberts. Iremos a buscar esos cuerpos. La evidencia es prioritaria.

Asiento, aunque no pueda verme, y paso al canal de frecuencia abierta, el que graba todo.

—Jefe Tanaka —informo con voz clara—, hemos abatido a dos atacantes desconocidos. Confirmo que son humanos con deformidades extremas y resistencia anómala al impacto de bala. Solicito extracción inmediata de los cadáveres. Esto requiere un análisis de laboratorio urgente. Necesitamos saber qué les ha sucedido... y si es contagioso.

—¿Cree, agente Roberts, que también atacaron a la comitiva desaparecida? —pregunta Freddy para la grabación oficial.

—Si atacaron al equipo de la OMS con la misma ferocidad con que nos atacaron, los tomaron por sorpresa. No tuvieron oportunidad de defenderse. Si los únicos supervivientes de este entorno son estos sujetos, temo lo peor para la misión original.

—Recibido, agente Roberts. Tengo su localización en pantalla. Enviaré un helicóptero de extracción de inmediato.

—Aquí no hay zona de aterrizaje, señor —advierto y miro el denso dosel sobre nuestras cabezas—. Los árboles impiden el descenso.

—No será un problema. El equipo de rescate usará cables desde el aire. Los subirán con arneses. Mantengan la posición y protejan la evidencia.

Cierro la comunicación oficial y volvemos al canal cifrado. La lluvia arrecia y convierte el bosque en una masa borrosa de grises y verdes oscuros.

—Deberán esperar ahí —dice Freddy, tenso—. Por las huellas de motos, podría haber otros actores en la zona. Alguien podría llegar antes que el helicóptero y llevarse la evidencia. Una vez curse la orden oficial, no sé quién más estará escuchando. El Anillo vigila todo.

—El problema es que está anocheciendo —explico y miro el cielo entre las ramas—. Prefiero seguir avanzando mientras tengamos algo de luz. No quiero pasar la noche a la intemperie rodeado de estas cosas. Si llegamos a Prípiat, tendremos estructuras de hormigón donde podremos protegernos y establecer un perímetro defensivo.

—Que se quede Alain a custodiar los cuerpos y ustedes sigan adelante —sugiere Freddy con la lógica fría de quien no está en el terreno.

—No, no —se niega Alain de golpe—. Ni hablar. Yo no me quedo aquí solo con estos cadáveres radiactivos. Pueden venir más. Son animales de manada, ¿recuerdan?

—Alain —dice Peter con calma y deposita la mochila en el suelo.

Saca un arma automática compacta, la revisa con movimientos expertos y se la tiende a Alain. Él la agarra por reflejo y siente el peso.

—Ya matamos a dos con pistolas —argumenta Peter—. Con esto los detienes antes de que se acerquen a diez metros. Más cadencia, más munición.

—¿Por qué no te quedas tú? —protesta Alain y aferra el arma contra su pecho.

—Eres más joven, más rápido, ves mejor en la oscuridad y tienes más puntería —señala Peter—. Eres el mejor tirador del equipo. Además, conoces mejor que yo los procedimientos de extracción aérea.

—Diablos —resopla Alain—. Es la primera vez en tu vida que me halagas y es solo para mandarme a la muerte. Qué gran amigo eres.

Peter le da una palmada firme en el hombro y se vuelve hacia Luna.

—¿Crees que hay más cerca? —pregunta en voz baja.

—Es imposible saberlo —responde y escruta las sombras entre los árboles—. Pero su patrón de ataque sugiere comportamiento grupal. Si no apareció ninguno más durante el tiroteo, probablemente no hay otro en las inmediaciones. Los disparos los habrían alertado. Se retiraron.

—Pero puede haber otra manada en otra parte del bosque —insiste Alain y revisa el seguro del arma con dedos nerviosos.

—Sabrás qué hacer —le contesto con más confianza de la que siento—. Eres difícil de matar, Alain. Aguanta hasta que llegue el helicóptero. No debería tardar más de veinte minutos.

—Siempre me toca la peor parte —refunfuña y se acomoda junto a un árbol grueso que le ofrece cobertura—. Dejen algo de gloria para mí en Prípiat.

—¿Hacia dónde ahora? —le pregunto a Peter.

—Prípiat queda por ahí —dice Peter y señala a la derecha con el cañón del arma—. Las huellas de las motos iban en esa dirección. Hay que moverse ya antes de perder la luz por completo.

Nos despedimos de Alain con un gesto breve, y él se queda allí, una silueta solitaria en la penumbra, junto a los cadáveres que emiten radiación, sin que nadie pueda verla.

—Solo... —le oigo murmurar por el canal abierto—, de noche, en un bosque radiactivo y con zombis mutantes. Mierda, qué vida elegí.

Nos alejamos a paso ligero, casi al trote. No me agrada dividir la fuerza; va contra toda mi formación táctica, pero esperar sería perder tiempo crítico. Las horas de luz se agotan. Luna camina a mi lado con pasos pesados, la respiración audible por el comunicador. Noto que no mira hacia adelante.

—¿Qué sucede, Luna?

—Pienso en Howard —confiesa con voz tensa—. Imaginar que esas cosas... que pudieran haberlo atrapado de noche, indefenso.

—Mientras no haya cuerpo —contesto con firmeza—, no hay víctima confirmada. Debemos seguir buscando. Podría haber escapado, podría estar escondido. Me dijiste que es experto en comportamiento humano bajo estímulos extremos. ¿Crees que podría saber algo de estas criaturas? ¿Que viniera específicamente a estudiarlas?

—Eso justificaría su presencia aquí —admite y por primera vez su voz tiene un atisbo de esperanza—. Y explicaría por qué el Anillo está tan nervioso. Si Howard descubrió algo sobre estas mutaciones...

—Al menos, un acertijo está resuelto —interviene Peter y vigila el flanco derecho con movimientos automáticos—. Sabemos qué atacó al equipo de la OMS.

—Pero aún queda otro más grande —interrumpe Andrew desde la base—. La existencia de esos salvajes no explica qué hacía allí un genio de la programación. Son campos completamente opuestos. Biología versus tecnología.

—Es verdad —digo, frustrada—. Todavía hay más incógnitas que certezas. ¿Freddy?

—Sí, Ainara, estoy aquí escuchando.

—Estoy segura de que sabían a dónde nos estaban enviando —le espeto sin ocultar el enojo—. Esto no es un simple rescate de personal perdido. Los informes de inteligencia estaban incompletos de manera deliberada. Habla con el ministro, con Kessler o con quien diablos esté al mando real de esta operación. No quiero más sorpresas ahí adelante.

—Me comunicaré con ellos de inmediato —afirma, y noto la tensión en su voz—. Tienes razón. Con esos cuerpos en nuestro poder, ya no podrán negar que sabían de la existencia de estas criaturas.

—Perfecto —confirmo y cierro la comunicación con un clic seco. Los edificios abandonados de Prípiat aparecen en el horizonte, estructuras oscuras recortadas contra el cielo plomizo—. Es hora de obtener respuestas reales.

16

LÁZARO

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 6:10 p. m.

Andrew teclea una serie de comandos y el código verde se refleja en sus gafas. Por último, gira la silla y levanta un pulgar.

—Enlace establecido —confirma—. Conexión cifrada que cambia de clave cada treinta segundos. Nadie puede interceptar esto en directo. Washington está en línea.

Freddy asiente, toma el auricular del teléfono satelital y espera el tono. Tras un breve filtro de voz con un asistente de la Casa Blanca, la voz del secretario McWire llega clara, con el matiz metálico de la señal comprimida.

—Tanaka, espero que tengas buenas noticias.

—Necesito la verdad, señor secretario —dice Freddy. Sin preámbulos. La mandíbula tensa—. Mi equipo enfrentó hostiles en la Zona de Exclusión que desafían toda lógica biológica. Cadáveres reanimados y funcionales. Zombis, si quiere el término vulgar. Debe decirme qué hacemos aquí en realidad. Ahora.

Una pausa breve. Estática digital al otro lado.

—¿Zombis? —repite McWire. La incredulidad en su voz parece genuina o está muy bien ensayada.

—Es la descripción más rápida que tengo hasta que la autopsia diga lo contrario —dice Freddy y tapa el micrófono un segundo para mientras Andrew, al otro lado de la sala, lo mira en silencio—. Voy a salir en helicóptero a recuperar dos cuerpos: humanos mutados, con niveles de radiación letales, que seguían en combate. Absorbían plomo y no caían. No me diga que no sabía nada de esto.

El silencio se alarga. Freddy aprieta el auricular hasta que sus nudillos se blanquean.

—¿Qué buscaba la OMS aquí? —insiste y eleva la voz—. ¿Era realmente una misión sanitaria? He enviado a mi gente a una zona de muerte. Puedo lidiar con mercenarios; entiendo sus tácticas. Pero esto es otra cosa. No sabemos si razonan, si sienten dolor o si son imparables. Necesito datos, señor secretario.

—Entiendo tu preocupación, Tanaka —responde McWire y baja el tono a un susurro—, pero esta línea...

—Esta línea es segura —corta Freddy con voz de acero—. Andrew Collins la protege. Algo tiene que decirme. Si no me da un motivo válido, ordenaré la extracción inmediata y abortaré la misión. Necesito saber que no soy solo un activo sacrificable en su tablero.

Un suspiro profundo, cansado, llega desde el otro lado del Atlántico.

—Por supuesto que estás en mi equipo, Tanaka —dice McWire y recupera su timbre de autoridad—. No te informamos antes por una razón simple: no teníamos pruebas físicas. Solo rumores de inteligencia, fragmentos interceptados en la internet profunda sobre experimentos prohibidos en la Zona de Exclusión, algo llamado «Proyecto Lázaro». Por eso enviamos al equipo de la OMS como cobertura, pero te juro que nunca imaginé que hubieran tenido éxito.

Freddy procesa la información. La palabra «éxito» le resuena con un matiz perturbador.

—Investiga esos cuerpos —continúa McWire—. Descubre qué les hicieron. Si lograron que un ser humano soporte esa radiación y siga operativo... es el premio mayor de la guerra moderna. ¿Comprendes las implicaciones estratégicas?

—Sí, señor —responde Freddy. Un sabor amargo, metálico, le inunda la boca.

—No podemos hablar más por este canal. Asegúrate de que esos cuerpos lleguen a suelo americano. Son prioridad omega.

La línea se corta con un clic definitivo.

Freddy deposita el auricular sobre la mesa. La pregunta de McWire le resuena en la mente: *¿Comprendes las implicaciones estratégicas?* Y sí, las comprende. Demasiado bien. El verdadero límite de las armas nucleares no es la explosión, sino la contaminación que inutiliza el terreno y se vuelve contra el agresor. Pero si alguien logra inmunizar a sus soldados, si crea un ejército capaz de caminar a través de radiación letal sin colapsar, las reglas del juego cambian. La amenaza de aniquilación mutua deja de ser un disuasivo, y quien controle esa tecnología podría usar bombas atómicas como artillería de campo para limpiar el terreno y luego ocuparlo.

Por eso a McWire no le importan los desaparecidos de la OMS ni Ainara; solo quiere la fórmula, el código genético de esos monstruos. Aunque juró que solo tenían rumores, Freddy sabe que miente. Sabían lo suficiente como para enviar un equipo de limpieza. Ainara, Peter, Luna, Alain... todos son prescindibles. Daños colaterales aceptables en la búsqueda del arma definitiva.

La sensación de traición le pesa en el estómago. Piezas descartables en un tablero controlado desde despachos climatizados. Freddy mira la pantalla donde parpadea la localización de Ainara en la Zona de Exclusión. Sigue en movimiento. Sigue viva. Por ahora.

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 6:30 p. m.

El teclado de Andrew repiquetea con furia.

—Objetivo identificado —dice sin apartar la vista de la pantalla—. Alik Baranov. Dueño de la mansión en Pechersk que visitó nuestro

geógrafo.

Junior asiente y se lanza sobre su terminal. Cruza bases de datos financieras, registros de propiedad y listas de sanciones internacionales.

—Baranov... —murmura mientras lee el archivo—. Magnate farmacéutico con influencias en todas partes. Uno de los mayores donantes del presidente actual, lo que explica su inamovilidad legal. Su patrimonio creció un veinte por ciento durante la guerra. Nadie hace tanto dinero en una crisis si no vende suministros esenciales o armas.

—¿Vínculos directos con Melnik? —pregunta Andrew sin dejar de teclear.

—Estoy en ello. —Junior rastrea patrones y transferencias bancarias—. Baranov tiene una subsidiaria de construcción que ganó licitaciones estatales para infraestructuras críticas. Melnik es geógrafo y topógrafo, pudo haber trabajado para él en algún estudio de terreno, pero es una conexión débil, demasiado circunstancial para un tribunal.

Junior revisa las cuentas personales de Melnik en busca de la anomalía.

—Aquí hay algo. El patrimonio de Melnik se disparó en los dos últimos años. Ingresos no declarados y movimientos en refugios fiscales, ocultos tras una red de empresas fantasma en Chipre y las islas Caimán. No puedo rastrear el origen con mis accesos actuales. La estructura financiera es compleja.

Se gira hacia Andrew. A lo lejos, el sonido de los rotores del helicóptero; el transporte de Freddy parte hacia la zona de extracción.

—Hasta aquí llego con mis accesos civiles —admite Junior y golpea la mesa—. Necesito tu habilidad. Rompe el secreto bancario. Averigua quién llena los bolsillos de Melnik. Sigue el dinero.

—Considéralo hecho —responde Andrew y abre sus programas de intrusión—. Tú investiga qué protocolos de contención necesitamos para esos cuerpos que trae Freddy. Si lo que dice el jefe es cierto, no podemos meterlos en una nevera de *camping*.

—De acuerdo. —Junior abre una nueva ventana y busca manuales de contención de máximo riesgo biológico—. Vamos a necesitar algo más fuerte que desinfectantes estándar. Necesitamos contención contra una combinación de virus y radiación.

17

EVOLUCIÓN ABERRANTE

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 7:00 p. m.

Avanzamos a través del bosque, guiados únicamente por la ubicación satelital de doble señal. La lluvia ha cesado y ha dejado tras de sí un silencio húmedo, pero el agua ha borrado cualquier vestigio de las huellas de la motocicleta. La noche ha caído sobre nosotros; ahora caminamos envueltos en una oscuridad total, rota únicamente por los haces cónicos de nuestras linternas tácticas de alta potencia.

Mantenemos las armas en alto con los dedos rozando los gatillos de los rifles, atentos a cualquier sonido, pues si de día fue difícil detectar a los hostiles, de noche es un suicidio táctico. Peter abre la marcha y rastrea el camino con sus binoculares de visión nocturna; convierte el mundo en imágenes verdes y negras. Nosotras lo seguimos de cerca para cubrir los flancos en triángulo.

—Esos zombis no son algo que se vea todos los días —comento en voz baja para romper el mutismo de Luna, que camina a mi lado con la vista fija en el suelo.

—Gracias a Dios —responde ella y esboza una sonrisa nerviosa tras el visor—. Pero eso es precisamente lo que me tiene preocupada.

—¿El qué?

—Que no es algo natural —dice, y su voz adquiere ese tono analítico que usa cuando examina un problema—. No creo que sea un fenómeno casual.

—¿Insinúas que alguien los diseñó así? —pregunto. Un escalofrío me recorre la espalda, ajeno al frío nocturno.

—No creo que la radiación por sí misma haya provocado una mutación tan específica —explica. Mantiene el cañón de su arma al frente—. Lamentablemente, la historia cuenta con suficientes registros de exposición a radiación extrema, desde Hiroshima y Nagasaki hasta el propio Chernóbil, y nunca se ha documentado un resultado biológico semejante. Aquí hay una variable artificial. Intervención humana.

La escucho mientras esquivo una raíz que sobresale del suelo. Luna está ordenando sus pensamientos en voz alta y me utiliza para validar una hipótesis aterradora.

—Supón que eres una científica sin escrúpulos —prosigue con la respiración algo acelerada—. Y descubres que la radiación, aplicada bajo ciertas condiciones controladas, puede inducir un crecimiento celular acelerado sin comprometer la estructura funcional del órgano. No destrucción, sino regeneración agresiva. Tejido que se reconstruye más rápido de lo que se desintegra.

—¿Para qué serviría eso? —pregunto, aunque empiezo a vislumbrar la respuesta, ya que la lógica militar siempre es la misma: convertir la ciencia en arma.

—Eso es lo que he estado tratando de entender —contesta—, y creo que la clave está en lo que vimos en el claro.

—¿Los zombis?

—Cuerpos resistentes —corrige. Su voz adquiere un matiz clínico —. Órganos capaces de regenerarse ante el trauma. Si lo miramos desde una óptica médica benévola, sería el objetivo máximo. Imagina riñones que fallan y se regeneran por sí solos, hígados que se reconstruyen tras una cirrosis, tejidos que sanan en horas mediante terapias radiactivas controladas. Cáncer convertido en cura.

—Esa es la óptica benévola —digo al apartar una rama húmeda —. ¿Y la malévola?

Ella se detiene un instante y sus ojos se clavan en los míos a través del policarbonato del casco con una mirada fija.

—Soldados —sentencia—. Infantería capaz de soportar una docena de impactos de bala antes de caer. Tropas desechables y reutilizables. Fuerzas capaces de operar en zonas de radiación letal sin necesidad de trajes de protección. El sueño de cualquier general.

La lógica de Luna es aplastante, pues acabamos de presenciar cómo esas criaturas resistían los disparos. Sin embargo, su comportamiento era errático, salvaje, más animal que humano.

—Podría ser —admito al reanudar la marcha—. Pero unos soldados que se comen a sus oficiales no parecen un buen negocio militar.

—Por supuesto —afirma Luna—, pero creo que esos dos solo eran los fracasos. Los descartes. Las versiones beta que no superaron el control de calidad.

—¿Experimentos fallidos?

—Es muy probable. El protocolo científico estándar. Primero, pruebas en laboratorio; luego, en modelos animales y, por último...

—Por último, en humanos —concluyo. Una náusea repentina me invade—. Pero para pasar a la fase humana, necesitas cierto éxito previo. Aquellas criaturas no tenían nada de exitosas. Eran aberraciones.

—Esa era la pieza que no me encajaba —dice Luna. Acelera el paso para no perder a Peter—. ¿Por qué saltar a pruebas humanas si los resultados son tan desastrosos? Pero creo que ya lo entiendo. ¿Te fijaste bien en sus rostros? ¿En la textura de los tumores?

Trato de evocar la imagen de los atacantes y reprimo el asco. Eran deformes, sí, pero había algo en la piel...

—Los tumores parecían... integrados —respondo mientras recuerdo—. No eran llagas abiertas ni supuraban pus. La piel se veía curada, casi como cicatrices antiguas o callosidades óseas. Piel endurecida.

—Exacto —exclama Luna con tono de descubrimiento—. A esa gente no la convirtieron en monstruos hace un mes, ni siquiera en los últimos años. Han experimentado con ellos desde hace mucho tiempo, quizás desde la infancia. No puedes esperar quince años

para ver si un sujeto desarrolla resistencia y luego empezar de cero. Están capturando niños, o tal vez mujeres embarazadas, y realizan estudios a largo plazo. Tienen grupos de sujetos en distintas fases de desarrollo. Es un programa a largo plazo.

Peter, que se había detenido unos metros más adelante para esperarnos, baja los binoculares e interviene por primera vez con voz grave.

—Este es el lugar perfecto para una atrocidad así —dice mientras señala al bosque—. Una zona de exclusión cerrada desde hace cuarenta años, con niveles de radiación que camuflan cualquier lectura anómala. Cualquier inspección del Gobierno detectaría radiación de fondo y lo daría por normal. Es el escondite perfecto. Ocultación por saturación.

—Pero dejar a esas cosas sueltas... —reflexiono en voz alta—. Podrían escapar del perímetro. Si salen de la Zona, se acabó el secreto.

—Tal vez tengan alguna forma de controlarlos —sugiere Peter—, o es posible que se les hayan escapado recientemente debido a una brecha de seguridad o un fallo en el protocolo de contención.

—Si fuera así —apunta Luna—, la pregunta clave es quién los soltó o a quién se le escaparon. ¿El Gobierno ucraniano? ¿Los rusos? ¿La CIA?

—El Anillo —afirmo con certeza absoluta, pues encaja con su modo de operar sin fronteras—. Ya sabemos que ellos no tienen bandera. Van donde la infraestructura les favorece, donde pueden operar en las sombras.

—Entonces —dice Peter tras la máscara—, si el Anillo opera aquí, significa que no es el Anillo quien nos ha enviado a investigar. Hay una guerra interna. Facciones enfrentadas.

Estoy a punto de responder cuando un sonido distante, rítmico y grave, vibra en el aire. Levanto la mano para pedir silencio absoluto.

—¿Qué pasa, Ainara? —susurra Luna, tensa.

Ella y Peter levantan sus armas hacia la oscuridad y buscan amenazas, pero pronto el sonido se hace inconfundible: el batir de aspas, el zump-zump-zump característico de un rotor de helicóptero pesado. Cambio la frecuencia del comunicador.

—¿Es usted, jefe Tanaka? —pregunto.

—Afirmativo, agente Roberts —responde la voz de Freddy, casi ahogada por el estruendo de las turbinas—. Estamos en la zona. Procedemos a la extracción.

Alain escucha el zumbido convertirse en un rugido que hace vibrar el aire.

—Por fin —exclama. Los músculos de sus hombros se destensan ligeramente y liberan la tensión acumulada. Exhala.

Sin soltar la ametralladora, tantea en su mochila táctica con una mano y extrae una bengala de señalización. La golpea contra su muslo para encenderla y un fósforo químico rojo estalla con un siseo que baña el claro y los cadáveres mutantes en una luz carmesí. Las sombras se proyectan sobre los árboles muertos. Agita la bengala sobre su cabeza en arcos amplios; ha pasado los últimos veinte minutos alerta. Se sobresalta con cada sonido, con la sensación de ser observado. El sonido del motor es el mejor sonido posible.

La aeronave, una sombra oscura, se materializa sobre las copas de los árboles. El viento de los rotores agita las ramas muertas y levanta una nube de polvo radiactivo alrededor del fuselaje.

—Contacto visual, agente —confirma la voz de Freddy—. Mantenga la posición. Bajamos el gancho.

—Comprendido, jefe —responde Alain. Se protege los ojos del vendaval.

El helicóptero permanece en vuelo estacionario, con luces de navegación que parpadean de forma rítmica. Segundos después, un cable de acero desciende desde la panza de la nave. Alain deja caer la bengala, que chisporrotea en el barro, y se prepara. Pero no baja solo el gancho. Una figura desciende en rapel por otra línea, ágil y rápida. Controla la velocidad con precisión.

El rescatista toca tierra con un golpe seco. Viste un traje de protección química completo, blanco, que contrasta con la suciedad

del bosque. Lleva una linterna en el casco y, al iluminar los cuerpos apilados, se detiene en seco con un espasmo visible.

—*Shcho tse, chort zabyray*? —grita el hombre en ucraniano con la voz filtrada por el respirador, con pánico evidente.

—No tengo ni idea, amigo —responde Alain con un encogimiento de hombros, aunque sabe que no le entiende—. Solo súbelos.

El rescatista, profesional a pesar del *shock*, se recupera rápido; saca un paquete sellado de su equipo y revela una bolsa para cadáveres de máxima contención biológica. Le hace una seña urgente a Alain. Entre los dos, luchan contra el viento de las aspas, que dificulta el equilibrio, meten el primer cuerpo deformado en la bolsa y la sellan. El hombre engancha la carga al cable con un mosquetón, hace una señal circular y el torno comienza a girar. El paquete negro se eleva hacia el helicóptero.

Repiten la operación con el segundo cuerpo. El rescatista no deja de mirar hacia la oscuridad del bosque, nervioso. Una vez asegurada la segunda carga, él mismo se engancha al cable con movimientos rápidos.

—Listo, agente —informa Freddy desde arriba—. Carga asegurada. Buen trabajo. Puede reagruparse.

—Recibido —dice Alain. Ve cómo el rescatista y la carga desaparecen en el interior de la aeronave.

El helicóptero vira, gana altura y se aleja hacia el sur. Alain se queda de nuevo solo. El silencio que sigue es repentino y absoluto.

—Ainara —dice Alain. Cambia de canal y echa a correr, ansioso por dejar atrás ese claro—. Ya voy tras ustedes. Espérenme.

—Recibido —contesta la voz de Ainara, clara y firme—. Alcánzanos rápido. Ya vemos las luces. Estamos llegando a nuestro destino: Prípiat.

18

LA CIUDAD EN RUINAS

Bosque Rojo, Chernóbil, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 7:40 p. m.

Los haces de las linternas dejan de rebotar contra los troncos calcinados y el bosque termina de golpe, sustituido por una oscuridad absoluta.

—¿Claro natural o límite del bosque? —pregunta Luna.

—Ahí tienes la respuesta. —Peter apunta su cono de luz hacia el suelo.

El asfalto surge bajo la capa de barro y hojarasca podrida, agrietado y colonizado por raíces, pero inconfundible. Una carretera. Estamos en el perímetro de Prípiat.

Salimos de la espesura y nuestras botas golpean el pavimento con un eco amplificado por la quietud. No hay luna ni estrellas, solo un cielo encapotado que amenaza con más lluvia. La oscuridad reduce la visibilidad a apenas cinco metros.

Avanzamos treinta pasos hasta que un destello reflectante nos golpea las retinas. El triángulo amarillo con el trébol negro de radiación. El detector colgado a mi hombro mantiene su tableteo constante, imposible de silenciar. Más adelante, un bloque de hormigón muestra el nombre de la ciudad grabado en caracteres cirílicos: PRÍPIAT.

—Contacto visual con el objetivo —anuncia Peter y levanta su haz de luz.

A cincuenta metros, las siluetas dentadas de los bloques residenciales se recortan contra el cielo plomizo, estructuras abandonadas que dominan el horizonte nocturno. Son esos los contornos que vimos desde el bosque, edificios oscuros recortados contra el cielo.

—Sé lo que diría Alain —murmura Peter con una nota de nostalgia inusual en la voz.

—¿Qué? —pregunto. Siento el mismo vacío en la formación táctica.

—Fantasilandia para mutantes. O alguna estupidez sobre que olvidó el tique de entrada. Yo no tengo su gracia... No le digan que admití eso.

El silencio se extiende. A pesar de sus bromas inoportunas, la ausencia de Alain pesa. Su humor era nuestro escudo; sin él, la realidad se siente más cruda y amenazante.

Nos acercamos a los primeros bloques residenciales, donde la naturaleza no pidió permiso y reconquistó el hormigón. Árboles crecen en los balcones y raíces atraviesan los cimientos. Entre los escombros hay daños que no son del tiempo, sino de impactos recientes: ventanas reventadas, puertas arrancadas de cuajo. Alguien estuvo aquí con intenciones destructivas. Camino despacio y miro cada hueco oscuro entre los marcos.

—Andrew. —Abro el canal seguro—. Necesito ojos. ¿Qué sabemos de este sector? ¿Algún punto de interés táctico?

—Prípiat está... tranquila —responde Andrew con un retraso de señal apenas perceptible—. Reportes de incursiones ilegales, de turistas extremos y de saqueadores de chatarra, pero nada organizado. La radiación desciende lentamente y, estructuralmente, es una ruina con alto riesgo de colapso.

—¿Reutilizable? —pregunta Peter.

—Para ratas y líquenes, quizás.

—Eso no nos ayuda —digo, frustrada. Necesito un rastro, no un informe de ingeniería.

—Espera. —La voz de Andrew cambia—. Anomalía sísmica reciente. Hace dos semanas se registró un derrumbe parcial en el sector sur. Podría haber abierto u ocultado algo.

—¿Vale la pena el desvío? —consulto al equipo.

—Da igual a dónde vayamos —dice Peter y apunta el arma hacia la calle desierta—. En esta oscuridad no encontraremos nada. Necesitamos un refugio seco para pernoctar y replantear con luz diurna. Si vuelve a llover, estaremos jodidos.

—¿Dormir ahí? —Andrew suena escéptico.

—La radiación ambiental es manejable —interviene Luna, pragmática—. Los expertos dijeron que podíamos pernoctar si no ingeríamos nada local. Necesitamos descanso. Los trajes no son eternos.

—Vendido —dice Peter—. Vamos a ese derrumbe. Si hay techo, me sirve.

Andrew transmite las coordenadas a nuestras pantallas y cruzamos las avenidas fantasmales. Los bloques de pisos vacíos nos flanquean a ambos lados. No hay movimiento, solo el viento entre las ramas muertas y el grito lejano de un ave.

Doscientos metros después, el objetivo aparece. Un edificio bajo y extenso de arquitectura funcional soviética. El cartel sobre la entrada principal, oxidado pero legible, dice: «MATERNIDAD Nº 126».

—Un hospital —murmuro—. Qué alegre.

—Desde fuera no veo daños estructurales graves —dice Peter tras revisar la fachada con la cámara térmica.

—Entremos.

Pasamos el umbral donde antes hubo puertas de cristal y ahora solo quedan marcos retorcidos y vidrios bajo nuestras botas. El interior: camillas volcadas, expedientes podridos por la humedad y mostradores cubiertos de polvo radiactivo. El aire huele a óxido y moho.

—Evacuaron rápido —dice Luna e ilumina una cuna oxidada.

—Treinta y seis horas después de la explosión —digo—. Demasiado tarde para muchos.

Avanzamos por el pasillo principal hasta las escaleras que conducen a la oscuridad del sótano.

—Telarañas —señala Luna.

Una cortina grisácea cubre el descenso y se mueve con una corriente de aire constante.

—¿Corriente de aire? —pregunto, tensa. Mi dedo busca el seguro del arma.

—Ahí abajo no debería haber viento —dice Peter y quita el seguro de la suya—. Vamos a ver qué respira en el sótano.

—Cuidado. —La voz de Andrew llega estridente en los auriculares —. Estoy leyendo los archivos históricos de ese hospital. El sótano no es un lugar cualquiera. Ahí arrojaron los trajes de los primeros bomberos que respondieron al incendio del reactor.

Me paro en seco. El detector parece acelerar su ritmo.

—Es uno de los puntos más calientes de toda la ciudad —continúa Andrew—. La ropa de esos hombres sigue siendo altamente radiactiva, con niveles letales en exposición prolongada.

—Gracias por el aviso oportuno —gruñe Peter.

—No se quiten las máscaras —advierte Andrew—. Ni un segundo. El polvo ahí abajo es letal. Si inhalan, es sentencia de muerte.

Nos miramos. Señalo las escaleras con la cabeza; no hemos venido hasta aquí para retroceder por miedo a unos uniformes viejos.

Bajo primero, con el arma en alto, y apunto a cada esquina. El detector salta de inmediato con un chasquido frenético que me acelera el pulso, un sonido agudo e irritante que confirma la advertencia de Andrew.

—Tranquilos —susurra Luna e ilumina un montón de trapos en el suelo.

Son ellos: chaquetones, pantalones, botas. Tirados allí hace cuarenta años por hombres que murieron semanas después en agonía radiactiva, héroes que no sabían que firmaban su sentencia al ponerse esos uniformes. La imagen me oprime el pecho; no son los mutantes lo que hace gritar al detector, son los restos de los bomberos de Chernóbil. Me pregunto si alguien los recuerda. Si

alguien sabe que su ropa sigue aquí, en este sótano, cuarenta años después.

—El derrumbe debe ser por allí —dice Peter y señala una puerta de metal deformada al final del pasillo.

La jamba superior cedió y aplastó el marco, pero no es eso lo que me preocupa.

—Luces fuera —ordeno.

Apagamos las linternas al mismo tiempo y la oscuridad absoluta nos rodea... excepto por una línea fina, un resplandor pálido que se filtra por debajo de la puerta deformada. Luz artificial.

—¿Luz eléctrica? —susurra Peter—. Imposible. La red lleva muerta décadas.

—Una linterna —dice Luna, tensa—. Alguien está ahí dentro. Quizás supervivientes de la OMS.

Da un paso hacia adelante, pero Peter la detiene con una mano firme en el hombro. Silencio. Él toma la vanguardia, se mueve sin ruido a pesar del traje de protección, se pega a la pared con el arma en alto y se asoma con cautela por la abertura. Un segundo, dos. Se relaja visiblemente, pero no del todo. Enfunda la pistola y agarra el borde de la puerta metálica.

Tira con fuerza y el metal chilla hasta que la puerta cede.

Luna y yo nos asomamos junto a él.

Veo lo que hay al otro lado y me quedo paralizada.

19

PROTOCOLO NÉMESIS

Prípiat, Zona de Exclusión, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 8:10 p. m.

La luz al otro lado de la puerta no sale de una linterna. Sale de múltiples fuentes. Luces led, monitores encendidos, equipos electrónicos que parpadean en la oscuridad.

—¿Qué es esto? —pregunto y recorro la sala con la linterna.

—Parece un laboratorio clandestino —responde Luna con voz metálica a través del filtro.

Estamos en el sótano del hospital. El techo de la mitad de la sala colapsó y dejó el suelo cubierto de escombros. Pero lo que queda intacto choca con la arquitectura soviética: ordenadores de última generación, servidores con logos actuales y equipos médicos con luces de estado que parpadean en verde, ámbar y rojo.

—¿De dónde viene la electricidad? —pregunta Peter y entra con el arma en alto, pisando cristales que crujen bajo sus botas.

—No hay suministro eléctrico en la ciudad desde el año 86 —digo, perpleja—. Debe haber un generador oculto.

—Dudo que sea diésel. —Luna examina un panel de control—. Si el derrumbe ocurrió hace dos semanas, el combustible se habría agotado. Deben tener una fuente autosuficiente. ¿Energía solar enterrada? ¿Térmica del suelo?

—O simplemente roban corriente —dice Peter—. Antes de la infiltración revisé los mapas de infraestructura; la carretera que atraviesa la Zona tiene servicio eléctrico para los puestos de control. Podrían haber tendido una línea subterránea, invisible desde satélite.

—Eso implica planificación a largo plazo —murmuro—. Recursos, dinero, protección institucional.

—Miren eso. —Peter señala una estructura—. ¿Qué creen que es?

Una estructura cúbica está separada de la sala principal por un grueso panel de cristal blindado, ahora hecho añicos por una viga. El vidrio tiene al menos tres centímetros de espesor.

—Está vacía. —Luna ilumina el interior—. Paredes acolchadas, sin muebles, suelo con drenaje central. Diseñada para contener algo que no debía salir.

—Una celda de contención. —Peter recoge un fragmento—. Mi teoría es que aquí funcionaba un laboratorio que investigaba los efectos de la radiación sobre la fisiología humana. Hubo un accidente estructural. El techo colapsó, rompió el confinamiento y esos sujetos escaparon. El resto del personal huyó o murió.

—Encaja con lo que vimos —dice Luna—, pero creo que hay más niveles en esto.

—¿A qué te refieres?

—Si el derrumbe fue hace dos semanas, alguien tuvo que enterarse. Por eso enviaron a la OMS: no a investigar, sino a evaluar los daños y contener la fuga.

—O a limpiar —corto—. Tal vez su misión era la misma que la nuestra: contención y control de daños. Y fallaron.

—Pero aquí hay más de un jugador —insiste Peter—. Las motos en el bosque no eran de la OMS. Alguien más intenta encubrir esto. ¿Tú qué opinas, Andrew? ¿Me recibes?

Silencio estático en el auricular. Sin señal.

—¿Andrew? ¿Freddy? —pruebo yo.

Nada. Silencio absoluto.

—Estamos bajo toneladas de hormigón y plomo. —Peter mira al techo—. La señal no llega. Deberíamos salir para informar del hallazgo.

—Esperen. —Luna se desvía hacia un rincón en penumbra—. ¿Qué es eso?

Se acuclilla junto a una maquinaria semienterrada y nos acercamos. Un fluido viscoso, de un verde enfermizo, se filtra entre los cascotes con luminiscencia propia.

—Viene de ahí atrás. —Peter cuelga el arma al hombro, agarra una barra de metal del suelo y hace palanca bajo una losa—. ¡Vamos!

La losa cede con un chirrido metálico y levanta una nube de polvo. Peter tose y agita la mano frente a su máscara.

—¡Oh, mierda! —dice cuando el polvo se asienta.

Me quedo paralizada. Detrás de los escombros hay un cilindro transparente intacto, lleno de ese líquido verde, y flotando en su interior, inconsciente, hay...

—Es un niño. —Luna se acerca.

El pequeño cuerpo desnudo flota con los ojos cerrados, conectado a tubos. Su piel es pálida, translúcida; se ve la red venosa bajo la superficie. Tiene unos diez años, tal vez menos. Es imposible saberlo con certeza: el crecimiento en esas condiciones no sigue ninguna curva normal.

—No tiene deformidades graves. —Pego mi rostro al plástico—. Los tumores son apenas visibles, mucho más sutiles que en los sujetos del bosque. Bultos bajo la piel estabilizados.

—Es lo que hablábamos. —Luna suena horrorizada—. Experimentación a largo plazo. Este niño podría ser una versión mejorada o una fase temprana. Aquí los criaban.

Peter saca el móvil y graba. Recorre toda la sala.

—Tengo que enviar esto a la base ya. —Guarda el dispositivo—. Es la prueba definitiva. Salgamos para tener cobertura.

—Adelántate —le digo—. Quiero revisar los terminales antes de irnos. Quizás haya algún archivo recuperable.

—Yo me quedo contigo —dice Luna—. Ve, Peter. Cubriremos la retaguardia.

—De acuerdo —dice—. No tarden. Si pierdo el contacto visual con la entrada, vuelvo a entrar. Cinco minutos.

Peter desaparece por el pasillo y el silencio vuelve a caer, roto solo por el zumbido de los equipos.

—Ainara. —Luna suena inquieta—. Hay algo que no encaja.

—¿Qué?

—Supongamos que la teoría de Peter es correcta. Si alguien vino a limpiar la escena del ataque a la OMS... ¿por qué no bajaron aquí a destruir esto? ¿Por qué dejar el laboratorio operativo y al niño en el tanque?

Lo pienso. Me parece una negligencia absurda. O no es negligencia.

—¿Qué piensas tú? —pregunto.

—No fue difícil encontrar este lugar. Creo que hay dos posibilidades: o huyeron tan rápido que no les dio tiempo... o querían que lo encontráramos.

—Si querían que lo encontráramos, es una trampa. —Algo crece en mi pecho—. Una celada.

—Busca. —Luna mira alrededor—. Tiene que haber algo.

Aparto una lámpara caída sobre un escritorio y encuentro un monitor encendido. Lo endereza, toco el ratón y la pantalla cobra vida.

No muestra archivos. Muestra una señal de video en directo en la que nos veo a Luna y a mí.

—Mierda —susurro.

El monitor tiene una cámara integrada. Un recuadro rojo aparece alrededor de mi cara y otro alrededor de la de Luna. Un texto parpadea:

«SUJETOS DETECTADOS. IDENTIDAD: CONFIRMADA. PROTOCOLO NÉMESIS: ACTIVADO».

—¿Qué significa eso? —pregunta Luna.

Un contador aparece en la pantalla.

00:03

—¡Corre! —grito y la agarro del brazo.

00:02

Nos lanzamos hacia la puerta.

00:01

Un pitido agudo. Luego todo estalla.

La explosión no viene de una bomba, sino de las paredes mismas, cargas ocultas en los conductos. Una onda brutal nos levanta del suelo. Siento el impacto contra el hormigón, el sabor a cobre en la boca y el zumbido ensordecedor. El techo cruje y cae definitivamente.

Intento levantarme, pero mis piernas no responden; estoy aturdida. Veo a Luna a unos metros, inmóvil. Entonces lo veo: de los conductos de ventilación rotos brota un gas denso, verde esmeralda, que se arrastra por el suelo hacia nosotras.

Intento arrastrarme, pero mi visión se nubla.

—Protocolo... Némesis... —balbuceo antes de perder la conciencia.

20

DESGARRO LETAL

Prípiat, Zona de Exclusión, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 8:40 p. m.

La explosión lanza a Peter contra la pared del pasillo y el móvil salta de su mano y se desliza por el suelo; la pantalla parpadea antes de apagarse. Aturdido, sacude la cabeza para despejar el zumbido en sus oídos y enfoca la entrada del sótano, donde una nube de polvo sube desde las escaleras.

Se incorpora con las rodillas en llamas y corre hacia el hueco para iluminar el descenso. La visibilidad es nula: el haz de luz choca con una densa nube de partículas en suspensión.

—¡Ainara! ¡Luna! —grita, pero su voz apenas avanza unos metros antes de ahogarse entre los escombros.

Baja el primer tramo de escalones y tantea la barandilla. La máscara se le pega a la cara con cada inhalación forzada. Sin ella, sus pulmones ya estarían llenos de amianto y veneno radiactivo.

Se para en el descansillo. Algo no encaja. Entre el gris del cemento, su linterna capta volutas de un color distinto: un verde enfermizo y pesado que se arrastra por el suelo con un movimiento antinatural. Lo reconoce. Es el mismo color que el fluido del tanque donde encontraron al niño. Lo que sea que contenía ese cilindro, ahora está suelto.

—¡Peter! —La voz de Luna surge de la nada, distorsionada pero urgente.

—¡Luna! —Peter acelera—. ¿Están bien? Voy para allá.

—¡Alto! —El grito es una orden tajante—. ¡No bajes más!

Peter se clava en el sitio con una bota en el aire.

—¿Qué pasa?

—Gas. —Luna tose—. Hay un químico tóxico aquí abajo. No es polvo. Es una trampa. Protocolo de tierra quemada.

Peter observa las volutas verdes, que se expanden y suben los escalones hacia él con una lentitud inquietante.

—Tengo el traje de protección —dice, aunque su instinto le grita que retroceda—. Puedo entrar y sacarlas.

—¡No sabemos qué es! —responde Luna—. Los trajes aguantan, pero no indefinidamente. Nosotras tenemos una salida a pocos metros. Tú tendrías que bajar, encontrarnos, cargarnos si es necesario y volver a subir. El doble de tiempo, el doble de exposición. Si los filtros se saturan ahí dentro, morimos los tres. ¡Sal del edificio ahora mismo!

—¿Dejarlas ahí? ¡De ninguna manera!

—¡Hazlo ya, Peter! —La autoridad en la voz de Luna no deja réplica—. ¡Ve a la parte trasera del hospital! ¡Busca una salida por el derrumbe exterior! ¡Muévete!

Aprieta los puños. La frustración le quema el estómago. Mira una última vez hacia la oscuridad tóxica y, maldiciendo, retrocede y sube las escaleras de dos en dos. El humo verde le sigue de cerca.

Sale al aire frío de la noche ucraniana y activa el comunicador.

—Andrew. —Jadea—. Código rojo. Explosión en el sótano. Contacto perdido con Ainara y Luna.

—Recibido. —La voz de Andrew llega tensa—. ¿Estado del equipo?

—Desconocido. Las chicas están atrapadas. Hay un gas verde. Luna sospecha que es un químico tóxico. Me ordenó salir y rodear el edificio.

—Tranquilo, Peter —llega la voz de Alain por la línea general, con el rugido de un motor de fondo—. Estoy a tres minutos de tu posición. Aguanta.

—Freddy está en el aire —añade Andrew—. Viene en tiempo récord. Céntrate en buscar ese acceso trasero. Luna sabe lo que hace. Confía en ella.

—Voy para allá. —Peter corta la comunicación y corre hacia el lateral del hospital, esquivando los árboles raquíticos y la chatarra radiactiva.

El mundo es un pitido agudo y de oscuridad.

Abro los ojos y el techo del sótano gira. Unas manos enguantadas me sacuden los hombros con fuerza, parpadeo y el visor de Luna llena mi campo de visión.

—¡Ainara! —grita con voz lejana—. ¡Reacciona!

Tomo una bocanada de aire filtrado y el mundo recupera su nitidez. El zumbido en mis oídos disminuye.

—Estoy... estoy aquí —balbuceo e intento sentarme, pero un pinchazo agudo me recorre el cuello—. ¿Qué te pasó?

—Algo me golpeó el casco. —Luna me suelta y gira sobre sí misma, revisando el perímetro—. Me fui unos segundos. Tú también. La explosión nos lanzó. Solo un golpe en la cabeza.

Me pongo en pie y me tambaleo. Me palpo las extremidades: todo parece estar en su sitio.

—Mira. —Luna señala el fondo del laboratorio.

La iluminación de emergencia parpadea y baña la sala en tonos rojizos. Bancos de gas verde se acumulan en las zonas bajas y se arremolina alrededor de las mesas y los equipos destrozados.

—Lo vi justo antes de la detonación —dice Luna—. Saltó una contramedida. Los conductos de ventilación escupieron cápsulas de gas. Automatizado. Integrado en el sistema.

—No querían destruir el laboratorio. —Lo deduzco con un escalofrío—. Querían asegurarse de que nadie saliera vivo. Eliminación de testigos.

—Protocolo Némesis —murmura Luna y observa el gas—. Tierra quemada. Nos habrían cazado aquí dentro.

—Gracias al cielo por los trajes. —Miro cómo el gas corroe ligeramente la pintura de una mesa metálica—. Sea lo que sea, no es lacrimógeno. Es ácido o veneno para el sistema nervioso.

—¡Luna! ¡Ainara! —La voz de Peter llega amortiguada desde arriba.

—¡Peter! —grito hacia la pila de escombros que bloquea la salida de emergencia—. ¡Estamos vivas!

—¡Estoy arriba! —responde—. ¡Veo luz a través de las grietas!

—¡No intentes bajar! —Advierte Luna—. ¡El gas sigue aquí! Los trajes aguantan un tiempo limitado. Nosotras llegamos a la salida solas. Si bajas a buscarnos, triplicamos el tiempo de exposición y los filtros ceden. Guíanos con la luz desde arriba.

—Entendido. Busquen huecos desde abajo. ¡Yo las guío con la luz!

Un haz perfora la oscuridad desde arriba e ilumina la montaña de hormigón y vigas retorcidas: una rampa precaria hacia la libertad.

—Es nuestra única salida. —Evalúo la pendiente. El gas verde sigue subiendo—. Hay que trepar. Ya.

Me lanzo hacia los escombros. El traje es pesado y las botas resbalan, pero la adrenalina me empuja. Luna me sigue de cerca. No hablamos. No hay nada que decir. Cada segundo que pasamos aquí abajo es un segundo más de exposición.

—¡Por la izquierda! —indica Peter desde el exterior—. ¡Ahí hay una viga estable!

Me agarro al metal oxidado, me impulso y salgo al aire libre. Toso, ruedo sobre el techo del edificio anexo. Peter me ayuda a ponerme en pie.

—Dios, pensé que... —empieza.

—Guárdalo para luego —lo corto—. Ayuda a Luna.

Me giro y tiendo la mano hacia el agujero oscuro. La mano de Luna emerge. Se aferra a mi guante. Tiramos entre los dos y ella sale del hueco con un gruñido de esfuerzo; cae de rodillas sobre la grava. Jadea.

—Estamos fuera. —Peter exhala.

El gas verde sale perezosamente por la abertura y se disipa en la noche.

—Vámonos antes de que el viento cambie. —Me doy la vuelta para buscar una escalera de bajada.

—Ainara. —Luna habla con voz seca, fría.

Me detengo y me giro despacio. Luna está inmóvil, apunta con su linterna a mi espalda. Peter sigue la luz y se queda petrificado.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque una parte de mí ya lo sabe.

—Tu traje. —Luna habla con voz grave—. Tienes un desgarro en la espalda.

El mundo se detiene. Siento el frío de la noche ucraniana que se filtra por la brecha, la piel expuesta al ambiente radiactivo.

Peter se acerca e ilumina mi espalda. El silencio es absoluto.

—¿Cuánto? —pregunto sin que me tiemble la voz.

—Diez centímetros. —Peter habla plano—. Vertical. Desde el omóplato hasta la zona lumbar.

—¿Cuándo? —Luna analiza—. ¿Fue en la explosión o al trepar?

—No lo sé. —Intento recordar—. ¿Importa?

—Sí —responde Luna—. Si fue en la explosión, llevas expuesta quince minutos. Si fue al trepar, cinco.

—¿Diferencia? —pregunta Peter.

—Dosis acumulada —explica Luna—. Cada minuto cuenta. Absorción por la piel. La radiación no duele. No avisa. Por eso es tan peligrosa: cuando te das cuenta, el daño ya está hecho.

Siento un hormigueo en la espalda, probablemente mental. O quizás es el daño celular que comienza.

—Necesitamos un detector de radiación. —Hablo con calma—. Medir la dosis exacta. Establecer un protocolo de descontaminación.

—El mío está en el sótano —dice Peter.

—El mío también —añade Luna.

—Entonces improvisamos. —Me quito la máscara y dejo que el aire frío golpee mi rostro con olor a ceniza y óxido—. Alain viene en camino. Tiene equipo médico en el vehículo. Pastillas de yodo, solución salina. Tenemos que movernos.

—Ainara... —Luna me agarra del brazo—. Sabes lo que esto significa.

—Lo sé. —Exposición directa a la Zona, contaminación, cáncer o muerte—. Pero no voy a quedarme aquí llorando. Tenemos una

misión. Vamos.

Camino hacia el borde del techo. Peter y Luna me siguen en silencio, con el peso de la situación sobre los tres. Prípiat se extiende a nuestros pies: bloques oscuros, calles vacías, el bosque al fondo. En algún lugar ahí fuera están las motos, el Anillo, las respuestas. Y yo tengo un agujero en el traje y un reloj corriendo en mi contra.

No me detengo. No puedo. Porque detenerme es aceptar la derrota. Y yo no acepto derrotas.

Nunca.

21

EXPEDIENTE WOLFF

Prípiat, Zona de Exclusión, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 9:00 p. m.

Bajamos del techo por una escalera de incendios oxidada. Cada escalón cede bajo nuestro peso con un quejido metálico. Peter va adelante e ilumina el camino. Luna me sigue de cerca, la mano en el arma.

En la base de la escalera, lo que fue un estacionamiento se ha convertido en una trampa oscura. Hay coches abandonados cubiertos de musgo, marcos de ventanas caídos, charcos que reflejan el cielo sin luna. Peter activa el intercomunicador antes de que yo pueda detenerlo.

—¿Freddy? —dice—. Cambio de planes.

Le hago señas para que corte la comunicación. Me ignora.

—No pasaremos la noche aquí —informa—. Necesitamos reubicarnos. Envíanos trajes nuevos; los nuestros están comprometidos.

—Recibido —responde Freddy—. ¿Ha pasado algo grave?

—No. Precaución extrema. —Peter no deja de mirarme—. Quiero medición completa y equipo para análisis de sangre. Protocolo estándar.

—Me estás preocupando —dice Freddy.

—Nos preocuparemos si los resultados dan algo. Pásame coordenadas seguras.

—Enseguida te confirmo el punto.

Peter cierra el canal y da dos pasos hacia mí. Su expresión, en la oscuridad, es difícil de leer. Nunca lo he visto así: la mandíbula apretada, los ojos duros.

—No suspendo la misión todavía —dice—. Pero si los análisis salen mal, te subo al primer transporte médico.

—Agradezco tu preocupación. Esa decisión es mía.

—¿Tú crees? Si estás enferma, eres un riesgo para el equipo. Quedas relevada. Alguien tiene que mantener el sentido común aquí.

No respondo. No vale la pena discutir en un *parking* radioactivo a las nueve de la noche. Sé que intenta protegerme, pero hay una diferencia entre proteger y mandar. Todavía no ha cruzado esa línea. Dejo que se enfríe.

—Ya estoy llegando —dice Alain por la radio—. ¿Dónde están?

—Te envío la posición. —Me aparto de Peter para darle espacio.

Luna está sentada en una baranda oxidada, con la mirada fija en la oscuridad del bloque de edificios. Me acerco.

—¿Qué te pasa?

—¿Recuerdas que te conté sobre Howard?

—Sí. Que trabajaron juntos en la CIA.

—Bajo la tutoría de la doctora Emilia Wolff —responde—. Lo que vimos allá abajo, ese cilindro, ese laboratorio… me recordó a ella. A su trabajo. A su forma de pensar.

CIA, Langley, Virginia Varios años atrás

Los novatos Luna Márquez y Howard Jellicot esperan en una oficina austera, citados por su mentora. La doctora Wolff no ha adelantado nada sobre la reunión. La puerta se abre y entra con una carpeta bajo el brazo. La cierra con llave.

—Los he citado —dice— porque son los analistas más prometedores de la división.

—Gracias, doctora. —Howard se endereza en la silla.

Wolff se apoya en el borde del escritorio. Tiene esa forma de hablar que no pregunta: enuncia.

—La juventud a veces vale más que la experiencia —continúa—. Necesito mentes sin límites, no entorpecidas por escrúpulos. Estamos ante algo sin precedentes.

—Cuente conmigo —dice Howard, sin dudar.

—Conmigo también —agrega Luna, con más cautela.

—Estamos aquí para transformar la mente de nuestros agentes —dice Wolff—. No solo para estudiar al enemigo, sino para superarlo. Podemos perseguir objetivos durante años, pero siempre estaremos en desventaja: ellos no tienen frenos biológicos ni morales. Debemos lograr que los nuestros los anticipen.

—¿Habla de un entrenamiento especial? —pregunta Luna.

—No. Hablo de evolución forzada. Modificar la estructura cerebral con todo lo que esté disponible: terapia conductual profunda, fármacos experimentales, intervención quirúrgica.

—¿Quirúrgica? —El tono de Luna cambia.

—Todo lo necesario para crear agentes con capacidades que hoy no existen.

—¿Cómo lograríamos eso en adultos con mentes ya formadas? —pregunta Jellicot.

—No lo haríamos en adultos. —Wolff sonríe por primera vez—. La Agencia nos ha otorgado autorización extraoficial. He presentado un esquema teórico, lo suficientemente vago para la aprobación presupuestaria. El resto depende de nosotros.

Luna mira a Howard. Él no le devuelve la mirada: tiene los ojos puestos en Wolff como si ya perteneciera a algo que Luna todavía no entiende.

Prípiat, Zona de Exclusión, Ucrania

Sábado, 7 de marzo, 9:10 p. m.

—¿Querían crear agentes desde niños? —Peter no oculta la incredulidad.

—Sí —responde Luna—. Pero duró poco. En cuanto entendí la magnitud del proyecto, pedí la baja por motivos éticos. Eso desencadenó una investigación interna y la comisión canceló todo para evitar el escándalo. Howard dijo que me había apresurado, que no veía el panorama completo. Desde entonces, nuestras carreras tomaron rumbos distintos.

—¿Y Wolff? —pregunto.

—Desapareció. Sin dejar rastro. Pero lo que vi allá abajo responde a su lógica. Ella sostenía que el líquido amniótico tiene un papel clave en el desarrollo cerebral. Su teoría era que, si se extendía de forma artificial el periodo de gestación, era posible activar capacidades mentales que permanecen dormidas.

—El niño en el cilindro —digo.

—Exacto. Y Howard conoce esa teoría mejor que nadie. Por eso estaba en la misión de la OMS. Si la CIA sospechaba que Wolff estaba detrás de esto, él era la persona indicada para reconocer sus métodos.

—Freddy —digo por el intercomunicador—. ¿Has copiado?

—Sí, Ainara. Investigaré su paradero, pero ahora debemos cortar. Iremos con Andrew a presenciar la autopsia preliminar en el hangar. Di instrucciones para que un equipo de extracción recupere los cuerpos de forma segura.

El silencio del aparcamiento vuelve. A lo lejos, un edificio se queja: algún muro que cede lentamente ante el peso de los años. Peter revisa el perímetro sin decir nada, pero veo que el músculo de su mandíbula sigue tenso.

Una luz se mueve entre los árboles. Saco el arma por instinto. Peter y Luna hacen lo mismo y apuntan hacia esa dirección.

—Siempre me reciben a punta de pistola. —Alain sale de la oscuridad con el fusil al hombro—. Empiezo a creer que les gusta.

22

LA MESA DE AUTOPSIAS

Hospital Militar (Anexo de Seguridad), Kiev, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 10:00 p. m.

Freddy y Andrew observan desde la sala de control, separados del quirófano por un cristal blindado. Cuatro horas después de recuperar los cuerpos de la Zona de Exclusión, los trasladaron a un hospital con instalaciones de aislamiento y clausuraron el ala completa durante la noche. Militares apostados en cada acceso, fusiles al hombro.

La autopsia la realizan tres médicos: un experto en radiología, un forense militar y Vasilyev, el virólogo de la reunión matutina.

—Cuesta creer que esos fueran humanos —dice Andrew con la frente pegada al cristal frío.

—Dejaron de serlo hace mucho —contesta Freddy—. Si lo que dijo Luna es verdad, experimentan con ellos desde niños.

El audio del quirófano crepita en los altavoces. Los dosímetros suenan sin parar y marcan niveles de radiación superiores a cualquier registro de la zona, lo que confirma una exposición deliberada y constante. El bisturí abre la cavidad torácica y revela el caos. No hay órganos reconocibles, solo una masa tumoral que colonizó el interior y desplazó toda anatomía humana.

Vasilyev abandona el quirófano, cruza la esclusa de descontaminación y aparece ante ellos minutos después, pálido y con la frente empapada.

—¿Informe? —pregunta Freddy.

—Es una aberración biológica —responde el médico con voz quebrada—. Nada en esos cuerpos es normal. Las cabezas están destrozadas por los impactos, pero el cráneo no contenía un cerebro funcional, sino una masa tumoral. Solo hallamos un núcleo de células neuronales del tamaño de una nuez. Es imposible que esos sujetos se movieran o respiraran.

—Pero lo hacían —contesta Freddy—. ¿Qué más?

—Hay más. —El médico revisa las cámaras de seguridad antes de continuar—. Encontramos balas de siete calibres distintos alojadas en el tejido profundo. La mayoría de los proyectiles antiguos estaban encapsulados en tumores calcificados.

—Mi equipo usó munición de nueve milímetros —afirma Freddy —. Es difícil que hayan utilizado siete armas distintas.

—Y el tejido no cicatriza sobre el plomo —agrega Andrew—. El cuerpo lo rechaza o se infecta.

—En una situación normal estaría de acuerdo —responde el médico—. Pero aquí las reglas no aplican.

—¿Por qué?

—Porque extrajimos plomo fresco de nueve milímetros del rostro.

—El calibre de Roberts —confirma Andrew.

—El problema es que, además de la cara —prosigue el médico—, encontramos cuatro proyectiles recientes en el torso. Dos de ellos ya estaban envueltos por tejido nuevo.

—¿Me está diciendo —Freddy se inclina hacia el cristal— que esas cosas comenzaron a encapsular las balas y sanar en cuestión de minutos, durante el combate?

—¿Regeneración acelerada? —pregunta Andrew.

—Eso parece. Si sus células se reproducen a esa velocidad, es imposible determinar la edad de los sujetos. Podrían tener veinte años o cincuenta. El desgaste celular no existe, solo la replicación.

Freddy mira al médico.

—Quiero que sea honesto. ¿La radiación puede hacer algo así?

—No —contesta el médico—. A esta gente le han hecho otra cosa. La radiación es solo el combustible.

Los tres guardan silencio bajo el zumbido de los ventiladores.

—Usted pidió honestidad —continúa Vasilyev y da un paso hacia el cristal—. He visto algo similar. No a esta escala, pero el patrón celular me resulta familiar.

—Hable.

—Aquí no. —Su voz baja hasta casi desaparecer.— Sáqueme de este edificio. Intégreme en su unidad. Investigaré esto en su base, lejos de Polishchuk.

Freddy duda. Meter a un extraño en la base es un riesgo, pero el hombre parece aterrado y no actúa.

—Jefe Tanaka —interviene Andrew—. Sé que no se ajusta al protocolo, pero nos están ocultando cosas y él parece dispuesto a hablar.

—¿Por qué quiere colaborar con nosotros? —pregunta Freddy—. ¿Por qué traicionar a su Gobierno?

—Razones personales —contesta el médico—. Se lo explicaré todo si me saca de aquí. Si tengo razón, esto es mucho más grande que dos casos aislados.

—Está bien —decide Freddy—. Tramitaré el traslado ahora. Espero no arrepentirme.

—No lo hará —dice el virólogo—. Cuento con ello.

23

EL INTERROGATORIO

Kiev, Ucrania
Sábado, 7 de marzo, 10:05 p. m.

Junior cierra el portátil y lo aparta. Lleva horas solo y el silencio del apartamento empieza a pesar. Abre el material digital que le entregó Andrew y se concentra en el único frente que puede atender esta noche. La información financiera sobre Melnik es directa: la mayoría de sus ingresos provienen de dividendos de acciones de tres empresas farmacéuticas: dos suizas y una alemana.

—Esto explica todo —dice Junior al cruzar los datos con el portafolio de Alik Baranov.

El magnate es accionista mayoritario de esas mismas farmacéuticas. No hay registro de transferencia directa, pero la deducción es clara: Baranov le cedió esos paquetes accionarios a Melnik como pago. Dinero limpio a cambio de trabajos sucios.

Melnik debe confesar. Pero el equipo de campo está fuera de combate o atrapado en la Zona, y Freddy no puede arriesgarse a una operación ilegal que comprometa la misión. Sin recursos legales y con el tiempo en contra, Junior toma la única decisión posible. Se hará cargo él.

Llega al edificio de Melnik después de la hora del toque de queda. La ciudad está desierta y cada esquina suena a nada. Repite

el procedimiento de infiltración: fuerza la entrada principal, sube al piso y se planta frente a la puerta del geógrafo. Toca el timbre.

Melnik abre, descolocado por la visita nocturna.

—Disculpe el horario —comienza Junior—. Pero es urgente.

Junior mira a los lados del pasillo y Melnik, nervioso por ser visto con un extranjero, le permite pasar. En cuanto la puerta se cierra, la cortesía se evapora. Junior saca el arma, empuja al hombre contra la pared y le clava el cañón en la garganta.

—Habla —le ordena—. Dime la verdad o te mato.

—No sé de qué me habla —dice Melnik con voz rota—. Suélteme, por favor. Se equivoca.

—Tú te equivocaste al jugar con nosotros —responde Junior y aprieta el metal contra la piel—. Fingiste ser un inocente colaborador, pero solo eres un títere. Vine a darte una última oportunidad.

—Se lo ruego, señor. —Niega el geógrafo con la cabeza—. No sé nada. Les dije todo lo que sabía.

—Si no necesitara información —miente Junior con tono frío—, ya estarías muerto.

—No puedo hablar de lo que no sé. —Melnik solloza.

Por un instante, Junior duda, pero la imagen de Ainara en peligro borra cualquier compasión.

—Sabemos que trabajas para Alik Baranov. Dime por qué te mandó a mentirnos.

El rostro de Melnik cambia. El miedo a la pistola desaparece ante un terror más profundo al escuchar ese nombre.

—No. —Vuelve a negar, más rápido—. No les mentí. La información era real. Baranov me pidió que se las diera, pero no sé por qué. Yo no tengo nada que ver con sus asuntos actuales.

—¿Cuál es tu papel en esto? —insiste Junior.

—Ninguno, señor. Se lo juro.

—Te dije que no me mintieras.

Junior golpea la pared junto a la cabeza de Melnik. El geógrafo se encoge.

—Baranov no paga fortunas por nada. Habla.

—Me paga por el pasado —confiesa el hombre—. Hace diez años, me contrató de manera extraoficial para un trabajo en la Zona. Estaba prohibido entrar, pero necesitaba un topógrafo para analizar el terreno. Quería construir algo, o ampliar una instalación existente.

—¿Qué construcción? —pregunta Junior—. ¿Dónde?

—En el radar Duga —contesta Melnik.

Junior no reacciona de inmediato. El Duga. El «Pájaro Carpintero Ruso». La inmensa estructura de antenas soviética que se alza sobre el bosque como una cicatriz de hierro oxidado. Una instalación que no apareció en ningún informe preliminar.

—Tuve que tomar medidas del terreno y muestras de tierra para analizar composición y estabilidad. Quería saber qué tipo de cimientos se necesitaban para una excavación profunda. Subsuelo.

—¿Y qué construyeron allí?

—No lo sé. Nunca más volví. Ni siquiera sé si iniciaron la obra.

Junior procesa en silencio. El Duga está lejos del hospital: otra ubicación en la Zona. Dos instalaciones separadas. El alcance de Baranov es mayor de lo que pensaban.

—Eso fue hace diez años —dice Junior—. ¿Cuál es tu relación actual?

—Él me colocó en el Gobierno —explica Melnik— para tener ojos dentro de la Zona. Le aviso sobre reparaciones o movimientos de infraestructura. Antes de que ustedes llegaran, me contactó. Me dijo que vendrían y que debía orientarlos, sugerirles los rumores, guiarlos hacia el bosque.

—¿Por qué?

—No me da explicaciones, solo órdenes. Durante años me pedía informes de tránsito y patrullas. Pero hace seis meses, silencio total. Dejó de pedir reportes, como si ya no le importara lo que sucedía allí o ya no necesitara ocultarlo.

Junior retira el arma del cuello del hombre y da un paso atrás. Lo mantiene encañonado.

—No, por favor —suplica Melnik—. Le he dicho todo. Es la verdad. No me mate.

—Espero que así sea. Si descubro que has mentido o que has alertado a Baranov, él será el menor de tus problemas.

—Si Baranov se entera, soy hombre muerto.

—Entonces guarda silencio —responde Junior y enfunda el arma —. En cuanto tengas alguna novedad, me avisas. Ahora trabajas para mí.

Junior sale del piso y deja a Melnik pegado a la pared. La información es valiosa, pero abre más preguntas que respuestas. ¿Qué hay bajo el Duga? ¿Por qué Baranov necesitaba dos instalaciones? ¿Y por qué dejó de preocuparse por el secreto hace seis meses?

Camina por las calles vacías hasta el punto de extracción. El frío nocturno corta el aire. Revisa el reloj: las 10:47. Freddy debe estar terminando con la autopsia. Junior acelera el paso.

Tiene otro objetivo. Y la noche no ha terminado.

24

ZONA SEGURA

Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 1:00 a. m.

Avanzamos por la carretera a oscuras, exhaustos y sin haber comido desde la mañana. Salimos del complejo poco después de las once. Junior llegó al punto de extracción veinte minutos más tarde. A la medianoche, Freddy nos contactó por radio: los suministros están en camino y confirmó que mañana un equipo forense procesará el laboratorio. Las autoridades ucranianas, ante la evidencia de los cadáveres mutantes, no han podido negarse.

—El ministro ha debido dar muchas explicaciones —dice Luna, que camina a mi lado.

—Ya lo creo. Que agentes extranjeros descubran lo que sucede en su propio territorio ha debido resultarles incómodo.

—Me gustaría haber visto su cara —dice Alain.

—Miren allá —dice Peter.

Cuatro armas se alzan al unísono. Vemos luces a lo lejos: vehículos en nuestra dirección. Tras los zombis y el gas nervioso, la paranoia es nuestra única política. Los coches se detienen a cincuenta metros y aguardan. Nadie baja. Nadie se mueve. El aire nocturno trae el sonido distante de los motores al ralentí.

—Agente Roberts —dice Freddy por la frecuencia oficial—. El equipo de soporte pide permiso para aproximarse.

—Comprendido. Que se acerquen.

—Les envío equipamiento limpio. Entreguen todo lo usado para descontaminación.

Dos camionetas se detienen frente a nosotros con las luces largas encendidas. Bajan cuatro personas sin trajes de protección. Son tres hombres y una mujer. La ausencia de protección confirma lo que ya sospechábamos: hemos dejado atrás la zona caliente.

—Pueden relajarse —dice el líder en un español con marcado acento eslavo—. Aquí la radiación es baja. Cuando estén dentro del vehículo, no correrán riesgo.

Antes de que termine la frase ya nos quitamos los trajes. La claustrofobia era insoportable. Un técnico con guantes industriales recoge nuestra ropa y la mete en bolsas de riesgo biológico mientras otro mide la radiación del material. La doctora se acerca a Peter.

—Permiso —le dice y lo escanea con el detector de radiación.

Repite el proceso con Luna y Alain. Todo normal. Cuando llega a mí, frunce el ceño. El aparato emite un pitido más agudo, más insistente que con los demás.

—¿Sucede algo? —pregunto.

Mis compañeros se tensan. Peter da un paso hacia mí, instintivo.

—Usted marca niveles superiores al resto —responde la doctora —. No es crítico por el momento. ¿Se quitó el traje durante la misión?

—Se rompió.

—Eso lo explica —dice sin darle mayor importancia, aunque anota algo en su tableta. La expresión no la abandona del todo.

Nos toman muestras de sangre y orina. El proceso es rápido, mecánico, sin conversación innecesaria. Las agujas pinchan, los tubos se llenan, las etiquetas se adhieren. Nadie habla más de lo necesario. Hay algo en esa eficiencia fría y entrenada que resulta más inquietante que cualquier pregunta directa. Estos hombres saben exactamente lo que pueden encontrar en nuestra sangre, y ninguno muestra la menor sorpresa.

—El resultado preliminar es aceptable —dice la doctora, con un tono que tranquiliza a medias—. Haremos estudios más profundos mañana y enviaremos los resultados al jefe Tanaka.

Nos dejan una camioneta limpia, con equipo nuevo y comida, y parten en convoy con los residuos contaminados. El ruido de los motores se pierde en la noche hasta que el silencio del bosque vuelve a envolvernos.

—Muero de hambre —dice Peter ya dentro del vehículo.

Devoramos los sándwiches y bebemos agua en silencio. La necesidad del cuerpo se impone a todo lo demás. Durante minutos, lo único que existe es la comida, el agua, el alivio inmediato.

—Lo bueno es que no tendremos que caminar más —dice Alain y abre su segunda bolsa.

—Y dormiremos dentro de la camioneta —añade Luna—. Los asientos no son una cama, pero es un lujo comparado con el suelo del bosque.

Con el hambre resuelta y los cuerpos quietos, la mente retoma el control. Junior transmitió los datos de Melnik por radio antes de la medianoche. Trazamos el plan para mañana: radar Duga. Freddy rechazó la escolta gubernamental para evitar filtraciones; prefiere mantenernos invisibles.

—¿Qué piensan de lo de Junior? —pregunto.

—Si realizan experimentos médicos ilegales —dice Luna—, no es raro que un magnate farmacéutico esté involucrado.

—¿Crees que Baranov financió ese laboratorio? —pregunta Peter.

—Si se trata de lanzar fármacos experimentales —contesta Luna —, son capaces de cualquier cosa. Si su cliente principal es el Gobierno, comprando mejoras para soldados, es el negocio perfecto.

—¿Estás segura? —pregunto—. ¿Superhombres resistentes a la radiación?

—Si mi hipótesis sobre Wolff es correcta, no tengo duda.

—Comprendemos el papel de Baranov —digo—. Lo que no entiendo es por qué nos guio hasta allí.

—Ya lo hemos visto antes —responde Peter—. Dinero, poder o delirios de grandeza. Son capaces de traicionar a cualquiera.

—Habría que descubrir la cadena de lealtades —digo—. Baranov está traicionando a alguien o respondiendo a una traición.

—Falta saber quién es ese alguien —agrega Luna.

Un ruido gutural interrumpe el análisis. Me giro hacia el asiento trasero.

—Creo que Alain ha perdido el interés en la conversación —dice Peter.

Alain duerme con la cabeza echada hacia atrás y ronca. Luna sonríe y Peter sacude la cabeza. La tensión se disuelve en algo parecido al alivio. Por primera vez en horas, nos permitimos exhalar.

Miro por la ventanilla hacia la oscuridad del bosque. Las sombras de los árboles se recortan contra el cielo sin luna. El radar Duga nos espera mañana, otra pieza del rompecabezas que Baranov construyó en esta tierra envenenada. No sé qué encontraremos allí. Solo sé que Baranov dejó de ocultar sus actividades hace seis meses, y eso no es descuido: es una señal. Alguien abrió esa puerta a propósito, y nosotros estamos a punto de cruzarla.

Peter se acomoda en su asiento y cierra los ojos. Luna revisa su equipo una última vez antes de recostarse. El cansancio nos vence a todos.

Cierro los ojos. Unas pocas horas, eso es todo lo que necesito. Unas pocas horas de silencio y oscuridad antes de que todo vuelva a comenzar. El bosque no hace ruido. El motor tampoco. Solo el respirar lento de los demás, que ya duermen.

25

UN VIRUS PROGRAMADO

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 7:30 a. m.

Andrew observa a Vasilyev mientras el virólogo analiza las muestras de la autopsia. El médico lleva cuarenta minutos con la vista fija en el microscopio, ajusta parámetros y murmura en ucraniano. Cada tanto anota algo en su cuaderno con movimientos precisos, casi obsesivos.

La noche anterior, tras la charla con Vasilyev, Freddy presionó a los funcionarios del ministerio para que lo integraran al equipo. Fue un ultimátum sin margen de negociación.

—Necesito estar al tanto de todo lo que se descubra, al instante —dijo Freddy con voz tajante—. No estoy aquí para discutir política, sino para rescatar a la gente desaparecida.

Los funcionarios protestaron, pero Freddy les recordó que su equipo había descubierto en un solo día humanos mutantes y un laboratorio secreto, mientras ellos no habían hallado nada en meses. La discusión terminó cuando Freddy exigió los recursos necesarios. Esa misma noche se instaló el minilaboratorio para que Vasilyev estudiara las muestras. Desde entonces, Andrew permanece con él a la espera de Freddy y Junior.

El zumbido del microscopio marca el ritmo de la sala. Andrew monitorea los servidores remotos en su portátil y observa a Vasilyev de reojo. Las ojeras son profundas; no es solo cansancio, es tensión visceral. Algo personal que el médico carga sobre los hombros.

—Lo encontré —dice Vasilyev de repente.

Andrew levanta la vista. El médico tiene los ojos fijos en la pantalla, como si viera algo imposible. Las manos le tiemblan sobre el borde de la mesa.

—¿Qué sucede? —pregunta Freddy al entrar y cierra la puerta.

—Lo que buscaba —responde Vasilyev en voz baja—. Lo sabía. Es el mismo virus que mató a mi esposa.

Da un paso atrás. Andrew y Freddy intercambian una mirada. El médico se esfuerza por mantener la compostura, respira hondo y fija la vista en Freddy.

—Ayer les dije que colaboraba por cuestiones personales. Eso mató a mi esposa hace un año.

—Lamento su pérdida —dice Freddy con cautela—. Pero no entiendo la relación con los mutantes.

—Hace un año hubo un brote de una enfermedad extraña —contesta el médico, ya con tono profesional—. Se clasificó como una variedad de lupus, pero era una patología distinta. Las autoridades lo ocultaron e impidieron el estudio adecuado. Una vez que los casos disminuyeron, prohibieron investigar. Cerraron todos los archivos. Amenazaron a quienes insistimos en continuar.

—¿De qué tipo de patógeno hablamos? —pregunta Freddy y apoya las manos sobre la mesa.

—Un virus que activa una reacción autoinmune —contesta Vasilyev—. En el caso de mi mujer, produjo la disfunción completa de todos sus sistemas. Ingresó al hospital caminando por su cuenta. Una semana después no reconocía mi voz. Murió en tres semanas. Los médicos que la atendieron emitieron un diagnóstico erróneo y yo no tenía forma de demostrarlo. No pudimos hacer nada.

El médico cierra los ojos un instante y prosigue.

—En estos cadáveres, la reacción generó células tumorales en masa. Esas células reemplazaron los tejidos originales y fortalecieron

ciertas características. Lo que quedó del cerebro era casi un tumor: solo funcionaban los sistemas motrices e instintivos.

Andrew se pone de pie y se acerca al monitor.

—Entiendo que eso pueda suceder como anomalía en un órgano —interviene—. Pero que afecte a todo el organismo, que lo mantenga con vida y con capacidades físicas superiores... es imposible desde un punto de vista genético.

—Exacto. Imagínese la probabilidad de encontrar dos sujetos con las mismas mutaciones. No es azaroso. Es deliberado.

—¿Me está diciendo que alguien diseñó el virus para que hiciera eso? —pregunta Freddy con voz baja.

—Sí —responde Vasilyev—. Es un virus programado para atacar tejidos específicos. Modificado por la mano del hombre.

El médico guarda silencio y mira la pantalla. Sus dedos se crispan sobre el borde del escritorio.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Andrew.

—He ampliado el zoom al máximo —contesta el médico y señala la pantalla—. Eso no debería estar ahí.

—¿Qué es? —Freddy se inclina hacia el monitor. Entre las células hay una estructura geométrica diminuta, demasiado regular para ser orgánica.

—No lo sé —contesta el virólogo—. Pero es sintético.

Andrew reacciona. Se quita las gafas, las limpia y vuelve a ponérselas.

—Santo Dios. Yo sé qué es eso. Es una nanopartícula.

Ambos lo miran.

—Tecnología experimental —explica Andrew—. Pensé que era solo teoría. Proyectos clasificados en laboratorios militares avanzados de los que nunca se publicó nada. Nadie debería tener esto operativo todavía.

—¿Qué función tiene? —pregunta el médico.

—Son máquinas a escala molecular —responde Andrew—. Se programan para reaccionar a enzimas específicas. El objetivo teórico es atacar células tumorales sin dañar el tejido sano. Tratamientos de cáncer dirigidos. Pero esto es otra cosa.

La implicación queda clara para los tres.

—Eso explica —prosigue el médico con voz tensa— por qué algunos sistemas fueron afectados de una manera y otros no. Es la programación. Este virus no mata necesariamente: se adapta y mejora ciertas funciones del huésped según las instrucciones de las nanopartículas.

—Si se trata de programar a nivel molecular —dice Andrew y mira a Freddy—, ya sabemos qué hacía un experto en código dentro del grupo de la OMS. Y también sabemos que ese experto sigue suelto.

26

LA SEÑAL

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 7:50 a. m.

Andrew trabaja en silencio desde hace veinte minutos. Configura un programa de rastreo basado en los protocolos de Mathew Vale mientras Freddy y Junior revisan los informes de la autopsia. Vasilyev permanece junto al microscopio, absorto en las muestras. La revelación de las nanopartículas cambió todo. Ya no buscan solo un virus, sino un sistema de control.

El teléfono de Freddy vibra sobre la mesa metálica. Al mirar la pantalla, ve el número del ministerio. Atiende mientras sus compañeros lo observan. Su expresión se endurece a medida que escucha. Al colgar, guarda el terminal en silencio.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Junior.

—Me acaban de avisar de un brote de una enfermedad desconocida en Polonia. ¿Creen que esté relacionado?

Vasilyev da un paso adelante.

—Necesito una muestra viva —dice—. Si aislamos el virus, sabremos cómo actúa, qué factores lo activan y cuál es su tiempo de reacción real. Con tejidos muertos, estamos a ciegas.

—Un momento —interviene Junior—. Si esta cosa decide qué órgano atacar, ¿podría también discriminar objetivos humanos

específicos?

La pregunta queda suspendida en el aire. Vasilyev asimila la implicación.

—No lo había considerado, pero es posible. Determinadas características genéticas, niveles de glucosa o incluso la secreción de adrenalina podrían actuar como disparadores biológicos. ¿No es lo que dijiste, Andrew? ¿Que las nanopartículas reaccionan a factores orgánicos?

—Sí —contesta Andrew sin dejar de teclear—. Pero no solo a factores biológicos.

—¿A qué más? —Freddy anticipa la complicación.

—Podrían reaccionar a radiofrecuencias, rayos gamma o radiación ionizante.

—Radiación —repite el virólogo—. Chernóbil es el laboratorio de campo perfecto.

—Para activar el virus en objetivos específicos se requeriría una combinación de factores internos y externos —prosigue Andrew—. Muy precisa.

—¿Las nanopartículas tienen esa capacidad de procesamiento? —pregunta Vasilyev.

—No solas. Necesitan un procesador central externo. Es en lo que trabajaba Mathew Vale. ¿Recuerdan la IA Cenizas? Se manejaba por programación avanzada. El objetivo de Vale era acelerar la transmisión de datos. Si estas nanopartículas responden a una frecuencia de ese tipo, pueden ser dirigidas en tiempo real.

—Consigan las muestras —ordena Freddy—. Andrew, comprueba si tu teoría se sostiene con los virus inactivos.

—Ya lo intento. —Andrew gira la silla hacia ellos—. Uso el simulador que detecta frecuencias especiales con base en los protocolos de Vale. No puedo controlar las partículas, pero sí rastrear su actividad. Lo he dejado activo. Si un infectado entra en el radio de alcance, el sistema saltará.

Junior señala el monitor.

—¿Te refieres a ese aviso?

—¿Qué? —Andrew se da la vuelta. Una ventana parpadea en rojo con un pitido rítmico—. Sí, exactamente ese. Pero no hay nadie aquí.

—Tal vez las muestras de los mutantes... —aventura Freddy.

—No. La señal no es local. —Andrew teclea—. Viene de fuera.

—¿Puedes detectar un infectado a gran distancia? —pregunta el médico.

—Imposible. Las partículas no emiten con tanta potencia. Pero un procesador central sí. Esto no es un enfermo; es el origen de la señal que los dirige.

—¿Coordenadas? —exige Freddy.

Andrew palidece al triangular la posición en el mapa.

—Radar Duga. Debo llamar a Ainara.

Zona de Exclusión, Ucrania

Domingo, 8 de marzo, 8:00 a. m.

La luz del día me despierta antes de las siete. El golpe de ayer me pasa factura y dormir en la butaca no ayuda. Salgo del vehículo para estirarme; el resto se despierta al momento. Respiro hondo el aire de la Zona. Necesito sentirme operativa antes de que Freddy nos dé los resultados de los análisis. Si he inhalado algo o la radiación ya corre por mi sangre, me preocuparé más tarde.

Desayunamos raciones básicas y arrancamos hacia el radar Duga. No tardamos en verlo.

—¿Es aquello? —pregunta Luna.

Tras una curva, la estructura de acero oxidado se alza contra el cielo gris. Una mole inmensa que hace parecer pequeños a los árboles. Incluso a esta distancia, la sensación de contemplar algo fuera de escala humana es difícil de sacudir.

—Sí —responde Peter—. Es el «Pájaro Carpintero Ruso».

—¿Su función? —pregunta Luna.

—Guerra Fría —explica Peter—. Un sistema de detección temprana de misiles balísticos que emitía una interferencia detectable en todo el mundo. Tras la caída de la Unión Soviética quedó abandonado.

—Historias de fantasmas, radiación y ahora esto —dice Alain—. Espero que se acaben las sorpresas.

—Yo también —digo, y pienso en el desgarro de mi traje.

Llegamos al predio. Las dimensiones son abrumadoras: setecientos metros de largo por ciento cincuenta de alto. El área está cubierta de maleza y construcciones auxiliares en ruinas. Estructuras de hormigón se desmoronan bajo décadas de abandono.

—Bajemos aquí.

Detenemos la camioneta. El Gobierno cerró el acceso tras las desapariciones; estamos solos.

—¿Es seguro? —pregunta Alain.

—La radiación aquí es menor que en Prípiat —le contesta Luna—. El problema de la contaminación radica en su carácter aleatorio.

Alain va a la parte trasera y baja los detectores de radiación. Nos los ajustamos por seguridad y comenzamos el reconocimiento. El lugar parece inerte; el barro de ayer no tiene huellas recientes.

—Aquí no hay nada —dice Alain tras unos minutos.

Me detengo en seco.

—¿Qué pasa, Ainara? —pregunta Peter.

—No lo sé. Iba a sugerir volver al vehículo, pero he tenido una sensación.

—¿Te encuentras bien? —Peter intenta tocarme la frente.

—Basta. —Le aparto la mano—. No soy una niña.

—¿Qué es entonces? —insiste.

Señalo hacia la linde del bosque, donde la estructura metálica proyecta su sombra.

—Allí. Siento que hay algo allí.

Alain y Peter sacan las armas en un movimiento coordinado.

—Mierda, Ainara —susurra Alain—. Me estás asustando.

La voz de Andrew llega por los auriculares con urgencia.

—Tengo algo para ustedes.

—¡Maldición, Andrew! —exclama Alain—. Casi me das un infarto.

—Andrew, dinos —le digo.

—He detectado una señal originada cerca de su posición. Es una frecuencia de procesamiento de alta gama.

—¿Ubicación exacta? —pregunto.

—Envío coordenadas al terminal de Peter. Quien emite tiene una infraestructura informática considerable. Revisen los edificios.

Peter consulta la pantalla y mira hacia donde yo había señalado.

—Andrew nos envía al mismo lugar que tú, Ainara.

27

DOBLE FONDO

Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 8:20 a. m.

—¿Qué tipo de señal? —pregunta Peter y me mira de reojo—. ¿Puede afectarnos?

Entiendo la pregunta. Peter conecta la señal con mi intuición en el bosque.

—No —responde Andrew por el auricular—. Es una señal de radio cifrada. Indetectable para el organismo, invisible para equipos convencionales.

—Vayamos entonces —ordeno—. Andrew, mantente atento.

—Ainara. —La voz de Freddy interrumpe la frecuencia—. Novedades de la autopsia. Los cadáveres portan un virus modificado. Puede estar programado para atacar órganos específicos o perfiles genéticos concretos.

—¿Virus programados? —Alain resopla—. ¿Qué sigue? ¿Vampiros?

—Eso es más peligroso que la radiación —dice Luna, y calla de inmediato al recordar mi exposición.

Avanzamos por el bosque con las armas listas. La maleza es densa y los árboles rojizos facilitan el camuflaje; cualquier sombra

entre los troncos es una amenaza posible. Peter va adelante. Yo cubro el flanco izquierdo. Luna el derecho. Alain cierra.

—Andrew dijo que había tecnología considerable —susurra Alain —, pero aquí solo hay árboles.

—La señal salió de algún lado —digo—. Busquen anomalías.

—Coordenadas confirmadas. —Peter verifica su terminal—. Estamos sobre el punto de origen.

—Andrew —llamo—. No hay nada a la vista.

—Si no hay instalaciones en superficie —responde Andrew—, busquen antenas camufladas.

Nos dispersamos y mantenemos contacto visual. El bosque parece uniforme hasta que me detengo frente a un árbol seco.

—¿Por qué es este el único árbol muerto en el sector? —pregunto.

—No es el único —señala Alain unos pasos más adelante—. Hay otro ahí.

—Y otro más atrás —añade Luna.

Observo la disposición. Los tres árboles están alineados con precisión matemática. Camino hacia el que indicó Luna y localizo un cuarto ejemplar que sigue la trayectoria.

—Cuatro árboles secos en línea recta —digo—. Luna, ¿diagnóstico?

—Estadísticamente improbable —responde—. Es un patrón artificial.

—Voy a subir —dice Alain y enfunda el arma.

Trepa por el tronco pelado. La madera muerta cruje bajo su peso. Se estira hacia el centro de la copa.

—Lo tengo —anuncia—. El tronco es hueco. Tiene un tubo metálico en el centro con una tapa. Es un conducto de ventilación camuflado.

—El geógrafo —digo—. Baranov lo contrató para mediciones de suelo y cimientos.

—Instalaciones subterráneas —concluye Luna—. La tecnología que detectó Andrew está bajo nuestros pies.

Alain cae al suelo y levanta una nube de polvo.

—Hacia el radar Duga hay al menos dos más —informa—. La línea de ventilación lleva directo a las construcciones.

—Vamos.

Seguimos el rastro de árboles muertos hasta salir a campo abierto, frente a uno de los edificios administrativos auxiliares del radar que revisamos al llegar.

—Tiene que ser ahí —dice Peter.

Entramos con las armas en alto. La puerta cede sin resistencia. Son oficinas administrativas vacías, saqueadas hace décadas y cubiertas de polvo. Recorremos cada sala y buscamos trampillas, desniveles o accesos ocultos en el suelo, pero el hormigón parece sólido en todas partes.

Salimos diez minutos después, sin nada.

—¿Y ahora qué? —pregunta Peter.

—Revisemos el perímetro exterior —digo—. Quizás la entrada esté oculta en la maleza trasera.

Rodeamos el edificio, pero Luna se detiene y camina en dirección contraria, se aleja del grupo para ganar perspectiva.

—¿Luna? —la llamo.

—Esperen.

Se queda inmóvil, examina la fachada lateral y cuenta las ventanas con la mirada.

—¿Todas las salas del interior tenían ventanas? —pregunta sin apartar la vista del muro.

—Sí —afirmamos.

—¿Y recorrimos todo el espacio interior?

—De punta a punta —responde Peter.

—Entonces —dice Luna, y señala el extremo posterior de la estructura—, ¿dónde está la habitación de las ventanas tapiadas?

Seguimos su dedo. En la parte trasera del edificio, una sección de la pared tiene cuatro ventanas cegadas, toscas, hechas con ladrillos. El mortero es visiblemente más reciente que el hormigón soviético original. Alguien las tapió después de construido el edificio, y no hace demasiado tiempo.

—Dentro no había ninguna pared ciega —digo. El dato encaja con un golpe seco: todo el tiempo estuvimos a metros de lo que

buscábamos.

—Han levantado un muro interior falso —concluye Peter, y recorre con la vista la línea de ladrillos—. Ese edificio tiene un doble fondo.

28

UNA ESPECIE SUPERIOR

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 9:00 a. m.

Me acerco a las ventanas selladas y las toco. El trabajo es tosco, hecho para que no llame la atención en un edificio abandonado, no para durar.

—Si el edificio tiene un ala secreta —dice Peter, que también se acercó a la pared—, no se puede acceder desde adentro. Me encargué de revisar que no hubiera ninguna entrada oculta.

—Entonces tiene que estar acá afuera —dice Alain, y camina hacia la parte trasera del edificio.

Lo seguimos. Rodeamos la construcción hasta llegar a un portón grande de hierro, del tamaño suficiente para que entre un camión. Está oxidado, acorde al entorno. Lo estudio: no tiene cerraduras ni ningún sistema visible para cerrarlo. Me acerco, tiro de él, lo empujo. No se mueve. Peter se pone en cuclillas a mi lado y pasa la mano por el suelo, justo contra el portón.

—Aquí debería haber tierra y hojas secas acumuladas —dice, y se endereza—. Como las que hay contra las paredes.

Miro la pared y compruebo que tiene razón. A diferencia del portón, está llena de basura acumulada. Hay años de hojas, polvo y ramas pegadas al hormigón. El portón, en cambio, tiene el suelo

limpio, como si algo lo hubiera barrido al abrirse. Peter empieza a mirar a los lados y apunta con su arma. Nosotros también nos ponemos en alerta.

—Parece abandonado, pero no lo está —dice—. Esta puerta se abrió hace poco.

Mira el piso y lo frota con el pie.

—Mira esto.

Me arrimo. Se ve con claridad la huella de una motocicleta. Pueden ser los mismos del bosque.

—Freddy, ¿estás? —pregunto por el intercomunicador.

—Sí, Ainara, dime.

—Encontramos una base secreta. Un edificio que debería estar abandonado y no lo está. Estate atento. Si aviso, envía refuerzos.

—Comprendido. Dejo el canal abierto.

—Guarden sus armas —dice Alain de pronto, en voz baja—. Nos están observando. Hagamos como que desistimos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—No la busquen —responde—, pero hay una cámara en los árboles.

—Okey. ¿Escuchaste, Freddy?

—Sí, continúo aquí.

—Vamos —les digo a Peter y Luna.

Todos comprenden y guardan las armas. Volvemos a rodear el edificio, pero Alain se aparta en silencio y entra al bosque.

—Sigan despacio hacia el coche —indica por el intercomunicador —. En cuanto desactive la cámara, vengan rápido.

Caminamos hacia el vehículo sin prisa. Nos detenemos para hablar como si nada hubiera pasado. El bosque está en silencio, pero sé que alguien nos observa. El instinto de correr es fuerte; lo controlo.

—Si hay gente ahí adentro —digo—, en cuanto se apague la cámara habrá movimiento. Hay que actuar sin demora. No habrá tiempo para planes elaborados.

—Vengan ahora —dice Alain—. Cámara fuera de servicio.

Corremos hacia la entrada. Al llegar, vemos a Alain bajarse de un árbol.

—Hoy me tocó hacer de Tarzán —dice.

—¿Cómo abrimos esto? —pregunta Peter y examina el portón—. No parece que se pueda desde afuera.

Un ruido metálico responde por nosotros. La puerta comienza a abrirse, corre lateral hacia un costado. Ya no hay que abrirla; hay que atajar lo que salga. Nos apartamos a ambos lados con las armas listas. No sabemos si vendrán motos, mercenarios o mutantes. El sonido del metal sigue.

Salen dos hombres con ametralladoras. No les damos tiempo a nada: les caemos encima con las armas apuntando a sus cabezas.

—No se muevan.

Los hombres levantan las manos. Me relajo un poco. Si hubieran salido mutantes, no habría sido tan sencillo.

—Esto me gusta más —dice Peter, y les quita las ametralladoras. Le da una a Alain—. ¿Cuánta gente hay allá adentro?

Los hombres responden en ucraniano.

—No te hagas —le dice Alain a uno de ellos, y aprieta el arma contra su cuello—. Habla en español.

Vuelven a responder en ucraniano.

—Matemos a uno y el otro aprenderá enseguida —dice Peter para asustarlos, y saca un cuchillo pequeño que apoya en el cuello del hombre.

El hombre sigue hablando en ucraniano. No cede.

—Por sus gestos entiendo que no nos entienden —dice Luna, y saca precintos de una cartuchera del cinturón, preparada para cualquier cosa—. No perdamos tiempo con ellos.

Les ata las manos y se los lleva con Alain hacia los árboles. Peter y yo entramos y estudiamos el lugar. Hay una rampa que desciende al subsuelo. A un lado, junto a la pared, hay una mesa con dos sillas. Sobre ella, una pantalla que mostraba la imagen de la cámara que anulamos y un control electrónico para la puerta. Los guardias salieron en cuanto la señal desapareció. Exactamente lo que esperábamos.

—Estos salieron a ver qué pasaba —dice Peter y señala la rampa —, pero habrán avisado a los de abajo. Pronto vendrán más.

Llegan Luna y Alain y muestran unos radios de los que salen voces en ucraniano.

—Mejor que nos preparemos —dice Alain—. Imagino que ya comienza la recepción.

Cuando Alain habla de fiesta, se refiere a otra cosa. No hay que esperar demasiado. Escuchamos ruidos en la rampa y pronto vemos hombres armados que suben. Esta vez no los sorprendemos: ellos ya saben que estamos aquí y nos disparan en cuanto nos ven. Devolvemos el fuego. Frente a frente, sin dónde cubrirse. Alain y Peter los barren con las ametralladoras nuevas. Los agresores responden con escopetas y pistolas. El intercambio dura segundos, pero parece más largo. Cuatro caen. Siento un aguijón en el hombro izquierdo. Me dieron. Los dos que quedan en pie, al ver a sus compañeros en el suelo, corren hacia adentro por el giro de la rampa y los perdemos de vista.

—¿Estás bien, Ainara? —pregunta Peter.

Me quito la chaqueta y reviso la herida. Un surco rojo en el costado del hombro izquierdo. Sangra, pero no es profundo.

—Sí. La bala solo me rozó.

—Aguarda —dice Luna, y saca un frasco y un sobre con apósitos de su cinto—. Solo una cura rápida.

Echa desinfectante sobre la herida. El frío del líquido contrasta con el ardor. Me aplica el apósito y lo fija con cinta. Me vuelvo a poner la chaqueta y bajamos la rampa. Pasamos junto a los cuerpos. Ninguno lleva protección contra la radiación; eso es bueno. Significa que no esperaban encontrar nada contaminado aquí abajo, o que ya llevan suficiente tiempo en la instalación como para saber que el nivel es tolerable. La instalación es antigua. Las paredes tienen el mismo hormigón gris de los búnkeres soviéticos, con tuberías expuestas y cables metálicos que recorren el techo. Estoy segura de que, en la época en que funcionaba el radar, este lugar servía también para cosas que no figuraban en ningún registro. La diferencia con el hospital de Prípiat es que aquí no hubo abandono: alguien siguió usando esto. Por suerte, está iluminada.

—¿Qué opinas? —me pregunta Peter.

—Que aún no hemos visto nada. Nos cruzamos con unos pocos soldados, ningún jefe. Nos están esperando más adelante.

—Cómo me gustaría escuchar alguna vez una buena noticia —dice Alain.

—Lo bueno es que solo nos atacan humanos —dice Peter—. ¿Te parece poco?

—Tiene razón —dice Luna—. Hasta ahora nos enfrentamos a mercenarios comunes. Nada de mutantes ni supersoldados. Tal vez estemos interrumpiendo sus experimentos antes de que alcancen su meta. Esa es una buena noticia.

Creo que todos quedamos marcados por los mutantes del bosque y esperamos que reaparezcan a cada paso. Es bueno no encontrar nada extraño. Sin embargo, es raro que no hayan mandado ya otra tanda de hombres a atacarnos. Eso no puede ser tan bueno entonces.

—Miren esto —dice Alain, y se acerca a un corredor lateral—. Esta construcción parece más moderna.

—Es verdad —confirma Peter, y toca la pared—. El hormigón es diferente, más liso. No sé si remodelaron lo anterior o construyeron algo completamente nuevo debajo. Deberíamos revisar por aquí.

—Bien. —Miro hacia el otro lado—. Freddy, ¿sigues ahí?

Silencio. Espero unos segundos y lo intento de nuevo. Nada.

—Creo que otra vez estamos sin señal —dice Peter—. Ahora pienso que tienen algún inhibidor instalado. Lo activaron cuando supieron que estábamos aquí.

—Quería pedirle que mandara refuerzos —digo—. Esto puede complicarse.

La cantidad de hombres que enfrentamos indica que aquí pasa algo más que en el hospital de Prípiat.

—Sigamos —dice Alain—. Aunque Freddy pudiera mandar refuerzos, tardarían en llegar. Prefiero entrar a buscarlos antes que esperar a que vengan por mí.

La rampa desemboca en una sala amplia. Un estacionamiento con un solo vehículo: un camión de transporte de tropas. Para mover material pesado o personal numeroso, es suficiente. Pero para los que mandan debería haber algo más discreto, algo que no llame la

atención si sale a la superficie. No hay nada de eso. Eso me hace pensar que los líderes ya no están aquí, que salieron antes de que llegáramos. Hay dos túneles que salen de la sala: el que parece nuevo y otro tan viejo como el resto del lugar. No quiero que nos separemos. Revisaremos primero el corredor más nuevo.

—¿Qué crees, Luna? —pregunto.

—Creo que para esto contrató Baranov a Melnik —contesta—. Querían construir algo más acá abajo. Tal vez lo que vimos en el hospital de Prípiat sea apenas uno de sus laboratorios.

—A juzgar por los ductos de ventilación en el bosque —agrega Peter—, esta instalación es mucho más grande que la de Prípiat.

Llegamos a una puerta. Miramos por el cristal hacia adentro.

—No puede ser —dice Luna, y sin esperarnos, la abre.

Entramos tras ella. Camina directo hacia uno de cuatro cilindros iguales a los que vimos en el hospital. Estos están en perfectas condiciones y con cuatro niños dentro. Estamos en un laboratorio más grande. Igual al de Prípiat, pero con más aparatos, más pantallas, más cables, y en pleno funcionamiento. El sitio parece usado hace pocas horas: hay vasos con líquido sobre las mesas, sillas corridas, una tableta encendida con datos en ucraniano. No hay cubículo cerrado por un vidrio, pero sí una puerta junto a los cilindros. Me acerco a Luna, que está inmóvil frente a uno de ellos.

—¿Qué tiene este de especial? —le pregunto.

—Lo reconocí de inmediato —contesta—, pero es imposible.

—¿Qué cosa? —pregunta Peter.

—Al niño que está en la cámara de incubación ya lo conozco. Hice un perfil sobre él hace más de una década. Era uno de los sujetos de prueba de Emilia Wolff. Esto fue lo último que hice para ella, por eso renuncié al proyecto.

—¿Dices que este niño no ha crecido desde entonces? —pregunta Peter, y trata de comprender lo que eso significa.

—Yo creo que eso ni siquiera es un niño —dice Alain.

—No están creando un arma —digo, y trato de ordenar lo que veo—. Están jugando a ser Dios. Están creando una especie superior.

—Sí —dice Peter—. Una especie que no envejezca, que sea resistente a la radiación y cuyo organismo se regenere casi de forma instantánea, como dijo Andrew que les sucedió a los mutantes.

El niño abre los ojos dentro del tanque y mira directo a Luna. Todos damos un paso atrás. Alain le apunta con su arma. El niño empieza a hablar, sumergido en el líquido verde. Un altavoz nos permite escucharlo, pero no entendemos.

—Habla en un idioma que no reconozco —dice Peter.

—No en un idioma —lo corrige Alain—. Miren allá.

Luna se queda inmóvil frente al niño. Nosotros nos acercamos a una pantalla que convierte lo que habla en texto. Arriba aparece el indicador: cantidad de idiomas: tres.

—¿Cantidad de idiomas? —pregunta Alain, asombrado.

El niño hace silencio. El sistema trabaja, selecciona palabras del texto total y las agrupa en tres columnas: chino, zulú y navajo. Luego aparece un cartel que anuncia una traducción. Leo en voz alta lo que dice en español:

«Luna, Wolff cree que la evolución necesita libertad, no regulación estatal. ¿Crees que esto sea libertad?»

29

EL PRIMER ÉXITO

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 9:30 a. m.

El niño la reconoció. Luna está pálida y nosotros no sabemos qué decir. Ella apoya su mano contra la cámara de incubación.

—Nunca quise esto —le dice Luna al niño dentro del cilindro—. Te sacaré de aquí.

Otra vez se escucha la voz del niño en un lenguaje extraño y el ordenador lo procesa. Leo en voz alta.

—Cantidad de idiomas, tres —digo—. Suajili, guaraní y telugu.

Y aquí viene la traducción.

—Sé que te opusiste, pero para mí ya es tarde. Debes salir, es una trampa.

Apenas termino de leer, escucho el mismo pitido de alarma que oí en el hospital cuando fue detonado. Miro a Peter.

—Salgamos ya —digo, y echo a andar hacia la puerta.

Al llegar, noto que Peter y Alain están junto a mí, pero Luna no.

—Esperen —les pido.

La busco. Sigue de pie junto al cilindro con la mano apoyada en el vidrio.

—Vamos, Luna —le grito, y escucho una explosión.

Me tambaleo y me aferro a Alain. El techo se nos viene encima. Peter me jala hacia él cuando un escombro cae a mi lado. Busco a Luna en la nube de polvo que se levanta. No la encuentro.

—¡Luna! —grito.

—Estoy aquí —contesta, y escucho caer más escombros.

No la veo. El techo se ha caído entre nosotros y la separó.

—Te sacaremos —dice Peter.

—No hay forma —contesta ella—. El camino hacia ustedes está bloqueado. Aquí tengo otra puerta, lo intentaré por allí.

—¡Luna! —le vuelvo a gritar.

—Me voy —responde—. Hagan lo mismo antes de que los alcance el humo.

La escucho abrir la puerta al otro lado del derrumbe y cerrarla tras de sí. No nos dejó alternativa. Otro estruendo anuncia que el laboratorio se vendrá abajo por completo.

—Vamos —me dice Alain.

Los dos me sujetan de los brazos y me llevan hacia afuera. La puerta sigue en buen estado, así que también la cerramos. No sé cuánto contendrá el veneno, pero espero que nos dé más tiempo. Avanzamos y miro hacia el borde de la puerta. Pronto el humo verde se filtra por debajo.

—Mierda —exclama Alain—. Debemos irnos rápido.

Esta vez les hago caso y corremos, lejos del humo. Llegamos a la parte vieja de los túneles.

—¿Qué hacemos? —pregunta Peter—. ¿Nos adentramos en los corredores o salimos a la superficie?

El humo verde ya asoma por el túnel que dejamos atrás. No podemos saber si los otros corredores también están comprometidos.

—No tenemos alternativa —les digo—. Vamos hacia arriba.

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 9:35 a. m.

Luna le echó un último vistazo al niño dentro de la cámara. El niño cerró los ojos. Ella fue hacia un costado de los cilindros y abrió la puerta lateral, que daba a otro corredor. Cerró la puerta tras de sí y escuchó otra explosión. No tenía muchas opciones: el pasillo iba en un solo sentido. Caminó rápido. La luz parpadeó. El derrumbe debía haber afectado la electricidad, y podía cortarse en cualquier momento. Esperaba que no sucediera eso hasta que encontrara la salida.

Llegó a una puerta. La abrió y vio una oficina vacía.

—Por aquí no hay nada —dijo, y miró hacia el corredor que dejaba atrás.

El humo verde avanzaba hacia ella. Dejó esa oficina y corrió. Encontró otra puerta: un baño. Siguió. Esperaba que todo ese recorrido no fuera en vano, que hubiera una salida al final. Encontró una puerta más. Accionó el picaporte y al otro lado había una escalera ascendente.

Subió hasta llegar a un pequeño cubículo de concreto con una puerta que daba al exterior.

—Ahora sí —dijo.

Abrió la puerta y se quedó paralizada. Una camioneta negra estaba detenida afuera. Dos hombres armados la apuntaron en cuanto la vieron. Luna no supo si sacar su arma o alzar las manos. Mientras lo decidía, la puerta de la camioneta se abrió y alguien bajó. La reconoció de inmediato. Era la doctora Emilia Wolff.

—Luna, querida —dijo Wolff, como si estuviera feliz de verla—. Qué momento incómodo para encontrarte después de tanto tiempo.

Luna no le respondió. Solo la miró. Aún no sabía qué esperar.

—Me sorprendí mucho cuando apareciste en el hospital de Prípiat —continuó la doctora—. Realmente me hiciste dudar sobre lo que debía hacer.

Luna siguió en silencio. Pensaba en cómo aprovechar ese encuentro para obtener información y, al mismo tiempo, retener a Wolff hasta que Ainara y los demás la encontraran.

—Disculpa que no te llevemos con nosotros, pero no estoy segura de si el antígeno verde te infectó o no —prosiguió Wolff—. ¿No has sentido nada extraño?

Luna no respondió.

—Bueno —prosiguió la doctora—. El mutismo no debería ser una consecuencia del antígeno, pero a cada uno le afecta de forma distinta.

—No estoy muda —contestó Luna—. Solo trato de entender por qué haces esto.

—¿Cómo que aún no lo entiendes? —preguntó Wolff, con un gesto de ofensa.

Dio un paso adelante y se detuvo entre los dos hombres armados.

—Lo hago por el mismo motivo que antes —explicó—. La naturaleza es muy lenta; la evolución toma milenios para hacer su trabajo, y yo no tengo tanto tiempo. Debo ayudarla.

—¿Matando, torturando y deformando gente?

—No —contestó Wolff—. Pero siempre hay daños colaterales; así es como funciona la evolución. Es el método de supervivencia del más apto. Los que sobreviven regirán el futuro. Los que mueren anuncian la extinción de una especie que ya hace tanto tiempo que no evoluciona. Mira a tu amiga, por ejemplo: ella sobrevivió al antígeno y este ya ha comenzado a actuar. Es una de las sobrevivientes.

—¿Ainara? —preguntó Luna—. ¿Qué le has hecho?

—Solo le otorgué un don —contestó Wolff—. Le di la oportunidad de ser mucho más que un humano. Mis alarmas sonaron cuando entró a la ciudad y el sistema que estudia el proceso evolutivo de mis experimentos reaccionó. Así es como evalúo el avance de los sujetos en los cilindros: una inteligencia artificial que los escanea de manera constante y los estimula para continuar con la investigación. En cuanto Ainara entró en su radio de acción, el sistema enloqueció y le envió una señal. Te admito que me sorprendió. He visto muchas cosas, pero no que un sistema así pueda conectarse con alguien a distancia. Eso es nuevo. ¿Ainara tuvo alguna reacción?

Luna pensó en su compañera. Recordó que había sentido la señal y sabía hacia dónde dirigirse antes de que Andrew los llamara.

—¿Qué le pasará? —preguntó, sin responder lo que Wolff le había preguntado.

—Es imposible saberlo —respondió Wolff—. Las nanopartículas del antígeno se ajustan al huésped y se activan con los cambios hormonales. Tal vez cuando el estrés aumente y segregue adrenalina, el antígeno decida matarla o convertirla en un tumor. Eso es lo que ha pasado en la mayoría de los sujetos de prueba: manifiestan alguna mejora en su rendimiento al principio y luego, cuando la situación se complica, las nanopartículas se activan y hacen cualquier cosa. En lugar de adaptarse al huésped y potenciarlo, que es el objetivo, atacan lo que consideran fallado. También podría iniciar en ella algún proceso metabólico más específico. Es distinto en cada sujeto.

—Ainara no es un sujeto de prueba —protestó Luna—. No es un ejemplar.

—Doctora. —La voz de un hombre llegó desde la camioneta—. Debemos irnos.

Luna miró hacia la ventanilla y se sorprendió. Era Howard Jellicot. El psiquiatra también la miró y negó con la cabeza.

—Siempre del lado equivocado, Luna —dijo Jellicot—. No tenemos tiempo para ti. Doctora.

—Sí, vamos —contestó Wolff, y volvió a entrar a la camioneta.

Luna dio un paso adelante, pero los dos hombres la enfrentaron con sus armas y ella se detuvo.

Antes de cerrar la puerta, Wolff la miró una vez más.

—Espero que te hayas infectado —dijo—. El antígeno ya está listo para soltarse de forma masiva y eso está por suceder. Sería poético que fueras el primer éxito.

—¿Qué sería un éxito? —preguntó Luna, con la intención de obtener más información.

La doctora no contestó. Sonrió y cerró la puerta. Los dos hombres entraron a otro vehículo estacionado detrás. Arrancaron y se marcharon. Luna se quedó sola frente al cubículo de concreto. Los vehículos desaparecieron entre los árboles y el silencio volvió al bosque.

Tenía que encontrar a Ainara. Y tenía que decidir qué contarle.

30

TODO SE CONFIRMA

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 9:30 a. m. (simultáneo)

Durante la noche, hubo que hacer modificaciones en la base. El pequeño laboratorio que instalaron horas antes para Vasilyev ahora está cerrado en una especie de carpa de plástico. Para manejar la radiación en bajas dosis no era necesario, pero al encontrar un virus las cosas cambiaron. Fue necesario modificar las medidas de seguridad sanitaria. La radiación no se contagia; el virus sí. El que descubrieron en los mutantes estaba corrompido y ya no contagiaba, pero ahora estudiaban los trajes que les enviaron en bolsas selladas desde la Zona de Exclusión. El virólogo revisó los cuatro trajes y solo encontró algo en el interior de la ropa de Ainara. Recogió la muestra y la estudia con sus instrumentos. La amplía en el microscopio electrónico y Andrew, que está fuera de la carpa sellada, la puede ver en su ordenador.

—Es básicamente el mismo virus —dice Vasilyev—. Habría que hacer un estudio genético para ver en cuánto varía del de los mutantes.

—Veo que también tiene nanopartículas —responde Andrew—. Se ven algo distintas a las anteriores; creo que es un diseño más elaborado. Me parece conocido.

—Este virus es al menos diez años más nuevo que el anterior —continúa el médico—. Los resultados de los estudios de los mutantes indicaron que el virus había muerto hacía diez años. En realidad, eso es solo una forma de hablar, ya que los virus no están ni vivos ni muertos. Pero en el caso de los mutantes, el código genético del virus se había destruido hacía años. Es probable que las propias mutaciones, al ser tan aceleradas, hayan generado un calor corporal que un ser humano normal no habría resistido. Tenemos esto en común con los virus: las altas temperaturas nos destruyen.

—Espera un poco —dice Andrew, con una señal de alarma en la voz, cuando nota que ha dejado pasar algo importante—. Dijiste que había virus activos en la ropa de la agente Roberts. ¿Está ella infectada?

—Quizás —responde el médico—. Hasta que no tengamos los resultados de las muestras tomadas, no podremos corroborarlo.

Andrew deja el monitor y va a hablar con Freddy, que, por lo que sabía, estaba en contacto con Ainara.

—Ainara puede estar infectada con el mismo virus que transformó a los mutantes —suelta Andrew sin rodeos—. Avísale que debe volver a hacerse exámenes.

—Maldición —protesta Freddy—. Acabo de perder el contacto. Ella no acusó sentirse mal.

—No sabemos cómo funciona el virus —responde Andrew—. Por lo que me ha explicado Vasilyev, puede permanecer latente por años, hasta que algo lo active.

—Las nanopartículas —dice Freddy.

—Exacto —confirma Andrew—. Y ahora que vi las nuevas muestras, estoy convencido de que lo entiendo un poco más. Estas tienen una estructura que creo reconocer.

—¿A qué te refieres? —pregunta Freddy.

—Siguen los patrones de la IA Cenizas —contesta Andrew—. ¿Recuerdas al topo que robó los códigos de ese proyecto del FBI?

—Sí —responde Freddy—. No me gustaría recordarlo, pero sí.

—Creo que usaron esos mismos códigos en las nanopartículas nuevas —explica Andrew.

—Fue el Anillo quien infiltró al topo —prosigue Freddy—. Lo cual significa que es el Anillo quien usó esa tecnología para crear este virus.

—¿Descubriste algo de Emilia Wolff? —pregunta Junior, y cambia de tema de golpe.

—No, nada —responde Freddy—. Es como si nunca hubiera existido.

—Esas desapariciones de expedientes las suele hacer también el Anillo —continúa Junior—. El Anillo roba los códigos, se los da a Wolff, ella mejora las nanopartículas para que no conviertan al huésped en un monstruo y empieza a probar la nueva versión del virus.

—Y si funciona —agrega Andrew—, el magnate de las farmacéuticas se hace más poderoso aún. Ya dijeron que está relacionado con el Anillo por sus empresas.

—Tal vez esa era la idea —dice Junior—. Pero según lo que investigué, Baranov venía e invertía en supuestas investigaciones contra la radiación desde hacía años. Es decir, usaba eso de pantalla para asignar recursos para el virus, pero hace seis meses dejó de invertir en eso.

—Eso confirmaría que hubo una ruptura entre él y la doctora Wolff —dice Freddy—. Ella trabaja por su cuenta.

—Sí —confirma Junior—. Nos enfrentamos a una célula rebelde del Anillo. Hay que avisarle a Ainara ya mismo.

—Ojalá pudiera —dice Freddy, y se siente impotente—. Espero que estén bien.

Él siempre trabaja en paralelo con Ainara: colabora desde la legalidad del FBI y no codo a codo en las misiones. Esta vez siente que debería estar a su lado. Después de todo, fue a él a quien convocó el Gobierno para este trabajo. Si algo le llegara a suceder a su amiga, nunca se lo perdonaría.

Entonces suena una voz en el intercomunicador.

—Ainara, Freddy. —Es Luna—. ¿Están ahí?

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 9:40 a. m.

Escuchar la voz de Luna es lo mejor que me podía pasar en este momento. Estaba preocupada. Las explosiones, ella encerrada; seguro encontró otra salida.

—Sí, Luna, te escucho —le respondo—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Estoy bien —me contesta—. En el bosque. No sé dónde, pero no puedo estar muy lejos.

—Escuchamos ruidos de motores —le digo—. ¿Eso sucedió cerca de donde estás?

—Sí —contesta—. Fue aquí. Dos vehículos se acaban de marchar.

—Okey —le digo—. Quédate ahí. Ya vamos.

Caminamos hacia donde escuchamos los motores. Es al otro lado del edificio. Estaba segura de que el camión que encontramos en el estacionamiento no podía ser el único vehículo del lugar. Veo entre los árboles una pequeña construcción.

—Debe ser por ahí —dice Peter.

—¿Están todos bien? —escucho a Freddy por el intercomunicador —. ¿Qué sucedió?

—Era otro laboratorio —le contesto al mismo momento que veo a Luna haciéndonos señas—. Mucho más grande que el anterior. También lo hicieron estallar y lanzaron veneno verde.

—Con respecto a eso —dice Freddy—, encontramos en tu traje rastros de…

—Ahora no importa eso, Freddy —lo interrumpo; no quiero tocar ese tema—. Necesitamos que envíes gente aquí. Es una instalación subterránea y no sé cuánto habrá quedado en pie después de la detonación. Hay que recoger lo que se pueda de esa evidencia. Están haciendo experimentos muy extraños y Luna tiene información importante.

Mientras le respondía a Freddy, vi que Luna saludaba a los demás. Ahora es mi turno. La abrazo y no escucho lo que me sigue diciendo.

—¿Estás bien? —me pregunta Luna—. ¿No sientes nada raro?

—Estoy bien —le contesto, intrigada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —me contesta, pero no le creo—. Solo estaba preocupada de que el derrumbe los hubiera alcanzado y no hubieran podido salir de allí.

—¿Tú preocupada? —pregunta Peter—. Mira, niña, nunca más te quedes atrás. Demos gracias de que había otra salida.

—Te prometo, Peter, que no me despegaré de ti —responde Luna, y sonríe.

—¿Qué fueron esos vehículos? —pregunta Alain, que observa las huellas de los neumáticos en la tierra húmeda.

Luna me mira.

—Teníamos razón. Todo se confirma —dice—. Estuve con Emilia Wolff.

31

SOLTAR EL VIRUS

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 10:00 a. m.

—Cuéntanos todo —le pido.

Tenemos que aprovechar ese encuentro para averiguar lo más posible. Una palabra dicha al azar podría revelarnos las intenciones del enemigo.

—La situación fue sorpresiva —nos cuenta Luna—. No solo porque tuve a Wolff frente a mí con dos hombres armados que me amenazaban, sino porque también estaba presente el psiquiatra Howard Jellicot.

—Excelente —contesta Peter—. Si él está vivo, también lo pueden estar los demás. ¿Estaba en buenas condiciones?

—No… —responde Luna—. Mejor dicho, sí, estaba en buenas condiciones físicas, pero no me están entendiendo.

—¿Qué intentas decir? —le pregunto.

—Howard no era un cautivo de Wolff —contesta Luna, con tristeza en el rostro—. Estaba con Wolff, del mismo bando.

—Un traidor —interviene Alain—. Tal vez lo obligaron. Si fue capturado durante la misión de la OMS, quizás tuvo que colaborar con Wolff para sobrevivir.

—No creo que fuera así —lo corrige Luna—. Howard hablaba con autoridad, y la actitud de Wolff… ella parecía obedecer. Creo que Howard era el jefe.

Esto nos sorprende a todos y nos quedamos sin palabras. Si así nos pasa a quienes no lo conocemos, entiendo que Luna esté conmocionada por el encuentro. No esperábamos que la situación fuera esta; ahora debemos replantearnos las cosas. La voz de Freddy rompe la tensión del momento.

—Esto complementa la información que teníamos aquí —dice por los auriculares—. Creemos que el magnate Baranov auspiciaba el proyecto como parte del Anillo. Él financió a la doctora Wolff durante varios años hasta que algo sucedió que lo hizo suspender su colaboración. Esto coincidió con que el Anillo le suministrara a Wolff códigos robados al FBI sobre el proyecto Cenizas. Según Andrew, con esta nueva tecnología, Wolff mejoró de forma notable el rendimiento del experimento y los lazos con Baranov se rompieron. Es probable que Wolff los usara a Baranov y al Anillo para alcanzar sus propias metas. Cuando obtuvo la nueva tecnología, ya no los necesitó más.

—Ahí es donde irrumpe el psiquiatra Howard Jellicot —digo cuando comprendo el esquema general—. Según los datos que teníamos, era un ejecutivo importante de una farmacéutica ligada al Anillo.

—Correcto —confirma Freddy—. Creemos que Wolff se rebela contra el Anillo y viene en la misión encubierta de la OMS para que la atrapen o negocien con ella.

—El Anillo envía a Jellicot para que la convenza de colaborar —prosigo—, porque seguro él era su enlace.

—Pero resultó que no solo era el enlace —concluye Luna—. Era también quien la reclutó y quien le devolvió sus gentilezas. Era su jefe dentro del Anillo, pero además era mucho más. Jellicot es alguien que comparte la locura de Wolff; juntos planearon independizarse del Anillo para cumplir sus propios objetivos.

—¿Y de qué objetivos estamos hablando? —pregunta Junio—. ¿Acaso tienen otro cliente a quien venderle ese veneno?

—No —contesta Luna—. No lo quieren vender. Lo quieren liberar.

—¿Qué? —pregunta Alain.

—¿Recuerdan lo que dijo el niño en la cámara de incubación? —pregunta Luna—. Dijo algo así como que Wolff quería que la evolución fuera libre. Bueno, ella me dijo algo que apunta en el mismo sentido. Dijo que el antígeno, porque así lo llama, está listo para soltarse de forma masiva. No dijo vendido, ni usado, ni inoculado. Soltado implica liberarlo. Piensan soltar el virus en algún lugar poblado y estudiar sus resultados a gran escala. Creo que solo quieren ver qué pasa.

—Está loca —dice Peter—. Por eso el Anillo le soltó la mano y nos enviaron a nosotros a detenerla.

—Me preocupa eso de masivo —vuelve a opinar Freddy por el intercomunicador—. ¿Crees que el brote en Polonia tiene que ver con eso?

—Puede ser —responde Luna—. ¿Cuánta gente fue infectada en ese brote?

—En la última actualización que recibí —responde Freddy—, los casos ascienden a veintiocho, pero la curva de contagios va en disminución. Vasilyev nos explicó que esto se puede deber a que, para contagiarse, es necesario algún tipo de incubación directa y no estar cerca de alguien contagiado. Estamos esperando las muestras de Polonia para estudiarlas.

—Menos de treinta —digo, y evalúo la información—. No me parece un ataque masivo.

—Estoy de acuerdo —prosigue Luna—. Tal vez haya sido una prueba piloto. Quizás querían ver la respuesta sanitaria del Gobierno, o era algo que necesitaban para obtener una comprobación. Hay demasiadas variables.

Es verdad. Apenas estamos especulando. Necesitamos más información.

—¿Te dio alguna idea de dónde podían soltar el virus? —le pregunto a Luna.

—No —contesta—. Podría ser en cualquier lado.

—Eso nos deja en la nada —digo—. Tenemos que seguir especulando. Luna y Andrew, ustedes son los expertos en patrones y probabilidades; deben pensar dónde sería más probable que lo

hagan. Hablen con el virólogo. Él les dirá cuáles son las mejores condiciones para que el virus prospere.

—Me avisan que en unos minutos nos llegará la muestra de tejidos de Polonia —afirma Freddy—. Vasilyev se pondrá con eso de inmediato. Debemos verificar, antes que nada, que sea el mismo virus. Y si es así, discernir si fue solo una prueba o ya han empezado a soltarlo.

—Repito que no creo que lo hayan comenzado a liberar —dice Luna—. Estoy segura de que todavía no lo han hecho.

—¿Por qué lo crees? —le pregunto.

—Porque aún estaban aquí —responde Luna—. Los tomamos por sorpresa y por eso se fueron. Si ya hubieran comenzado la prueba masiva, no tendrían nada que hacer en este lugar. Sin embargo, dejaron todo atrás sin preocuparse. Es como si estos laboratorios ya no tuvieran valor para ellos. Eso solo se explica si ya obtuvieron lo que querían y ahora les resta su última jugada: liberar el virus.

—Entonces más vale que se nos ocurra algo pronto —dice Peter —, o tendremos que vestir los trajes de protección de por vida.

—O convertirnos en zombis —agrega Alain.

—Sinceramente —digo—, no sé qué hacer. Wolff ya puede estar camino a Bielorrusia y no hay forma de que vayamos tras ella.

—Volvamos a Kiev —dice Alain—. Aquí ya no podemos hacer nada.

—Tal vez deban esperar un par de horas allí —dice Freddy—. Hasta que lleguen los locales a recuperar lo que quede del laboratorio. En ese tiempo, tal vez encontremos alguna pista que nos indique dónde será el ataque.

Me quedo pensando en cuál sería el mejor movimiento, pero Luna me llama la atención. La veo distraída, incluso molesta.

—¿Qué te preocupa? —le pregunto.

—Nada —contesta—. Solo debo encontrar un lugar donde ir al baño.

Se da vuelta y echa a caminar hacia las instalaciones del radar, fuera del bosque. Hay algo que no me está diciendo, y eso me preocupa.

—Freddy —lo llamo, porque se me acaba de ocurrir algo—. No debe ser muy difícil localizar dos coches en movimiento en una zona deshabitada como esta. Usa satélites.

32

INCOMUNICADOS

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 10:20 a. m.

Freddy realiza varios llamados e intenta obtener la autorización para usar satélites y buscar los vehículos. Cada transferencia lo deja en espera. Música grabada, voces que lo derivan a otra extensión, protocolos que nadie quiere saltarse. Sabe que eso demoraría demasiado. No puede esperar a que algún burócrata se mueva; toma una decisión.

—Andrew —dice Freddy—. Deja lo que estás haciendo. Necesito imágenes satelitales ya.

—Tú lo pides, tú lo tienes —contesta Andrew, y se corre en su silla con ruedas a otro ordenador—. Dame un minuto.

—Señor Tanaka —dice el virólogo por el altavoz desde dentro de la carpa sellada—. Creo que tengo algo.

—¿Qué encontró, doctor? —pregunta Freddy, y activa un micrófono sobre la mesa.

—Es acerca de la muestra del virus de Polonia —responde el hombre, y mira a la cámara—. Es el mismo virus, pero con una potencia mucho menor. Además, otra buena noticia: no se transmite con facilidad, por eso hubo pocos contagios. Para que el huésped reciba el virus debe tener contacto directo con él, ya sea a través de

secreciones o, como vimos con el humo verde, transportado por un medio específico preparado para eso. No nos contagiaremos porque alguien se acerque a nosotros. Su estructura se parece más a la de un retrovirus como el VIH que a la de un virus de transmisión aérea como el de la gripe.

—Por fin algo alentador —dice Andrew, que escucha la conversación.

—También dijo, doctor, que el virus de Polonia no tiene la misma potencia —prosigue Freddy—. ¿Cuál es la diferencia?

—Tardé un tiempo en entenderlo —contesta el médico—, pero al fin lo comprendí. Se trata de las nanopartículas.

Andrew, sin dejar de trabajar, interviene en la conversación.

—¿Qué hay con ellas? —pregunta.

—Tú me dijiste que funcionaban por una carga electroquímica —contesta el doctor—. Que la reacción química a las enzimas del cuerpo humano generaba la energía para que actuaran.

—Sí —contesta Andrew sin mirarlo—. Así funcionan.

—Creo que así era cuando se diseñaron —explica Vasilyev—, pero alguien descubrió una forma de potenciarlas.

—¿Cómo? —pregunta Andrew.

—Con radiación —contesta el virólogo—. No sé si vinieron aquí a buscar eso, o si dieron con ese hallazgo por casualidad. Las nanopartículas se potencian de forma exponencial con la radiactividad. Son más rápidas, eficientes y sensibles. Si querían crear el arma biológica más eficaz, con la radiación lo consiguieron.

—Por eso el brote en Polonia no fue tan fuerte —razona Freddy.

—Exacto —confirma Vasilyev—. Lo que no sé es si el virus, para lograr su objetivo, debe encontrarse en un ambiente radiactivo, o si una vez activado con radiación mantiene su poder. Por lo pronto, el de Polonia no tiene rastros de isótopos.

—Lo tengo, Freddy —los interrumpe Andrew—. Tengo un satélite hackeado.

Los descubrimientos de Vasilyev son importantes y Freddy querría tener más tiempo para analizarlos, pero ahora debe resolver algo más urgente. Guarda los datos en la memoria y se acerca a la pantalla para buscar los vehículos perdidos.

—Ya estoy sobre Ucrania —prosigue Andrew, y la imagen aparece en el monitor—. Ahora me acerco a la Zona de Exclusión.

Freddy puede ver las imágenes, pero aún no reconoce el lugar.

—Ahora estoy sobre Duga —prosigue Andrew—. ¿Lo ves?

—Sí, allí está —responde Freddy.

Ve la enorme estructura del radar como una pequeña línea gris en un fondo verde.

—Ainara —dice Andrew—. Necesito tus coordenadas exactas.

—Ya mismo —responde ella.

Andrew recibe las coordenadas y las incorpora. La imagen se amplía y logran ver a sus compañeros como puntos en movimiento.

—Luna —dice Andrew—. ¿Hacia dónde fueron los vehículos?

—Hacia el suroeste —contesta Luna por el intercomunicador.

Andrew mueve la cámara del satélite en esa dirección y aleja un poco la imagen para abrir el área de búsqueda. Pronto ve movimiento en un sendero del bosque: son dos vehículos.

—Allí están —dice Andrew. Entrecierra los ojos para confirmar lo que ve—. No parecen ir hacia Bielorrusia. Te envié las coordenadas, Ainara.

—Si no van a Bielorrusia —dice Junior, que observa la pantalla desde detrás de Andrew—, entonces tienen otro destino previsto. Alguien los espera en algún lado.

Un apagón repentino deja todo a oscuras.

—¿Qué diablos? —pregunta Freddy. Las luces de emergencia se encienden con un zumbido y tiñen la sala de un amarillo sucio.

—Quedamos sin señal —dice Andrew. Mira las pantallas apagadas un momento, como si esperara que volvieran a la vida solas.

Escuchan ruido en el corredor: pasos que no intentan disimularse, el golpe seco de culatas contra la pared. La puerta se abre de golpe. Entran militares armados que les apuntan y, detrás de ellos, con las manos en la espalda y una sonrisa que no disimula nada, el ministro Anton Shevchenko.

—No otra vez —se queja Freddy, y da un paso adelante—. Creí que esta estupidez había sido solucionada. Salgan de mi base y devuelvan la electricidad.

—Esta vez no tiene excusa, Tanaka —contesta el ministro—. Usar nuestra red para hackear un satélite anula cualquier inmunidad diplomática. Es usted quien realizó una intervención no autorizada en nuestro territorio. Según nuestros abogados, usar nuestro entorno digital sin autorización constituye una violación de soberanía. Es usted quien realizó una acción de guerra y, por los tratados internacionales, estamos autorizados a defendernos.

—Un momento —dice Junior—. No es tan así. No hay necesidad de esas armas. Cálmense todos y hablemos.

—No en esta oportunidad, señor abogado —responde el ministro —. No creo que tenga ningún papel que avale hackear un satélite.

—No, por supuesto que no —contesta Junior—, pero esto debe decidirlo la justicia internacional y no usted. Si se violó alguna norma, debe hacer la denuncia ante las autoridades pertinentes y no abusar del poder de coacción. Según la Carta Internacional de los Derechos Humanos, a cuyos tratados su país se adhirió, nuestros derechos se mantienen pese a que haya sospecha de delito. Así que todo este circo no tiene razón de ser.

—Aquí no se viola ningún derecho humano —contesta el ministro, y sonríe—. Se les proveerá de agua, comida y atención médica hasta que nuestros Gobiernos acuerden la extradición, pero toda actividad militar, científica o diplomática queda suspendida.

—Escuche, Shevchenko —dice Freddy, y eleva el tono de voz—. Tengo a mi gente allí afuera, jugándose la vida en el territorio que usted debía proteger. Acaban de desmantelar otro laboratorio secreto, mucho más grande que el anterior, que operaba bajo sus propias narices sin que usted o su policía hicieran nada. En este momento, mi equipo trata de evitar un envenenamiento masivo con un virus alterado de forma sintética.

Freddy señala hacia la carpa sellada. El ministro mira hacia allí, pero no ve nada: la luz de emergencia no ilumina ese sector. Vasilyev se adelanta y los soldados le apuntan de inmediato, como si el hombre dentro del traje de protección fuera la amenaza más seria de la sala. El virólogo los mira a través de la visera, levanta una mano enguantada y saluda con calma. La situación es tan absurda que Andrew no puede evitar sonreír.

—Ya tuvieron el fiasco de Chernóbil —dice Freddy, serio—. ¿Quiere que su país, ahora sin la Unión Soviética, sea el responsable de algo mucho peor?

El ministro le clava la mirada a Freddy y se acerca para hablarle al oído.

—Me importa una mierda —dice—. Están acabados.

Luego se aparta y le da órdenes en ucraniano a los militares. Estos se acercan a Freddy, Junior y Andrew.

—Sus móviles, por favor —dice el ministro—. Estarán incomunicados, pero no se preocupen: avisaré a su embajada y ellos se encargarán.

Sin decir más, una vez que les quitan los teléfonos, el ministro y sus hombres salen del lugar y cierran la puerta por fuera. Se escucha el clic del cerrojo. Andrew vuelve a sentarse en su silla, de espaldas a los ordenadores. Junior se apoya en la pared y cruza los brazos. Freddy mira la carpa sellada: Vasilyev sigue dentro con su traje, ajeno al poder que acaba de entrar y salir de la sala.

—Sin móviles ni electricidad —dice Andrew—, no puedo hacer nada.

Nadie responde. El zumbido de las luces de emergencia llena el silencio.

33

CAMINO AL REACTOR DE CHERNÓBIL

Radar Duga, Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 10:30 a. m.

—¿Qué habrá sucedido? —pregunta Peter cuando se corta la comunicación.

—No lo sé —respondo—. Espero que no haya pasado nada grave, pero al menos Andrew llegó a pasarme la ubicación de Wolff.

—Freddy nos pidió que nos quedemos aquí —dice Alain.

—Lo sé —contesto—, pero atrapar a Wolff es prioridad antes que quedarnos a preservar la escena del crimen. Además, ¿para qué nos pasaría las coordenadas si no quería que hiciéramos algo con ellas? Hasta que Freddy se vuelva a comunicar, haremos lo que creamos mejor. Debemos perseguir a Wolff.

Volvemos rápido a la camioneta y partimos en la dirección que nos dio Andrew.

—Será complicado encontrar el camino en el bosque —dice Alain desde el volante.

—Ve hacia el sitio donde hablé con Wolff —indica Luna—. Saldremos desde allí y seguiremos sus huellas. Supongo que ellos ya conocen ese camino y saben por dónde ir.

Alain obedece, y Luna tiene razón. Desde la salida de la instalación subterránea hacia el interior del bosque se abre un

sendero angosto por el que apenas cabe nuestro vehículo. Si nos mantenemos en él, no creo que tengamos problemas. Nos llevan varios minutos de ventaja; será difícil darles alcance si deciden cruzar la frontera.

—¿A dónde irá esta gente? —pregunta Peter—. Bielorrusia está hacia el norte.

—Todavía podemos llegar a Bielorrusia desde aquí —explica Alain —. Es un camino más largo, pero la parte sur de Bielorrusia se inserta unos kilómetros dentro de Ucrania.

—Si no los alcanzamos antes de la frontera —digo—, los perderemos para siempre.

El camino no es fácil. A pesar de que alguien se encargó de quitar árboles, no se puede andar a mucha velocidad. La camioneta da pequeños saltos sobre las raíces y el barro. Los árboles se cierran a ambos lados y apenas dejan pasar la luz. Avanzamos despacio, con más voluntad que tracción, y cada minuto que pasa es un minuto más de ventaja para Wolff.

—Tenían lista esta ruta de escape —dice Peter—. Estaba todo pensado.

—Puede ser —responde Luna—, pero tal vez no era una salida de emergencia, sino un camino que usaban para otras cosas.

—¿Por qué lo crees? —le pregunto.

—Porque llevan muchos años aquí —me responde—. Si lo hubieran abierto para un escape ocasional, el bosque ya lo habría reclamado. No hay señales de eso. Lo usan con frecuencia.

—Entonces iban y venían a Bielorrusia seguido —dice Peter.

—O a algún otro lado —digo—. Andrew dijo que no creía que fueran a Bielorrusia. ¿A cuánto estamos de Rusia?

—A unos trescientos kilómetros —responde Alain—. A esta velocidad llegaríamos en ocho horas. Si encontráramos una carretera, tal vez en cuatro.

—Siempre y cuando tengamos combustible —dice Peter—. Wolff debe estar en la misma situación, pero si tienen el tanque lleno llegarían sin problemas.

Suena mi móvil. Lo reviso: un número desconocido. Lo atiendo igual. Ya no me sorprende nada.

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 10:30 a. m.

—Señores —dice Vasilyev desde dentro de la carpa.

Sigue con el traje puesto. Se acercó al plástico para hablarles y apoya una mano enguantada contra la lámina transparente, como si quisiera acortar la distancia. La tenue luz de emergencia no alcanza a iluminarlo del todo. Junior se le arrima.

—Sin energía para activar el sistema de descontaminación, no podré salir —explica el doctor.

—Lo siento mucho —responde Junior—. Encontraremos la forma de resolverlo.

Freddy se acerca también a la carpa.

—Le daremos unos minutos al ministro para que disfrute su triunfo —dice Freddy—, y luego solucionaremos su problema.

—Él nos prometió atención médica —agrega Junior—, así que deberá hacer algo con esto y dejarlo salir. Si no, se meterá en problemas.

—Solo le pido un poco de paciencia —dice Freddy—, y le pido disculpas por esto.

—No se preocupe —contesta el virólogo, y los mira a los dos—. Entiendo lo que sucede. Aquí tengo todo bajo control: sellé las muestras para que no haya fugas y esperaré lo que sea necesario. Después de todo, es la primera vez en mucho tiempo que me siento útil, y estoy haciendo algo que vale la pena.

—Gracias por su comprensión, doctor —responde Freddy—. Su aporte aquí es decisivo.

—Sin embargo —prosigue el médico—, no era de eso de lo que quería hablarles.

—¿Entonces? —pregunta Junior.

—Allí en mi chaqueta —dice el médico, y señala el perchero en una esquina—, está mi móvil. La clave es 2011.

Andrew salta de su silla y se acerca al plástico.

—Me caíste bien desde el principio, Vasilyev —dice, y va rápido hacia la chaqueta.

El médico sonríe. Freddy se acerca un poco más a la carpa.

—Si quiere —le dice al médico—, cuando termine todo esto, podría venir a América con nosotros.

El médico sonríe aún más.

—En cuanto salga de aquí —responde Vasilyev—, iré a hacer mis maletas.

Andrew levanta el teléfono desde el otro extremo de la sala. Su cara es la de alguien que acaba de ganar una partida. Da unos pasos hacia la luz de emergencia para ver mejor la pantalla.

—Lo tengo —dice, y enciende el dispositivo.

—¿Qué harás con eso? —pregunta Junior.

—En el hotel dejé unos dispositivos activos para emergencias —explica Andrew, y empieza a operar el teléfono—. Solo debo marcar el número correcto y volvemos al juego.

—Eres un genio, Andrew —dice Freddy.

Andrew lo mira un segundo antes de responder.

—Dame un móvil y te entrego el mundo.

Zona de Exclusión, Ucrania

Domingo, 8 de marzo, 10:40 a. m.

—Hola, Ainara —dice la voz de Andrew cuando atiendo.

Al menos esta vez es una buena sorpresa. Reconozco el número en la pantalla justo cuando levanto el teléfono; no era desconocido del todo.

—Hola —respondo—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué me hablas por aquí?

—Hemos tenido un pequeño problema y los ucranianos cancelaron la operación —explica Andrew—. Estamos encerrados en la base y sin electricidad. Te hablo desde un teléfono que no lograron incautarnos.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —insisto.

Oigo entonces la voz de Freddy.

—No importa eso ahora, Ainara —me dice—. El doctor Vasilyev descubrió que la radiación potencia las nanopartículas del virus y, viendo la trayectoria del vehículo de Wolff, tenemos una teoría.

—Estamos yendo tras ellos —contesto—, por un sendero que ya tenían preparado. Creemos que podrían ir hacia Bielorrusia.

—No, Ainara —me corrige Freddy—. No tendrán que conducir tanto. Te repito: Vasilyev descubrió que las nanopartículas necesitan radiación para que ese veneno alcance su máximo poder.

Freddy hace una pausa. Miro el GPS: la dirección que seguimos nos hace pasar por el lugar más radiactivo del planeta. Miro a mis compañeros, que también escuchan la conversación en silencio. Peter tiene la mandíbula apretada. Luna mira por la ventanilla sin ver nada. Alain no afloja el volante. Nadie dice nada. No hace falta.

—¿Crees que Wolff va camino al reactor de Chernóbil? —pregunto.

—Sí, Ainara —contesta Freddy—. Creo que Wolff ya está allí.

34

NUESTRA PEOR PESADILLA

Zona de Exclusión, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 10:50 a. m.

—Eso explicaría por qué todo está pasando justo aquí —le digo a Freddy.

Cierro los ojos un segundo. El reactor. El lugar donde la radiación no es un dato en un informe sino algo que se mete en los huesos. Las piezas encajan de golpe y no me gustan.

El rumbo que seguimos coincide y la hipótesis es plausible. La radiación fue la clave para crear un arma biológica tan poderosa, y por eso las circunstancias nos han traído hasta este punto.

—Los mutantes estaban llenos de radiación —dice Andrew al otro lado del teléfono—, y quizás ese ha sido el problema de sus mutaciones. Se exacerba la potencia del antígeno a un grado extremo. Si pudiéramos acceder a los experimentos que encontraron en los laboratorios, estoy seguro de que veríamos algo similar, pero en menor grado.

El comentario de Andrew sobre *si pudieran acceder* me confirma lo que ya sugirió Freddy: tienen las manos atadas en la base y no pueden ayudarnos.

—No sé qué pretende hacer Wolff —continúa Freddy—, pero todos aquí coincidimos en que la clave es la radiación. Lo que sea

que vaya a hacer, lo hará desde allí. No saldrán de Ucrania. Si fueran hacia Rusia o Bielorrusia podrían ser atrapados en la frontera, y después sería muy difícil que pudieran volver a entrar a Europa con el virus sin levantar sospechas. Están en su mejor momento aquí y lo saben.

—Tienes razón —contesto—. El reactor de Chernóbil es su mejor opción: tiene todo lo que necesitan. Radiación, aislamiento y vía libre. Nadie entra allí sin autorización, nadie los molestará. Ahora necesitamos saber cómo puede lanzar el virus desde allí.

—Andrew —dice Luna, y se acerca al teléfono. Se lo paso—. ¿Está Vasilyev con ustedes?

—Sí —contesta Andrew—. El pobre está encerrado en una carpa de plástico.

—¿Qué? —pregunto.

—Los ucranianos nos dejaron sin energía para aislarnos —explica Andrew—. Vasilyev no puede salir de allí por el momento.

—Mientras puedas hablar con él, no importa dónde esté —prosigue Luna—. Pregúntale cuál sería la forma más eficaz de diseminar el virus desde aquí. ¿Cómo haría para infectar a la mayor cantidad de gente posible? Estamos lejos de todo; algo tiene que haber preparado, algo de largo alcance.

—Okey —responde Andrew—. Trabajaremos en eso. Pero Vasilyev ya descubrió que el virus no se transmite con facilidad, que se debe inocular por exposición directa. El humo verde es algún tipo de gas pesado con la capacidad de transportar el virus hasta su huésped. Creemos que sin el humo verde no se puede infectar a la gente.

—Notamos que el humo verde era más pesado que el aire —dice Luna—. No se disipaba con facilidad y se mantenía a baja altura. En el sótano del hospital vimos que quedaban rastros en el suelo.

—Por el tema de la electricidad —digo—, no podremos tener tu ayuda. ¿Verdad?

—También estoy trabajando en eso —contesta Andrew—. Opero un ordenador a distancia desde el móvil de Vasilyev, así que me llevará un poco más de tiempo, pero lo solucionaré y me tendrás de vuelta.

—Perfecto —respondo—. Necesitamos saber contra qué nos enfrentaremos. Haz lo que puedas.

—Corto la comunicación unos minutos —me dice Andrew—. Espero que cuando vuelva a conectarme lo haga por el intercomunicador.

Termina la llamada. Miro a mi alrededor: un bosque en el medio de la nada, rumbo al lugar más radiactivo del mundo, sin saber bien para hacer qué. Sin electricidad en la base, sin refuerzos, con un equipo de cuatro personas y los trajes de protección como único recurso concreto. No es una buena perspectiva.

—¿Saben qué? —dice Alain, y detiene la camioneta de golpe.

Nos mira y abre la puerta.

—Estamos hablando de virus y radiación —dice—, mientras que atrás tenemos trajes de protección nuclear, biológica y química. Esa porquería nos puede proteger. Me lo pongo ahora mismo.

—Creo que tiene razón —dice Peter, y también baja del vehículo.

Luna y yo nos miramos. Los dos hombres abren el maletero y sacan los trajes en silencio, con los movimientos de quien ya ha hecho eso antes. El plástico cruje en el frío del bosque. Me bajo también y tomo el mío. Dudamos de que haga alguna diferencia para mí a esta altura, pero no decimos nada.

—Por ahora —le digo—, prefiero pensar que todavía lo necesito. ¿No te dijo nada Wolff de mi situación con el humo verde?

—No —me responde Luna, sin mirarme.

No le pregunto más, pero no le creo. Hay algo que me oculta y lo siento desde que la encontramos en el bosque.

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 11:10 a. m.

El virólogo camina dentro de la carpa como un animal enjaulado. No es impaciencia por salir: es que no puede dejar de pensar en la forma en que dispersarán el virus.

—Ya tengo imágenes del lugar —dice Andrew, y acerca el móvil al plástico para que Vasilyev lo vea—. Son fotos de internet, pero supongo que con el satélite veremos lo mismo. Han ocultado todo hasta ahora; no creo que de pronto aparezca un avión a la vista de todo el mundo y eche a perder su plan.

—Estaba pensando en eso —dice el virólogo—. La forma más eficiente de diseminar el virus es por aire. De esa manera se puede abarcar una zona grande y el viento lo esparce aún más. Pensaba en un avión fumigador. Si el humo verde es como lo describieron, descenderá hasta el suelo e infectará todo a su paso.

—Sería difícil que un avión fumigador entrara al espacio aéreo de una gran ciudad sin ser detectado —dice Junior.

—¿Y drones? —pregunta Andrew.

—Los ataques con drones están de moda —contesta Freddy—, por eso los Gobiernos los detectan con rapidez. Además, son lentos. Si salen desde el reactor, tardarán mucho en llegar a un poblado importante.

—Y tampoco podrían cargar demasiado veneno —aclara el médico—. Por otro lado, está el problema de que, aunque se derribe cualquier aeronave que contenga el gas, el veneno se esparciría de todos modos.

—¿Y esa chimenea? —pregunta Junior, y mira las fotos de Chernóbil—. ¿Podrían lanzar un misil desde ahí?

—Un misil no —dice Freddy—. Y además es algo muy puntual. Para que sea masivo, tendrían que lanzar muchos.

—¿Y una especie de cohete? —pregunta el médico—. Algo que suba y suelte cargas en distintos lugares a gran altura.

—¿Un cohete? —pregunta Junior, incrédulo—. La potencia de algo así destruiría esa chimenea.

—Eso es verdad —confirma Freddy—, pero a quién le importaría. Además, es una tecnología que no se usa con fines armamentistas, por lo que sería fácil traficar sus componentes y armar una nave pequeña de ese estilo sin que nadie lo note. ¿Qué cree, doctor?

—Creo que un cohete —contesta Vasilyev— que salga de la atmósfera y deje caer cápsulas con el virus sería nuestra peor pesadilla. Si pudieran hacer algo así, ningún país podría actuar a

tiempo para interceptarlo. El virus quedaría soltado en varios puntos y el viento lo llevaría a cualquier lugar del mundo. Sin fronteras. Sin forma de contenerse.

Freddy lo mira un momento. Nadie habla. La sala, ya de por sí silenciosa bajo la luz de emergencia, se vuelve más densa. Junior apoya los codos en la mesa y se frota la cara. Andrew deja el móvil sobre la mesa y mira el techo. Un cohete. Todo este tiempo buscando un laboratorio, unos mercenarios, un virus, y el plan era un cohete.

—Entonces es ahí donde debe buscar Ainara —dice Freddy—. Comunícate de nuevo con ella.

35

ESTO YA ES PERSONAL

Base de operaciones, Kiev, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 11:20 a. m.

Andrew volvió a comunicarse con Ainara, y Freddy le contó lo que creían sobre el cohete. Le dijo que trataría de confirmarlo por otros medios, así que debían desconectarse y usar el teléfono para otra cosa. Apenas terminaron de hablar, Freddy le pidió a Andrew que intentara comunicarse de nuevo con el secretario McWire. Esta vez Andrew recibe respuesta de inmediato. La secretaria reconoce el nombre de Tanaka, avisa al secretario sin hacerlo esperar y lo pone al habla.

—¿Qué novedades tienes, Tanaka? —pregunta McWire.

—Su pregunta me indica que no tiene idea de lo que está pasando aquí, secretario —contesta Freddy.

—¿A qué te refieres? —pregunta el hombre, que parece no saber nada.

—Estamos en cautiverio, incomunicados y sin electricidad —explica Freddy—. El Gobierno ucraniano pretende deportarnos, pero nos dijeron que se comunicarían con la embajada. Es evidente que no lo hicieron.

—¿Qué? —pregunta McWire—. ¿Qué ha pasado?

—Aprovecharon algo que hicimos de dudosa legalidad para sacarnos del caso —explica Freddy—. Desde que llegamos, nos han puesto todo tipo de trabas. Por algún motivo quieren encubrir todo.

—Me encargo ya mismo de solucionar esto —dice el secretario.

—Esto es lo de menos, señor —continúa Freddy—. Mi equipo está solo en el campo y se enfrenta a algo que podría destruir el mundo como lo conocemos. Son los únicos que están entre nosotros y el caos. Necesito su ayuda, y primero con eso.

—No entiendo nada, Tanaka —se queja McWire—. Explícate mejor.

—La doctora Emilia Wolff está por liberar el virus que transforma a los seres humanos en los monstruos que encontramos en el bosque —dice Freddy, con toda la carga dramática que puede—. Mi equipo está tratando de detenerla. Se encuentran en el reactor nuclear. Necesito imágenes satelitales del sitio.

El secretario guarda un silencio breve. Freddy imagina que el hombre sopesa la situación.

—Está hecho —responde el secretario—. ¿Qué más?

—Suponemos que usarán algún tipo de cohete para lanzar el virus —responde Freddy—. Necesitamos saber con exactitud qué clase de maquinaria tienen para poder detenerla.

—¿Consideraste la posibilidad de volar el sitio? —pregunta el secretario. La pregunta revela que está dispuesto a todo.

—No podemos darnos ese lujo, señor —responde Freddy—. Es imposible prever las consecuencias de una explosión sin contener el virus. La única forma es detener a Wolff y mantener el virus bajo control.

—¿Entonces? —pregunta McWire—. No tengo forma de saber qué tecnología están usando.

—La CIA debe tener información sobre quién trafica este tipo de tecnología —responde Freddy—. Si hay algún cohete fuera de lugar, la CIA lo sabe.

—Ya llamo a Kessler —contesta el secretario—. ¿Algo más?

—Sí —responde Freddy—. Estoy hablando a escondidas desde un móvil. No podemos dejar que nos lo quiten, así que debe actuar sin mencionar que recibió mi llamada.

Freddy escucha ruidos tras la puerta. Corta la comunicación y oculta el teléfono. Entran dos militares armados y, detrás de ellos, el ministro.

—Manténganse alejados de los equipos —dice con autoridad, y luego habla por su móvil en ucraniano.

Vuelve la luz. Los equipos comienzan a encenderse.

—Que se descontamine el doctor Vasilyev para que salga de allí —ordena.

Andrew activa el sistema de descontaminación y en un par de minutos el virólogo sale de la carpa. Estira los brazos y respira hondo, como si el aire de la sala, aunque viciado, fuera mejor que el del traje. Se quita el casco con cuidado y lo deja sobre la mesa. Tiene el cabello aplastado y ojeras profundas, pero su expresión es de alivio. Junior le pone una mano en el hombro. El ministro observa la escena sin decir nada y vuelve a hablar por teléfono en ucraniano.

—No pueden tenernos aquí de forma indefinida —protesta Junior —. Tenemos derecho a llamar a la embajada.

El ministro lo mira sin responder. Da media vuelta y sale con sus militares. La puerta se cierra. Un segundo después, las luces se apagan de nuevo. Junior mira a Freddy y se alza de hombros.

—Debía intentarlo —dice.

—Hiciste bien —responde Andrew—. Pensé que nos habían descubierto y nos quitarían el móvil.

Chernóbil, Ucrania

Domingo, 8 de marzo, 11:50 a. m.

Llegamos a los alrededores del reactor nuclear de Chernóbil y detenemos el coche. El bosque se abre en un claro y la central aparece de golpe, sin aviso. El aire huele a tierra húmeda y a algo metálico que no tiene nombre. Desde donde estamos, podemos ver la central.

—Ese es el sarcófago —dice Peter.

Se refiere a la enorme construcción que levantó la Unión Soviética sobre la central para cubrirla y aislarla. Una forma de contener la radiación residual para que no continuara dispersándose. Eso mismo hace que allí haya quedado la mayor concentración de radiactividad del mundo. Lo estudiamos en los informes durante el viaje, pero verlo en persona es otra cosa. No parece un edificio: parece una tumba. Tomo el móvil y llamo a Andrew.

—Hemos llegado —le digo cuando me atiende—. ¿Tienes alguna novedad?

—Sí —responde—. Apaga el móvil y activa el intercomunicador. Ya estamos en línea.

Le hago caso.

—Así es mejor —le digo.

—Y esto no es todo —prosigue Andrew—. Veo en el móvil de Vasilyev imágenes satelitales en directo, cortesía del secretario McWire.

—Es bueno saber que tenemos apoyo —opino—, pero todavía siguen sin tecnología.

—Por el momento seguimos incomunicados —responde Freddy—. Pero el móvil lo hace muy bien. La charla con el secretario fue productiva. Creo que no quiere que Wolff se salga con la suya, así que está colaborando. Sin embargo, como nuestra situación con los ucranianos sigue igual, están ustedes solos en esto.

—No me sorprende —dice Alain desde el asiento a mi lado.

—¿Han descubierto algo? —pregunto.

—Sí, Ainara —responde Freddy—. Pudimos ver dos brigadas de cuatro hombres que vigilan el lugar. Deberán neutralizarlos antes de ingresar al…

—Sarcófago —termina la frase Peter.

—Sí, allí —contesta Freddy—. Es donde se concentran los guardias, así que ahí debe estar el centro de lanzamiento.

—¿Confirmaron que se trata de un cohete? —pregunto—. No quiero entrar a buscar un cohete y encontrarme con otra cosa.

—Sí —contesta Freddy—. Esta información es de la CIA. En el último año hubo dos robos en países del Este de material aeroespacial. Piezas de propulsión, sistemas de guía, estructuras de

carga. Por separado no significan nada; juntas, forman un cohete. El aparato más pequeño del mundo para llevar satélites a la órbita. No hablamos de maquinaria vieja o improvisada, sino de un sistema de precisión creado en Japón hace pocos años, diseñado para ser compacto y fácil de operar con poca gente. Y podría lanzarse por esa chimenea sin problemas.

—Ya sé lo que debo buscar —digo.

—Andrew estudia ese aparato para saber cómo detenerlo —explica Freddy—. Necesitamos un poco más de tiempo. La CIA también nos proporcionó un manual. Están muy colaborativos. Creo que en verdad tienen miedo.

Las palabras de Freddy me producen algo de satisfacción. Saber que el Anillo perdió el control y que todo el mundo está nervioso se siente bien. Sin embargo, es una satisfacción efímera: las consecuencias de lo que Wolff pretende hacer afectarán a mucha más gente que al Anillo. Por otro lado, aún no sé qué me ha hecho a mí. Por eso esto ya es personal.

Miro el sarcófago con los binoculares. La estructura gris y maciza se alza contra el cielo como algo que no debería existir. Es difícil creer que dentro de ese coloso de concreto y acero yace el corazón radiactivo que cambió la historia. Ahora, décadas después, puede convertirse en el escenario de otra catástrofe si no lo impedimos.

—¿Ves algo? —pregunta Peter.

—Movimiento en el perímetro —respondo—. Cuatro guardias en la entrada norte. Armados.

—Otros cuatro dispersos alrededor del sarcófago —agrega Alain, que también observa con sus binoculares—. Patrullan en parejas.

—Y dos más en el tejado —dice Peter—. Francotiradores. Uno sobre la puerta de ingreso, el otro al costado derecho.

—Ocho patrullando —dice Luna—. Coincide con lo que dijo Freddy. A eso le sumamos los vistos por Peter.

—El problema no son los guardias —digo, y bajo los binoculares —. El problema es que no sabemos cuántos hay dentro. Si Wolff está preparando el lanzamiento, debe tener más personal.

—Y no sabemos cuánto tiempo nos queda —agrega Peter—. El cohete podría estar listo en cualquier momento.

Tiene razón. Cada minuto que perdemos es un minuto que Wolff gana. Reviso mi equipo: pistola, dos cargadores extra, cuchillo. Compruebo que el traje de protección está bien sellado en los puños y el cuello. No es mucho para lo que nos espera, pero tendrá que bastar. Miro a los demás: Peter ya tiene el arma en la mano. Luna ajusta las correas del chaleco. Alain no dice nada, solo mira el sarcófago.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Alain.

—Entramos rápido, neutralizamos a los guardias externos sin hacer ruido —respondo—. Una vez dentro, localizamos el cohete y lo desactivamos.

—¿Y si ya está en cuenta regresiva cuando lleguemos? —pregunta Peter.

—Andrew nos dirá cómo pararlo —contesto, con más convicción de la que siento—. Para eso tiene el manual.

Nadie pregunta más. Todos saben que esa parte del plan todavía no existe.

—Nada es simple aquí —dice Luna.

—Lo sé —admito—. Pero no tenemos otra opción.

36

CUENTA REGRESIVA

Chernóbil, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 12:00 p. m.

Procedemos según lo acordado. Atacaremos al primer grupo enemigo: los cuatro mercenarios que vimos patrullar a la vuelta de la esquina. Lo más probable es que, después de este ataque, salten todas las alarmas y no haya tiempo para planear nada. Solo podremos reaccionar por instinto.

—¿Estamos listos? —pregunto, y miro a todo el equipo.

—Listos —contestan al unísono.

Me los quedo mirando. En otra situación, con nuestro aspecto de astronautas armados, me estaría riendo. Los trajes blancos de protección nos dan un aire de equipo de descontaminación más que de agentes de campo. Sin embargo, hasta Alain mide sus bromas. Por otro lado, los mercenarios de Wolff también usan trajes de protección, pero naranja, por lo que no habrá posibilidad de confundirnos. Nosotros vamos de blanco.

Nos acercamos en silencio a las instalaciones. No hemos sido vistos y nuestros adversarios están justo a la vuelta de la esquina. Eso me da una idea que tal vez nos consiga tiempo.

—Guardemos las armas —digo—. Ellos son cuatro y nosotros también. Si los sorprendemos, podremos reducirlos sin hacer ruido.

Mis compañeros asienten y se preparan. Todos traemos navaja. Esto será cuerpo a cuerpo.

—Luna —le digo—, esto debe ser limpio y rápido.

—Comprendo —me responde.

Está entrenada y no le teme a nada, pero es la menos experimentada en este tipo de enfrentamiento. Ahora debemos actuar sin pensar, ir al objetivo sin dudar.

Nos acercamos lo más posible. Oímos al doblar las voces que hablan en ucraniano. Una de ellas ríe. No saben que estamos aquí. Levanto el puño izquierdo en señal de que esperen. Tomo aire, miro a cada uno de mis compañeros un segundo e indico con la mano que avancemos. Los cuatro salimos juntos y les caemos encima. Como si hubiéramos ensayado una coreografía, cada uno encuentra su pareja y arremete. El mío intenta apuntarme con su escopeta, pero lo bloqueo con la mano izquierda y, con la derecha, le clavo el cuchillo en la axila. Le quito el arma y, con la culata, le golpeo la cabeza. El hombre cae inconsciente. Miro a mi lado y veo a Luna, que forcejea con su contrincante, quien intenta activar un radio para pedir ayuda. La única ayuda que recibe es mi navaja, que le corta el cuello. Alain y Peter ya han acabado con los suyos.

—Tengo un problema —dice Alain, y levanta el brazo.

Su traje ha sido rasgado. Luna saca cinta adhesiva del cinturón y lo venda hasta que queda bien sellado. Ya tenemos experiencia con eso.

—Con eso será suficiente —le digo.

Alain pone los ojos en blanco. No está muy convencido.

—Vamos por el resto —dice Peter, y le quita la escopeta a uno de los hombres en el suelo.

Alain recoge otra arma y avanzamos hacia el segundo grupo de mercenarios. Llegamos a un punto en el que los tenemos a la vista y nos pegamos a la pared. Están a la entrada del sarcófago, cuatro hombres de naranja que patrullan sin prisa, sin saber que acaban de perder a sus compañeros. Es por allí por donde debemos entrar para detener a Wolff. Cada minuto que perdemos es un minuto que el cohete se acerca al lanzamiento.

—Estamos demasiado lejos —indica Peter—. No hay forma de acercarnos sin que nos vean.

—Empezaremos a hacer ruido entonces —digo, y saco el arma.

—Esperen —dice Alain.

Se echa al suelo con la escopeta que recogió.

—No es un rifle —aclara—, pero a esta distancia creo que puedo darles. No hace falta salir a los tiros como en un duelo.

—Tienes razón —dice Peter.

Hace lo mismo que Alain, solo que en lugar de ir al suelo lleva una rodilla a tierra, se apoya en la otra pierna y apunta contra la pared. Solo queda a la vista el cañón de la escopeta y una pequeña parte de su cuerpo.

—¿A cuál le apuntas? —pregunta Peter.

—Al de naranja —responde Alain.

Todos están de naranja.

—Eres imposible —le contesta Peter—. Yo voy por el de la derecha, tú por el de la izquierda. Ainara, Luna, en cuanto disparemos, abran fuego a lo que quede en pie.

—Bien —digo, y me preparo con la pistola en alto.

Luna y yo nos quedamos tras la pared. Alain y Peter se han acomodado cada uno en su lugar. Por suerte, nadie ha notado nuestra presencia.

—¿Listo, Alain? —pregunta Peter.

—Como apuntar a patitos de metal en una feria —contesta Alain.

—Fuego —ordena Peter, y las escopetas cortan el silencio.

Salimos al descubierto con Luna y empezamos a disparar. Ha caído uno. Los otros tres ven de dónde viene el ataque, pero los muchachos ya disparan de nuevo. El enemigo no logra responder ni una vez. Ya están acabados.

—Menos mal que podías darles desde aquí —se queja Peter mientras se levanta.

—Dije que podía acertarles —contesta Alain—, pero no dije que en el primer intento.

—Hay que entrar a ese lugar y destruir todo —digo.

La voz de Andrew por el intercomunicador me detiene antes de que nos movamos.

—No puedes destruir todo, Ainara —dice—. Si lo haces, el virus puede liberarse ahí mismo, e imposible saber hasta dónde llegaría. Sin hablar de que ustedes no podrían escapar.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunto.

—Ya estudié el sistema de lanzamiento —responde Andrew—, y sé cómo detenerlo.

—¿Qué debemos buscar?

—Una consola —responde Andrew—. La reconocerás: es tecnología nueva y destacará en ese lugar rodeado de máquinas de los ochenta.

—Okey —digo—. Confío en ti.

Voy a dar la orden de avanzar, pero algo me detiene. Una sensación extraña que recorre mi cuerpo de golpe, desde el pecho hacia afuera. Miro hacia la puerta por la que debemos entrar. Es como si sintiera la necesidad de cruzarla, una atracción que no viene de la cabeza sino de algún lugar más adentro. No es miedo. Es otra cosa. Recuerdo lo que Wolff le dijo a Luna sobre las nanopartículas y la señal cuántica, y por un segundo me pregunto si esto tiene que ver con eso. Luego lo descarto. No hay tiempo para especular.

—¿Qué sucede, Ainara? —pregunta Luna—. Estás pálida.

—No lo sé —respondo—. Sentí algo raro. Como cuando supe dónde estaba la instalación subterránea en el radar Duga.

—Aguarden un instante —nos pide Andrew—. Ingresé los códigos en el sistema para que me avisara si volvía a aparecer una señal de ese tipo. Me acaba de llegar el mensaje con las coordenadas. Es una cuenta regresiva. Ya han activado el lanzamiento.

Nadie habla. Miro a Peter, que aprieta la mandíbula. Alain deja de moverse. Luna cierra los ojos un segundo. El anuncio de Andrew cae sobre los cuatro como algo que ya sabíamos, pero esperábamos que no fuera cierto. No hay tiempo para asimilarlo. Solo para correr.

37

LA CONFESIÓN DE LUNA

Chernóbil, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 12:20 p. m.

Miro las coordenadas. Me confirman que debemos entrar por la puerta que me llamó la atención. No dejo de sentirme rara al respecto. Nunca había tenido ese tipo de sensaciones —esa atracción hacia un lugar antes de saber qué hay dentro—, pero no tenemos tiempo para pensar en ello. Hay que desactivar ese lanzamiento, y cuanto menos dudas haya en mi mente, mejor. Si el virus está haciendo algo en mi organismo, que lo haga mientras corro.

Salimos de detrás de la pared y arrancamos a correr hacia la puerta cuando unos disparos nos detienen. Volvemos atrás.

—Los francotiradores —dice Peter—. Uno sigue en el tejado. El otro se movió de donde lo vimos.

No necesitamos a Andrew para esto: sabemos dónde están. Peter se asoma rápido y dispara hacia el tejado. Al instante se escuchan dos tiros casi simultáneos que por poco le aciertan.

—No podemos entrar por esa puerta sin neutralizarlos primero —digo.

—Peter, ayúdame —le pide Alain, y se cuelga la escopeta al hombro.

Alain trepa por la pared para acceder al tejado. Peter le da un empujón hacia arriba y lo perdemos de vista.

—Estoy bien —dice por el intercomunicador—. Veo al del tejado, pero se cubrió. El otro debe estar agazapado detrás de los tablones que vimos a la derecha de la entrada.

—Chicas —dice Peter—, yo también subo.

Nosotras lo ayudamos a subir.

—Confirmado —dice Peter cuando está arriba—. Está detrás de los tablones, exactamente donde lo vimos. Yo me quedo aquí apuntándole. Alain se mueve por el tejado hasta llegar al del tejado. Una vez que los tengan a los dos a tiro, nos darán la señal y las cubriremos. Ustedes entren.

—Comprendido —respondo.

—Andrew —llamo por el intercomunicador mientras esperamos—. Necesito que rastrees la señal del lanzacohetes. Dinos cuánto tiempo tenemos.

—En ello estoy —responde Andrew—. Dame unos minutos.

Escucho ruidos arriba: Alain se aleja. Espero que encuentre al segundo enemigo pronto, porque los minutos corren. Cada segundo que pasa es un segundo que el cohete se acerca al lanzamiento. No puedo hacer nada salvo esperar, y esperar es lo que peor se me da. Entonces siento que Luna me toma del brazo y silencia el intercomunicador. Hago lo mismo.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—Debo decirte algo antes de que entremos —me responde.

No digo nada. Estaba segura de que me ocultaba algo. Desde que la encontramos en el bosque, desde la primera pregunta que me hizo sobre si me sentía bien, lo intuí. Antes de juzgarla, quiero escuchar.

—Me dijo que estás infectada, Ainara —se sincera—. Que el virus puede activarse en cualquier momento, y que eso responderá a las reacciones de tu organismo. Que el estrés extremo suele ser el catalizador que activa las nanopartículas.

—¿Y qué pasará cuando eso suceda? —pregunto.

—Me dijo que no sabía —contesta Luna, con la voz temblorosa—. Me explicó que te otorgó un don, pero que podría matarte o iniciar

algún tipo de proceso metabólico inesperado.

—¿Qué clase de proceso?

—No me dijo —contesta—. Pero también sugirió que yo podría haber sido infectada, y que le gustaría que fuera su primer éxito. Tal vez se trate de eso: conseguir algún desarrollo exitoso.

—Bueno —digo—. Si a Wolff le gustaría que tú fueras su primer éxito, eso significa que hasta ahora el virus no ha funcionado como le hubiera gustado.

—Lo siento, Ainara —se disculpa.

—No hay mucho que podamos hacer. ¿Verdad?

—Tal vez —dice Luna—, si te quedas aquí y no aumentas tu nivel de estrés, esa cosa no se active. Yo puedo entrar sola. Lamento no haberte dicho esto antes.

—¿Algo como qué hubiéramos hecho? —pregunto—. Tú me conoces bien. No hubiera dejado la misión a medias para ir al médico. Llevamos días aquí, hemos visto lo que este virus hace con la gente, y si hay algo de él en mi sistema, la única forma de que no afecte a nadie más es terminar esto ahora. Si esa porquería está en mí, es mejor que acabe con esto de una vez.

—Pero… —dice Luna, y la interrumpo.

—Pero nada —le digo—. Si esta cosa va a decidir si soy digna de vivir, quiero estar presente cuando me juzgue.

—¡Chicas! —Peter se asoma por sobre la pared—. ¿Qué hacen? Están desconectadas.

Activo el intercomunicador.

—Disculpa, Peter —le digo—. Ya estamos aquí.

—Alain nos avisó que ya está en posición —explica—. En cuanto se asomen, podremos dispararles.

—Haremos que se asomen entonces —digo, y preparo el arma—. ¿Estás lista, Luna?

—Lo estoy —me dice.

Veo en su rostro una mirada de tristeza que no logra ocultar del todo. Le apoyo la mano en el hombro y la miro a los ojos a través del visor del casco.

—Saldremos de esta —le digo—. Siempre lo hacemos.

Ella sonríe. Es una sonrisa pequeña, pero real.

—Eres especial, Ainara —me contesta.

—Lo somos —le digo—. ¿Acaso no somos el primer éxito de Wolff?

—¿De qué hablas? —pregunta Peter, preocupado, al escucharme por el intercomunicador.

—De nada —respondo—. Es una broma entre amigas. Prepárense: salimos.

La miro a Luna y asiento con la cabeza. Ella hace lo mismo.

—Tú mira el techo y dispara mientras corremos —le digo—. Yo buscaré los tablones. Vamos.

Salimos las dos y corremos. Disparamos mientras escuchamos que Alain y Peter también disparan desde arriba. Unos tiros dan en el suelo cerca de nosotras, levantando astillas de concreto. Ya vi los tablones y descargo las balas contra ellos. El hombre que estaba detrás no vuelve a asomarse. Ya casi llegamos a la entrada. Estamos ilesas. No dejamos de disparar y, cuando estoy por llegar a la puerta, esta se abre y se asoman otros dos hombres armados. Les disparamos al instante, sin detener la carrera, a quemarropa. Los tipos caen y saltamos sobre ellos. Ya estamos adentro.

El interior del sarcófago está más oscuro de lo que esperaba. Las luces de emergencia parpadean débiles en las paredes. El aire dentro del traje se siente más pesado, más claustrofóbico. En algún lugar dentro de este coloso de concreto está el cohete. Y el reloj no para.

38

EL FUTURO ESTÁ SEMBRADO

Central nuclear de Chernóbil, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 12:30 p. m.

El contador Geiger del cinto se hace escuchar. Entramos en una zona peligrosa. Era lo que esperábamos.

—Estamos bien —aviso por el intercomunicador.

—Perfecto —contesta Peter—. Pero aún no acabamos con los francotiradores, así que no podemos movernos de aquí.

—Seguiremos sin ustedes porque no hay tiempo —respondo, y llamo a la base—. Andrew.

—Sí, Ainara.

—¿Cuánto tiempo tenemos para el lanzamiento?

—No lo sé —contesta Andrew—. Solo recibo las pulsaciones del conteo, pero no la numeración.

—Espero que lleguemos —digo, y echo a correr.

—Hay algo más —agrega Andrew—. El lugar desde donde partió la señal y el lugar de donde recibo las pulsaciones del conteo son distintos.

—No entiendo —le digo.

Estoy molesta. Actuamos a ciegas con todo en contra.

—Donde se dio la orden del lanzamiento y donde está la consola son lugares distintos —me aclara—. Wolff debe haber dado la señal

desde un lugar seguro, lejos de la base de lanzamiento. La señal salió desde el otro extremo de la central.

—Debemos dividirnos, Luna —digo.

—Esperen —nos interrumpe Andrew—. La consola de lanzamiento se encuentra donde estaba el núcleo del reactor nuclear, la parte más contaminada de la central.

Luna y yo nos miramos. El núcleo. El lugar más radiactivo de la central, el corazón de la catástrofe de 1986. Estoy por soltar un insulto, pero lo guardo. Mejor conservar la energía.

—¿Alguna otra buena noticia? —pregunto.

—Eso es todo lo que sé —responde Andrew.

—Está bien —digo—. Yo voy hacia el núcleo a desactivar la consola. Tú intentas detener a Wolff en el otro lado.

—Ainara… —protesta Luna.

—No hay tiempo para discusiones —le digo—. ¿Hacia dónde, Andrew?

—Sigan hacia la derecha —dice—. Ainara, gira en la primera puerta a la izquierda. Luna, sigue derecho hasta el final del corredor.

Las dos arrancamos a correr. Tres hombres armados aparecen frente a nosotras. Sin pensarlo, les disparo y Luna me sigue. Un par de tiros estallan contra la pared a mi lado, pero los hombres caen enseguida. Mientras ellos trataban de protegerse, yo trataba de derribarlos. Ganamos nosotras. Llegamos a la puerta y la voy a abrir cuando Luna me detiene del brazo.

—Hay otra cosa que no te dije —me confiesa.

—¿Ahora qué, Luna? —pregunto.

—Wolff me dijo que las nanopartículas del virus con el que estás infectada reaccionaron a la señal cuántica. No sé qué significa. Pero podrías tener una conexión con las máquinas.

Al principio me suena absurdo. Pero pienso un instante. Recuerdo las sensaciones que tuve las dos veces que se emitieron esas señales. Miro a Luna.

—Eso no importa ya —le digo, y es la verdad—. Atrapa a esa mujer. Hazlo por mí.

Luna asiente y se marcha. Yo abro la puerta y entro a una sala con controles y consolas antiguas. Esto no puede ser el lugar. Al otro

extremo hay una puerta cerrada, hermética, con el símbolo de radiación.

—Por supuesto —digo en voz baja.

Tiene que ser allí. Me acerco y giro la rueda de bloqueo. Un engranaje destraba la entrada. Tiro de la rueda y la puerta cede. El contador se escucha más fuerte. Lo saco del cinturón y lo cuelgo al hombro para verlo con más facilidad. Entro al lugar y el Geiger enloquece. El pitido se convierte en un tableteo frenético que llena la sala. El sitio tiene tubos, manijas y relojes de presión por todos lados, algunos con las agujas trabadas en posiciones imposibles desde hace décadas. El polvo sobre las superficies no se ha movido en años. Lo único que no encaja con ese entorno detenido en el tiempo es, como lo anticipó Andrew, la consola de lanzamiento: moderna, iluminada, completamente ajena a todo lo que la rodea.

—La encontré, Andrew —aviso—. Ahora dime cómo apagarla.

—Bien —contesta—. No tenemos un código de desactivación, así que debes quitar la tapa de la consola. Tiene tornillos al costado o debajo.

—¿Tornillos? ¿Cómo quieres que saque tornillos con estos guantes?

—Por protocolo tiene que haber una caja con herramientas cerca —contesta Andrew.

No imagino a esta gente siguiendo protocolos, pero debo confiar en eso. Me acerco a la consola y veo la cuenta regresiva en la pantalla: números en rojo que no paran.

—Faltan siete minutos con veinte segundos —digo.

—Puedes hacerlo —me anima Andrew—. Una vez que quites la tapa, verás circuitos y cables. Debes buscar el cable rojo con una línea negra y pelarlo. Sin cortarlo, por favor…

No le pregunto qué pasa si lo corto. Busco la caja de herramientas. Está en un estante lateral, enmarcada por un recuadro amarillo. La abro: destornillador, alicates, cinta aislante. Intento tomar el destornillador, pero los guantes me lo dificultan. Miro la pantalla: seis minutos cincuenta segundos. No hay alternativa.

—Y también encuentra el cable negro con una raya roja —continúa—. También tienes que pelarlo, y con otro trozo de cable

debes hacer un puente entre los dos. Esto invertirá la frecuencia y la cuenta irá en…

De repente, silencio. La comunicación se corta.

—Andrew —lo llamo—. ¡Andrew!

Base de operaciones, Kiev, Ucrania

Domingo, 8 de marzo, 12:35 p. m.

—Ainara… —llama Andrew por el teléfono, y luego mira a Freddy—. La perdimos.

—Descubrieron nuestro truco —dice Junior—. Nos incomunicaron.

—No —lo corrige Andrew mientras examina el móvil—. La conexión con mis dispositivos del hotel sigue intacta. Esto pasó allá. Pensé que le había sucedido algo a Ainara con el auricular, pero no puedo comunicarme con ninguno de ellos. Creo que intervinieron la señal desde la central nuclear.

—No podemos quedarnos sin hacer nada —dice Freddy. Se levanta, va hacia su chaqueta y saca un papel doblado del bolsillo—. Comunícate con este número.

Andrew marca. Cuando suena el tono de llamada, le pasa el móvil a Freddy. Alguien atiende al segundo tono.

—Soy el jefe Tanaka del FBI de Nueva York —dice—. Tengo nivel de seguridad cinco y estoy en Ucrania con un código rojo. Comuníquese de inmediato con el presidente.

Junior y Andrew se miran en silencio. Vasilyev, sentado en un rincón, deja la taza sobre la mesa y espera.

Central nuclear de Chernóbil, Zona de Exclusión, Ucrania

Domingo, 8 de marzo, 12:40 p. m.

LUNA AVANZA POR EL CORREDOR. Una puerta se abre adelante y se echa a un costado, contra otra puerta con el símbolo de baño. Es de vaivén, así que queda oculta. Escucha a los hombres que vienen; deben ir hacia donde está Ainara. Tiene que detenerlos para que ella haga su trabajo. Ve por debajo de la puerta las sombras de los mercenarios que cruzan junto a ella.

Una vez que pasan, se asoma y los ve alejarse por el corredor. Tienen las armas colgadas al hombro, confiados. Les apunta y aprieta el gatillo una y otra vez hasta vaciar el cargador. Nunca le había disparado a nadie por la espalda, pero no hay tiempo para otra cosa. Recuerda las palabras de Ainara: limpio y rápido. Con los tres hombres en el suelo, revisa que no quede ninguno en pie, pone un nuevo cargador y sigue adelante.

Llega a la puerta de donde salieron los mercenarios y entra. Apunta a todos lados. Solo hay otro pasillo, más estrecho que el anterior, con las paredes manchadas de humedad. Andrew le dijo que fuera hasta el final del corredor, así que sale y continúa. A unos treinta metros hay una puerta que cierra el paso. La luz de emergencia parpadea sobre ella.

—Debe ser ahí —dice. Hace rato que no tiene contacto con sus compañeros.

Se acerca. La puerta tiene un cristal que permite ver el otro lado. Se asoma apenas y ve a Howard Jellicot, de brazos cruzados, junto a dos hombres armados. Lo reconoce de inmediato. Si los sorprende, tal vez pueda acabar con ellos. No hay posibilidad de negociación. Tiene que hacer disparos certeros. Entonces le parece escuchar una voz. Se agacha, pasa al otro lado de la puerta y se vuelve a asomar. Ve a la doctora Wolff. Ella toma un micrófono del escritorio y habla. Luna abre un centímetro la puerta para escuchar. No hace ruido. Escucha:

—Es una pena que mueras allí.

Al oír esas palabras, empuja la puerta con fuerza y dispara hacia los hombres armados. Les da a los dos, pero uno logra responder el fuego y herirla en la pierna. Cae al suelo y se toma donde la hirieron. Siente una patada que le arranca la pistola de la mano. El

arma vuela. Levanta la mirada y ve a la doctora Wolff de pie junto a ella, con un arma apuntándole.

—Podría terminar contigo ahora mismo —dice Wolff, y la mira desde arriba—. Pero prefiero ver cómo reacciona el virus a tu herida. ¿Te curará o te consumirá viva?

Luna siente ardor en la pierna. Se mira la herida: sangra como cualquier herida normal.

—Ya que eres un sujeto de prueba —continúa Wolff—, tienes derecho a saber lo que está por suceder. Esto es solo una fase beta.

Al otro lado de la puerta aparece Peter. Se asoma por el cristal y ve la escena: Wolff le apunta a Luna en el suelo; Jellicot, de pie al fondo, con los brazos cruzados. Peter no duda. Abre la puerta y cuando Wolff levanta el arma, sorprendida, le dispara en el pecho. La mujer suelta la pistola, cae de rodillas y su cuerpo se viene abajo sobre Luna. Quedan frente a frente, a centímetros. Los ojos de Wolff están muy abiertos y de su boca brota sangre, pero logra decir sus últimas palabras.

—El futuro… está… sembrado…

Jellicot mira la escena un instante. Luego, da la vuelta y desaparece por una puerta lateral antes de que Peter pueda reaccionar.

39

ES EL FINAL

Central nuclear de Chernóbil, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 12:40 p. m.

—Andrew —insisto, pero no contesta.

—Tendré que hacerlo sola. Reviso la consola de control. La máscara me dificulta la visión y me queda poco tiempo. La secuencia de lanzamiento sigue avanzando. No es fácil. Me gustaría volarla en pedazos, pero no puedo. Eso aceleraría el proceso. El contador Geiger no deja de sonar. No tengo forma de apagarlo. Solo quisiera que hiciera menos ruido para poder concentrarme. Ya sé que hay radiación a mi alrededor; no necesito tanto aviso. Lo que necesito es silencio y dos minutos de claridad.

Veo los tornillos que sujetan la tapa a los costados. Es lo que buscaba. Ahora necesito las herramientas. Miro alrededor en busca del «protocolo» que mencionó Andrew. Allí hay una caja metálica en un estante, enmarcada por un recuadro amarillo. La abro y sí, bendito protocolo, son herramientas. Intento tomar un destornillador, pero los guantes me lo dificultan.

—Demonios —digo.

No tengo alternativa. Si no me apuro, mucha gente morirá. Me quito los guantes y recojo el destornillador.

—Maldita radiación —protesto.

Vuelvo a la consola. Debo agacharme para sacar los tornillos, pero la máscara reduce mi campo visual. Me inclino a un lado y al otro. Así no podré.

—Ya está —digo, y me quito también la máscara—. Radiación más, radiación menos.

Me seco el sudor con la manga. El contador Geiger suena más fuerte ahora que no tengo la máscara de filtro. Lo miro y sacudo la cabeza: ya no tiene ninguna utilidad. Lo agarro con la mano libre y lo arrojo al suelo. El aparato se destruye y deja de sonar.

—Ahora sí —digo.

Debo admitir que romper ese aparato me sirvió de descarga. Me agacho y desatornillo un costado de la tapa. Luego el otro. La quiero sacar y no puedo: está trabada.

—Vamos —protesto.

Miro la pantalla: quedan dos minutos. Forcejeo con la tapa hasta que logro retirarla. Los cables quedan expuestos. Hay decenas, de todos los colores. Tengo que encontrar los que describió Andrew y la desesperación me golpea. Sé que si no hago esto a tiempo, todo habrá sido inútil. Pienso en lo que significa fallar: el cohete sale, el virus se dispersa, y todo lo que hicimos en estos días —los mutantes, los laboratorios, la gente que murió— habrá servido para nada. Por la radiación del lugar, sé que estoy muerta, pero morir sin cumplir el objetivo sería un final patético.

Estoy cada vez más enojada. El pulso se me acelera, más de lo que debería. Debe ser la adrenalina, pero nunca lo había sentido así. Entonces recuerdo lo hablado con Luna y pienso que debe ser el virus. Aunque creía que podría escapar a sus consecuencias, parece que está haciendo efecto. Por si la radiación no fuera suficiente, ahora esto. Siento el corazón retumbar en la cabeza.

—Vamos, Ainara —me digo.

No logro calmarme. El corazón se acelera aún más. Un zumbido se enciende en mis oídos y de pronto sucede algo: el corazón se detiene. Me paralizo. Contengo la respiración. Me llevo una mano al pecho y me quedo quieta esperando morir. El zumbido se apaga y todo es silencio.

Entonces me doy cuenta de que la secuencia de lanzamiento también se detuvo.

No entiendo qué pasa. Ya pasaron unos segundos y no caí muerta. El silencio es absoluto. Solo mi respiración, lenta y entrecortada, y la pantalla de la consola con los números congelados. Mi corazón vuelve a arrancar a un ritmo distinto, mucho más lento. También lo hace la secuencia. Pienso que debería ir más rápido y el corazón obedece, pero la secuencia se acelera también.

—¿Qué está pasando? —me pregunto, y pienso en que mi corazón vaya más despacio.

El corazón obedece y la secuencia también se ralentiza. No entiendo esta relación. Debería ser imposible, pero lo estoy viendo. La máquina y yo estamos ligadas. Tal vez sea lo que dijo Wolff: que las nanopartículas del virus se conectan con las máquinas.

Entonces, por donde escuchaba antes a Andrew, aparece otra voz. Una mujer se apodera del canal y me habla.

—Ya eres uno de nosotros —dice la voz—. Qué desperdicio. Es una pena que mueras allí.

Me saco el auricular y lo lanzo lejos. Estoy harta. No tengo por qué soportar el cinismo de nadie. Escucho disparos a lo lejos, pero necesito concentrarme. Mi corazón y la secuencia van lentos. Es la única oportunidad que tengo. De pronto me sobreviene un momento de lucidez. El ruido desaparece, el miedo desaparece, y lo único que existe son los cables frente a mí. Los veo con una claridad que no es normal, como si algo en mi cerebro hubiera cambiado de frecuencia. Observo los cables y detecto los que necesito: el rojo con la línea negra, el negro con la raya roja. Advierto que mi corazón empieza a enlentecerse otra vez, pero ya no lo controlo. Siento que todo comienza a desvanecerse. No sé si es la radiación o el virus, pero debo aguantar. Con un alicate de la caja logro pelar los cables, pero la vista se me nubla. Me estoy por desmayar y no tengo otro cable para unirlos.

—Estuve tan cerca —susurro mientras caigo sobre la consola—. Es el final.

Central nuclear de Chernóbil, Ucrania
Domingo, 8 de marzo, 12:45 p. m.

—Luna —dice Peter, y se acerca a ella.

Le quita el cuerpo de Wolff de encima y lo aparta. Le revisa la pierna.

—Parece que la bala no tocó la arteria —explica—. No hay riesgo por ahora. Pero mi contador Geiger no para y tienes el traje roto. Te sacaré de aquí.

—No, no te preocupes por mí —lo interrumpe Luna—. Ayuda a Ainara, ella te necesita.

—No puedo dejarte aquí —responde Peter—. Pueden volver y…

—No volverá nadie —lo interrumpe Luna—. Wolff murió y Howard debió salir en cuanto empecé a disparar; ni siquiera lo vi huir. Ainara está en peligro, lo siento. Ve por ella. Está en la primera puerta del corredor. Corre.

Peter duda un instante. La mira: el traje roto, la pierna vendada con lo que tiene a mano, la pistola aún en la mano. Busca algo en el cinturón y se lo da: cinta adhesiva.

—Sella el traje y hazte un torniquete —le dice—. Volveré por ti.

Ella asiente y él se marcha. Corre fuera de la sala por el pasillo. Ve que algo se mueve adelante y apunta, pero el traje es blanco: baja la pistola enseguida. Es Alain. Se encuentran a mitad de camino.

—Ve por Luna al final del corredor —le dice Peter—. Está herida, sácala de aquí. Yo voy por Ainara.

—Entendido —responde Alain, y retoma la carrera.

Peter también corre. Llega a la puerta que le indicó Luna, entra y mira alrededor. La sala tiene consolas viejas y cables en el techo. Al otro lado hay una puerta hermética abierta de par en par. Corre hacia allí. A medida que se acerca puede ver lo que hay del otro lado y se paraliza. Su contador Geiger enloquece. El aire es distinto aquí,

más pesado, más viejo. Ve a Ainara sin máscara ni guantes, tendida sobre la consola con un brazo colgando.

—¡No! —grita—. ¡Ainara!

Va hasta ella y la toma en sus brazos.

—No, no —repite entre lágrimas.

La alza para sacarla, pero algo lo detiene. Mira atrás: la mano de Ainara está aferrada a unos cables. Ve entonces la pantalla de la consola: el lanzamiento fue cancelado. Se queda un segundo mirando esa pantalla. Ella lo logró. Vuelve a apoyar a Ainara y trata de soltar su mano, pero está apretando como una prensa. Usa las dos manos para soltarla. Cuando lo logra, la levanta y camina hacia afuera. Piensa que la rigidez de la mano se debe al rigor mortis. Llora como un niño extraviado, pero no detiene el paso.

—Ainara, lo conseguiste —le dice, con la voz rota—. Detuviste el lanzamiento.

Abre la puerta de una patada y observa la palidez en el rostro del cuerpo que carga. En el corredor, el silencio es total. Solo sus pasos y su llanto.

—¿Por qué me dejaste? Ainara…

EPÍLOGO

Hospital Clínico Feofaniya, Kiev, Ucrania
Viernes, 21 de marzo, 3:40 p. m.

Todo está oscuro. Intento moverme, pero no puedo. No entiendo qué sucede.

Sábado, 22 de marzo, 7:10 a. m.

Todo sigue oscuro. Escucho voces. No las comprendo; es otro idioma. Ucrania. Recuerdo Ucrania. El virus.

Sábado, 22 de marzo, 11:15 a. m.

Otra vez voces. No, alguien habla español.
—Está volvien…

Sábado, 22 de marzo, 12:10 p. m.

—Ainara, vuelve.

Escucho una voz que conozco. Es Luna. Trato de mirarla, pero hay oscuridad.

—Ainara.

Me esfuerzo. Empieza a haber luz. Ahora es una luz cegadora. No puedo…

Unos minutos después, escucho con claridad la voz de Luna.

—Hace unos minutos abrió los ojos.

Intento mirarla. La luz es fuerte.

—Ahí está de nuevo. Ainara.

Sí, Luna. Estoy aquí. Empiezo a ver formas.

—Si me escuchas, pestañea, Ainara.

Le hago caso. Creo que estoy pestañeando. La luz viene y se va.

—Bien, Ainara —dice Luna—. Tranquila, no te esfuerces. Estás de nuevo con nosotros. Ten paciencia.

Martes, 24 de marzo, 10:00 a. m.

Hace tres días que recobré el conocimiento y, desde hace dos, estoy moviendo todo mi cuerpo sin problemas. Incluso caminé al baño, aunque con la mano apoyada en la pared. Me siento cansada. No tengo ningún dolor específico, pero me siento como si hubiera corrido una maratón. El médico dice que es normal estar inconsciente después de dos semanas. Espero que vuelva Luna pronto. Anoche, cuando se despidió, me dijo que hoy me contaría todo. Desde que pude hablar, le pregunté por lo sucedido. Se ha negado a contarme; dijo que no me quería someter a más estrés hasta que los estudios dieran resultados normales. Lo único que sé es que detuvimos el lanzamiento, que estuve inconsciente durante dos semanas y que el resto del equipo ya está en casa.

La puerta de la habitación se abre y Luna entra, sonriente.

—Tengo buenas noticias, amiga —me dice—. Los estudios dieron perfectos. Si mañana sigues como hasta ahora, te darán el alta. Así que hablaré con Freddy para que nos arregle un vuelo de regreso.

—Perfecto —le respondo—. Pero antes que nada, quería agradecerte por haberte quedado aquí conmigo.

—Ni lo menciones —responde—. Todos querían quedarse. Freddy tuvo que discutir mucho con los demás para que volvieran. Nos explicó que la situación diplomática estaba tensa y que no sabía cuánto tiempo podría mantenernos bajo su cobertura.

—De todos modos —insisto—, la que se quedó fuiste tú.

—Esa fue otra dura lucha —prosigue—. Freddy había decidido quedarse a cuidarte, pero logré convencerlo de que, sin él en Estados Unidos, todos los demás estaríamos en riesgo. Aparte, yo recibí un disparo en la pierna y no podía volar en ese estado.

—Okey —digo—. Ahora quiero que me cuentes lo que pasó en la central.

—Por un lado —comienza—, salvaste al mundo. Lograste detener el lanzamiento siguiendo las instrucciones que te había dado Andrew, solo que en lugar de hacer un puente con un cable, lo hiciste con tu propio cuerpo. Tomaste los dos cables pelados con la mano y el conteo se invirtió hasta que se canceló.

—No recuerdo nada de eso —respondo—. Solo me viene a la mente que me desmayé antes de hacerlo.

—Ya volveremos a eso —me dice—. Por otro lado, yo me enfrenté a Wolff en un tiroteo y fui herida. Howard Jellicot escapó, pero Peter mató a la doctora porque pensó que estaba por ejecutarme. Lamentablemente, la interrumpió cuando estaba por revelar el plan completo. Solo llegó a decirme que era la fase beta y que el futuro estaba sembrado.

—¿Y eso qué significa? —pregunto.

—Supongo que deberíamos atrapar a Jellicot para saberlo —contesta Luna—. Pero ella creía que tú y yo estábamos infectadas por el virus. ¿Recuerdas? Que teníamos el potencial para ser su primer éxito.

—Sí, recuerdo. ¿Crees que ese éxito y la siembra de la que habló sean lo mismo?

Luna se alza de hombros.

—Pero ya no debemos preocuparnos por eso —dice—. Ni tú ni yo estamos infectadas, así que creo que la doctora Wolff estaba

equivocada.

—Ah, recuerdo aquella noche en que nos tomaron muestras. ¿Esos estudios dieron que estábamos bien?

—No —responde Luna—. Esos estudios se perdieron. Los demás y yo nos hicimos las pruebas cuando regresamos de la central. El doctor Vasilyev se encargó de todo.

—¿Dónde está él? —pregunto—. Espero que el Gobierno de Ucrania no tome represalias.

—Les va a resultar difícil —responde Luna—. Freddy se lo llevó a Estados Unidos. Le consiguió un puesto en el FBI relacionado con armas biológicas.

—Tendrá mucho con qué entretenerse —digo—, entre los mutantes y las cámaras de incubación.

—En cuanto a eso —prosigue Luna—, desapareció todo. De hecho, nosotras estamos aquí en calidad de turistas. Hoy revisé tu historia médica y aparece que sufriste un desmayo hace tres días mientras hacíamos turismo. Freddy me lo confirmó: el caso está cerrado, y la doctora Wolff, el doctor Jellicot o la misión de la OMS nunca existieron.

—Bueno —digo—. Al menos evitamos que ese virus infectara el mundo. Solo espero que Ucrania no esté pensando en utilizarlo para su beneficio.

—Le dije lo mismo a Freddy —me explica—. Él me respondió que el presidente de Estados Unidos dio garantías de que ese material sería destruido. Fue el mismo presidente quien, por un llamado de Freddy mientras estábamos en la central, habló con el presidente de Ucrania y mandaron helicópteros a buscarnos.

Dudo que destruyan todo, pero ya veremos. Al menos salimos con vida. Entonces me miro las manos. Las giro, las examino. Recuerdo que estuve sin guantes ni máscara en el núcleo del reactor, con la piel desnuda tocando cables contaminados en el lugar más radiactivo del planeta. No entiendo cómo no tengo secuelas. La miro a Luna.

—¿Cómo es que estoy así? —pregunto—. Debería tener llagas en la piel, tanto en las manos como en el rostro. Hoy me vi en el espejo

del baño y mi cabello también está perfecto. Estuve expuesta a demasiada radiación como para no presentar daños visibles.

—El médico que te atendió dijo que no lo entendía —me explica Luna—. Que debía haber un error. No creía que hubieras estado allí.

—Eso es raro —digo.

Noto otra vez en Luna lo que percibí en la central: me oculta algo.

—Hay algo que no me estás contando —le digo.

—Supongo —dice— que a esta altura no hará diferencia que sepas lo que sucedió cuando te sacamos del núcleo del reactor. Fue Peter quien lo hizo. Te levantó de la consola y te sacó fuera del sarcófago. Una vez al aire libre, se quitó los guantes del traje para tomarte el pulso porque creía que estabas muerta.

Luna se detiene y me mira sin decir nada. No comprendo por qué lo hace.

—¿Y? —le pregunto.

—Peter asegura que no tenías pulso —dice—. Confirmó que moriste.

Ahora soy yo la que se queda sin palabras.

—Como yo estaba herida —prosigue Luna—, era necesario que saliéramos rápido de allí. Subimos tu cuerpo al coche y, mientras Alain conducía hacia Kiev sin parar de insultar a nadie en particular, el intercomunicador volvió a funcionar. Peter le avisó a Andrew, entre lágrimas, que ya no estabas entre nosotros. Yo no soporté más y me quité un guante para acariciarte el rostro. Entonces noté que no estabas fría, sino todo lo contrario: tenías el cuerpo muy caliente, como si tuvieras fiebre alta. Te tomé el pulso otra vez y tu corazón latía con fuerza, como si nunca hubiera parado. En ese momento nos avisaron que los helicópteros estaban en camino y, a los gritos, pedimos que se apuraran porque seguías con vida.

No respondo a nada de lo que Luna acaba de decir. Me quedo mirando el techo de la habitación. La pintura está descascarada en una esquina. Un detalle absurdo, pero es lo único en lo que puedo concentrarme ahora mismo. Tal vez sea mejor olvidar todo y quedarse con que la misión resultó un éxito. Solo espero que no sea el tipo de éxito que quería Wolff.

Lugar desconocido
Martes, 24 de marzo, 11:00 a. m.

Una mano con guantes activa una consola. En la pantalla aparece una frase en dos renglones:

Protocolo Némesis — Fase 1 completada. Sujeto Pons: prueba exitosa.

FIN

Ainara regresa en la décima sexta novela de la serie*: Colapso en cadena*. Obtenla aquí:
https://geni.us/ColapsoEnCadena



Puedes encontrar todas las novelas de la serie de Ainara Pons aquí:
https://geni.us/SerieAinaraPons

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor, déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma 🙂

A continuación, te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com - haz clic AQUÍ
Amazon.es - haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - haz clic AQUÍ

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:
https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes

ÍNDICE

Créditos

Prólogo

1. Código cero
2. El algoritmo del miedo
3. Máscaras de plomo
4. Identidad fantasma
5. La solicitud
6. Territorio hostil
7. El bosque rojo
8. Voces en la sombra
9. Inmunidad diplomática
10. Tormenta negra
11. Tierra de nadie
12. Rastro de isótopos
13. Coto de caza
14. Cacería en la zona cero
15. Anomalía biológica
16. Lázaro
17. Evolución aberrante
18. La ciudad en ruinas
19. Protocolo Némesis
20. Desgarro letal
21. Expediente Wolff
22. La mesa de autopsias
23. El interrogatorio
24. Zona segura
25. Un virus programado
26. La señal
27. Doble fondo
28. Una especie superior
29. El primer éxito

30. Todo se confirma
31. Soltar el virus
32. Incomunicados
33. Camino al reactor de Chernóbil
34. Nuestra peor pesadilla
35. Esto ya es personal
36. Cuenta regresiva
37. La confesión de Luna
38. El futuro está sembrado
39. Es el final

Epílogo

Notas del autor